

Edson Hurtado

Indígenas homosexuales

**Un acercamiento a la cosmovisión
sobre diversidades sexuales
de siete pueblos originarios
del Estado Plurinacional de Bolivia
(Moxeños, Afrobolivianos, Quechuas,
Ayoreos, Guaraníes, Tacanas y Aymaras)**



Indígenas homosexuales

Un acercamiento a la cosmovisión sobre
diversidades sexuales de siete pueblos originarios
del Estado Plurinacional de Bolivia

(Moxeños, Afrobolivianos, Quechuas, Ayoreos,
Guaraníes, Tacanas y Aymaras)

Edson Hurtado



Indígenas homosexuales

Un acercamiento a la cosmovisión sobre diversidades sexuales de siete pueblos originarios del Estado Plurinacional de Bolivia (Moxeños, Afrobolivianos, Quechuas, Ayoreos, Guaraníes, Tacanas y Aymaras)

Primera edición: julio de 2014

© Conexión Fondo de Emancipación

Tel./Fax: 591-2-2141473 – 2146755

www.conexion.org.bo

Cuidado de edición y diseño de interior:

Patricia Montes

Ilustraciones: Abel Bellido (Abecor)

Diseño de tapa: Patricia Montes R., con detalle de la ilustración

“Lennon tenía razón”, de Abecor

Depósito legal: 4-1-1528-14

I.S.B.N.: 978-99974-43-13-7

Impreso en Creativa 2 488 588

La Paz, Bolivia

Contenido

El extraño caso del niño que se comió a su hermana.....	5
El secreto.....	5
La fiesta	8
El desengaño.....	11
La hermana.....	13
El encuentro	15
La fuga	16
Los hijos del Tata Belzu	21
El camino de la muerte	21
La historia que no nos contaron	26
El Tata Belzu	31
El camino de la vida	33
La reivindicación constituida	36
La reivindicación individual	39
Los ojos de un minero enamorado	43
La boca del infierno	43
Las oportunidades de la vida	48
Los ojos de un minero enamorado	51
Huir para escribir	55

Mujeres del sol	59
El secreto de la abuela	59
Evita	62
El amor y el tiempo	67
Lejos de Itanambikua.....	71
El veredicto	71
Otras migraciones	78
El camino olvidado	82
Lennon tenía razón.....	85
El traidor del Amazonas	85
Juan del río	91
Inquisición en la selva	95
Lennon tenía razón	98
La Madonna de Sorata.....	101
La última noche	101
El primer día	107
El último día	109
La primera noche	114
Bibliografía	119
El autor	121

El extraño caso del niño que se comió a su hermana

El secreto

La noche en la Amazonía boliviana es densa. Está poblada de ruidos extraños, animales nocturnos y leyendas insólitas. Cada sonido que se esconde entre las ramas, cada luz que emanan los ojos de criaturas escondidas en la penumbra, son advertencias o amuletos de la buena suerte, según uno sea forastero u originario del lugar. Caminar bajo las grandes copas de los árboles, atisbar una que otra estrella de rato en rato, o sentarse a escuchar el agua que corre por los arroyos casi todo el año significa estar en el medio de la tierra, donde todo ha nacido y donde todo ha de morir de una u otra forma.

San Ignacio de Moxos es la última misión jesuítica, fundada en 1689 por los misioneros Antonio de Orellana, Juan de Espejo y Álvaro de Mendoza. Fue concebida como “la más grande espaciosa de las misiones” y está ubicada a unos 56 kilómetros de Trinidad, capital del departamento del Beni, en el noroeste de Bolivia. En ella se intentaba repetir

la utopía sobre el modelo de la Ciudad de Dios de San Agustín, que se aplica en medio del continente sudamericano en plena selva, a miles de kilómetros del escenario africano donde el santo pergeñó una de las bases de la filosofía cristiana occidental, y construye un

espacio autónomo en el que la sociedad indígena es readecuada en su funcionamiento por los europeos, sin perder sus elementos organizativos autóctonos [...] (Mesa Gisbert 2013: 32).

Sin duda alguna, este hecho determinó el curso de la historia para los pueblos enclavados en la selva amazónica, que hoy gozan de un legado cultural casi intacto, poco deformado por los conquistadores españoles y el paso del tiempo.

Un poco más allá, a una mañana de viaje en tiempo seco, se encuentra El Desengaño. Allí nació Alfonso Jare Maimo¹, después de las grandes inundaciones causadas por el fenómeno de El Niño en los años noventa. Sus padres, cazadores, recolectores y comerciantes, recorrieron la zona innumerables veces hasta asentarse por fin en ese lugar. Allí construyeron un hogar e intentaron sobrevivir a pesar de los desastres naturales y el despiadado e implacable comercio con el mundo civilizado. Alfonso era el menor de seis hermanos. Los mayores, una mujer y un hombre, habían muerto antes de cumplir los veinte. Dicen que se los comió el tigre una noche que acampaban durante un viaje al norte. Los otros emigraron a San Ignacio, San Borja o Trinidad —capital del departamento del Beni—, en busca de mejores días. Al parecer los encontraron, porque nunca más volvieron.

Alfonso se quedó en El Desengaño y fue criado por su abuela, doña Agracia Maimo, señora sesentona de pechos caídos, cara maltratada por la vida y poseedora de una fuerte personalidad. Doña Agracia era de las pocas mujeres del lugar que había ido a la escuela, y que más o menos sabía leer y escribir. De varios ranchos cercanos y otras poblaciones ribereñas del río Tijamuchí venían a verla para que tradujera al moxeño-ignaciano (idioma local) las cartas, documentos, requerimientos, anteproyectos de ley y otros papeles que ella pacientemente leía y por lo cual nunca cobró un centavo.

En la casa vivían la abuela, que dormía en una habitación con Alfonso, dos niños y una sobrina, los padres de Alfonso, que compartían el otro cuarto con todos los demás: Julio Jare, que ya tenía mujer e hijo, Emiliana

1 Los nombres propios, así como algunos lugares geográficos, han sido cambiados o alterados para resguardar la seguridad y la integridad de los protagonistas de estas historias.



Maimo, la tía solterona, y un par de peones que se habían quedado a trabajar con la familia. En el último y más pequeño cuarto estaban la cocina, las herramientas de trabajo y algunos cueros que debían ser curtidos para venderse en el pueblo. En el ranchito había dos percheros elevados a casi dos metros del suelo, que era donde todos dormían en temporada de lluvias, y que les salvaron la vida durante al menos dos grandes inundaciones. Tenían tres gallinas y cinco vacas en arriendo.

Alfonso Jare creció y aprendió las costumbres de su comunidad como todos los demás niños. A los seis años aprendió a pescar y a los diez comenzó a ahuyentar lagartos para que no se comieran a las vacas. Era delgado y menudito. Tenía la piel color canela y las piernas largas como una garza. Una larga e inusual cabellera negra le llegaba a los hombros. Era ágil y aventurero. Más de una vez doña Agracia, que tenía mala una pierna, tuvo que ayudarlo a bajar de un árbol porque él no podía solo.

Un día se quedó a orillas del río y no volvió sino hasta las doce de la noche. Nadie le dijo nada. Ni siquiera habían notado su ausencia. Tenía trece años, y frente a su reflejo en el agua había confirmado por primera vez algo que se gestaba en su interior.

Esa noche no pudo dormir.

La fiesta

El 31 de julio de cada año, doña Agracia se levantaba a las tres de la mañana y preparaba café. Luego despertaba a los demás, y con tan solo mirarlos les ordenaba vestirse para comenzar la caminata rumbo al pueblo, para participar en la fiesta patronal. Era una cita a la que había que acudir sin ninguna excusa. Los que no asistían, ya sea porque tomaron algunos tragos la noche anterior o porque estaban enfermos, se sometían voluntariamente a los castigos que la abuela les impondría días después. Todos tenían muy clara la importancia de la fiesta, no solo como una expresión cultural ancestral sino como una manera de conservar sus tradiciones, el alma de su pueblo y la de ellos mismos.

Alfonso, que se había despertado con su abuela, ya estaba acostumbrado al ritual familiar anual, que desde hacía algún tiempo dependía de su esfuerzo para que saliera bien. Lo primero que hacía era buscar el traje que doña

Agracia usaría en la fiesta. Él mismo lo había dejado extendido cerca de las últimas brasas la noche anterior, para que el calor se encargara de expandir la tela, y de ese modo ocultar las arrugas. Era un vistoso *tipoy* blanco, con encajes y bordes multicolores, con el que su abuela bailarían como una Meme del Gran Cabildo Indigenal, en la plaza principal de San Ignacio de Moxos. Al ritmo de tambores y flautas, aplausos y canciones, una parte del éxito de la fiesta y de la presencia familiar dependía de su trabajo. Desde los siete u ocho años, Alfonso también había aprendido a coser, y con el paso de los años se encargó de adornar los vestidos de su abuela, de su hermana y de algunas primas que le pedían ayuda. Sus hermanos y primos nunca vieron con buenos ojos que un chico de dieciséis se dedique a esas labores, cuando podía estar trabajando en el campo o cazando. Pero doña Agracia siempre lo consentía, y como a ella no se le podía discutir nada, Alfonso pronto se convirtió en un experto en el arte de embellecer, especialmente, los vestidos de su abuela.

Llegaron a las siete de la mañana, cuando la misa estaba por terminar. Justo a tiempo para comenzar la Ichapekene Piesta, la fiesta más enigmática, grande y colorida de San Ignacio de Moxos en particular, y de todo el Beni en general. En frente de la iglesia habían erigido el Gran Cabildo Indigenal, en donde se sientan el Corregidor, el Primer y el Segundo Cacique de varias comunidades y otras autoridades. Todos hombres. Ellos tienen la representación política y económica de sus comunidades. Durante la ceremonia del alba participaron en los servicios religiosos, acompañados por las famosas piezas musicales de carácter sacro, extraídas de unas viejas partituras conservadas en la iglesia de San Ignacio de Moxos por más de trescientos años. Es muy común que la mayoría de los ancianos hayan aprendido desde niños a interpretar las partituras de música moxeña y religiosa en diversos instrumentos: el violín, la flauta o el bajón. Por lo general, es posible escuchar a los músicos del coro los domingos a las ocho de la mañana en las misas cantadas y en determinadas fechas del calendario religioso, como por ejemplo durante la novena de la Virgen del Carmen. Pero todas esas actividades religiosas y culturales se resumen en este día especial: la gran fiesta de la capital folklórica del Beni.

La algarabía entonces se apodera de los presentes. La fiesta, que reúne a representantes de casi todas las comunidades de la zona —y a muchos que llegan de otros lares— estalla en una combinación de música, colores,

trajes, sonrisas y coreografías propias de la Amazonía, que solamente pueden apreciarse en todo su esplendor siendo testigos presenciales.

A la sombra de los motacuses², una gran cantidad de espectadores intentan protegerse del bravo sol mientras estiran sus cuellos para ver a los primeros danzarines que pasan frente al Cabildo y la iglesia. Se trata de los Achus. Son personajes singulares y juguetones que llevan una máscara de madera; vestidos con trajes oscuros y desgastados, imitan el andar de un hombre viejo haciendo sonar sus cascabeles y apoyándose en unos retorcidos bastones hechos de raíces de ambaibo³. Luego comienzan a correr los Ciervos, jovencitos descalzos con capa roja, que se contonean llevando en la cabeza una cornamenta puntiaguda pero inofensiva. Van de un lado a otro, saltan, dan brinquitos como pequeños venados, se acercan al público, tientan a algunos y continúa bailando.

Desde el fondo de la esquina oeste, comienzan a moverse lentamente las Memes del Cabildo. Mujeres adornadas con hermosos y ancestrales vestidos fabricados con yute. El *tipoy*, que no ha cambiado en cientos de años, es un símbolo femenino, y su tamaño, sus colores, y hasta la costura, asignan y atribuyen diferentes niveles sociales a quienes lo visten.

Alfonso está sentado en la vereda de la plaza. Busca con sus inquietos ojos los ojos de su abuela. Algunos minutos después la encuentra bailando, con la cara mirando hacia el cielo, como elevando una plegaria. Quizás dedicándole el baile a su esposo perdido. Alfonso la admira. La quiere de verdad. Siempre ha buscado en ella la complicidad que solamente dos espíritus de la selva pueden compartir. Ella es su guía y él se ha transformado en el motivo de su alegría. La Meme Agracia se desliza a ras del suelo con cierta delicadeza y lentitud, como intentando soportar el dolor de su pierna, esforzándose por cumplir con la coreografía. Levanta el brazo con parsimonia, mueve la cabeza en cámara lenta, cierra los ojos.

— Es la Meme más bonita —, piensa Alfonso. Y la sigue con la mirada, captando cada movimiento, cada gesto, cada suspiro. Terminado su baile, la pierde de vista entre las cientos, quizás miles de personas que abarrotan

2 El motacú es una palmera tropical propia de la Amazonía.

3 Árbol local.

las calles del pueblo, bebiendo chicha camba⁴ mientras tratan de imitar a los danzarinés oficiales. Pero Alfonso no se levanta, sabe que se encontrarán a medio día para almorzar en casa de su tía. Él prefiere ver las danzas, contemplar los vestidos, los trajes, buscar rostros amigables, coleccionar sonrisas. Como ningún otro día del año, Alfonso tiene la sensibilidad a flor de piel, y como una esponja, absorbe todo lo que sus sentidos le transmiten.

Las innumerables plumas de paraba anuncian la llegada de los Macheteros. Con su lenta danza, su señorial composición, comienzan a bailar frente a una multitud que los había estado esperando desde la mañana. Los Macheteros son el símbolo de Moxos, son los hombres sabios, los cazadores, las cabezas de familia, los más respetados. Morenos y aguerridos, interpretan su personaje a cabalidad, o quizás solo siguen el patrón de conducta que tienen cada día. Se ven imponentes con las plumas multicolores en la cabeza, generando miedo con sus machetes al aire. Son el alma de la fiesta, la forma perfecta de entender la Amazonía en una mezcla de danza, actitud y personalidad y firmeza.

El desengaño

Alfonso se sienta en una esquina de la mesa y no dice nada. Esta mirando los vestidos de las mujeres que servían la comida. Puede medirlos con los ojos y calcular cuánta tela de distintos colores habían utilizado para adornarlos. En la otra mesa están sus primos, su hermano mayor, sus padres y algunos amigos de la familia. Doña Agracia siempre lo llevaba consigo a todos lados, y ya era costumbre que se sentara a su diestra para comer en la mesa o para dormir en el viejo camastro de su casa hecho de madera podrida y apuntalado por un par de adobes. Alfonso se sentía cómodo, protegido, querido. Mientras ella estuviese a su lado sabía que no tenía nada que temer. Las risas y carcajadas comenzaron a sucederse una tras otra, confirmando así que la familia estaba reunida.

Al almuerzo le siguieron el cafecito y el refresco de maracuyá, endulzado con empanisao⁵. A las risas siguieron las noticias, los comentarios y los

4 Bebida no alcohólica hecha de granos tostados de maíz.

5 Pan dulce hecho del jugo de la caña de azúcar.

chismes. Una de las mujeres contó que la hija de una amiga suya se había perdido en San Vicente.

— Se la llevaron en una movilidad —dijo alguien. Otra comentó que la hermana de una de sus alumnas había desaparecido de una escuela en Santa Ana del Yacuma y que hasta ahora no la habían podido encontrar. Sus padres estaban desconsolados.

Eso pasaba muy a menudo en la Amazonía. Muchachas jóvenes desaparecidas. Algunas se escapaban con sus novios y se casaban en secreto. Otras viajaban a ciudades más grandes en busca de trabajo y no volvían jamás. No se sabe cuántas niñas desaparecen por año de pueblitos recónditos, enterrados en la selva, en donde la justicia es una palabra inservible.

— Pobres niñas. Sí, pobres muchachas, qué será de sus vidas —decían de cuando en cuando, mientras narraban historias mezcladas con mitos y leyendas. Alfonso escuchaba atentamente, mientras sus primos jugaban a la pelota en el patio.

A eso de las cuatro de la tarde todos se alistaron para volver a sus ranchos. Como Alfonso no aparecía por ningún lado, el hermano mayor fue a buscarlo a una de las habitaciones. Entró, se escucharon gritos y golpes, e inmediatamente salió sosteniendo a Alfonso por el cuello, vestido con el *tipoy* de una de sus primas. Todos corrieron al lugar para ver qué pasaba.

— Este maricón está vestido como una mujer —gritó, ardiendo de rabia.

— Yo solo le estaba mostrando a María cómo hacerle un doblez a su *tipoy* —se defendió el muchacho, en medio de lágrimas y con la nariz sangrando.

— Vos sos un maricón, los hombres no usan vestidos —replicó furibundo el hermano.

— Eso es mentira —dijo Alfonso antes de desmayarse y caer al piso como un cuero viejo.

Doña Agracia corrió y se lanzó encima de Alfonso.

— A mi nieto no lo tocas —gritó mientras acercaba su cabeza a la de Alfonso y rompía en llanto.

Los ánimos se calmaron. El llanto de la abuela logró que la rabia y los deseos de venganza se dispersaran. Cada uno, poco a poco, retornó a sus quehaceres, a preparar las cosas para partir antes de que el sol descendiera más. Doña Agracia levantó a su nieto y lo llevó a la cocina donde, con la ayuda de sus jóvenes primas, lo limpió y lo acostó en un catre viejo.

— Nosotros nos quedamos esta noche en el pueblo y mañana nos vamos —les dijo, sin siquiera mirarlos.

Nadie le respondió y partieron en silencio.

Alfonso dormía, pero no soñaba.

La hermana

Ya entrada la noche, Alfonso recuperó la conciencia y al abrir los ojos se encontró con el pálido rostro de su abuela. Pidió un poco de agua y nuevamente comenzó a sollozar.

— ¿Qué tienes, hijo? —preguntó doña Agracia, aunque ya sabía la respuesta.

Los dos estaban solos junto a un mechero que emanaba un fuerte olor a kerosene.

— Abuela —dijo Alfonso— ¿por qué soy así? ¿Por qué me gustan las muñecas, los vestidos? ¿Por qué me gustan más las cosas de mujeres?

La abuela se detuvo en un largo silencio antes de responder. El corazón le palpataba, la sangre de sus venas estaba alborotada, sus manos sudaban. Alfonso estaba recostado y el mechero le iluminaba la mitad del rostro. Unas delicadas lágrimas brillaban y luego rodaban por su pequeña mejilla adolescente. Doña Agracia lo miraba tiernamente, como si estuviera viéndolo recién nacido. Ella fue quien lo recibió esa noche de tormenta, con rayos que iluminaban el río en frente de su casa. Lo cuidó, y cuidó también a su madre, mientras se reponía del difícil parto las semanas siguientes. Poco a poco se fue encariñando con aquel último nieto, y desarrolló afectos especiales que no había sentido por los otros.

Doña Agracia dejó de llorar.

— ¿Sabías que tienes una hermana? —le dijo mirándolo a los ojos.

— ¿Una hermana? —preguntó sorprendido Alfonso—. ¿Y dónde está?

— Cuando estabas en la panza de tu mamá —dijo la abuela con ese tono de maestra que había aprendido en la escuela— tenías una hermana gemela. Eran dos. Estaban destinados a ser dos, porque así lo quiso Dios. Ese año sabíamos que iba a llover mucho pero no nos imaginamos que sería tan grave. El agua no dejó de caer por casi un mes, y todo el rancho y más allá se inundó por completo. El río casi nos mata una noche, y tuvimos que dejar la casa para subir a los percheros. A la mañana siguiente siguió lloviendo. Y al día siguiente también. Y así todos los días siguió cayendo agua del cielo, como un castigo, como una maldición. Las vacas comenzaron a morir de hambre, las gallinas se ahogaron y los animales salvajes se fueron buscando tierras altas. Al poco tiempo se nos acabó la comida y comenzamos a padecer hambre —dijo con voz grave y dramática.

Alfonso la miraba atentamente. En la penumbra de aquella habitación estaba oyendo la historia de su vida, la que no le contaron nunca.

— La mitad de lo que nos tocaba a cada uno —prosiguió la anciana— se la dábamos a tu madre, porque ella la necesitaba más. Tu padre iba a pescar pero no siempre tenía suerte. No había ni sal y no podíamos ir a ningún lado porque decían que por allá estaba peor.

Alfonso permanecía en silencio, atento a cada palabra, como si estuviera viendo una película.

— Entonces tu mamá comenzó a sufrir calambres y fiebres y se desmayaba varias veces al día. La lluvia nos impedía salir a buscar al doctor del pueblo y no podíamos hacer nada más que rezar para que un milagro le quite el dolor. Y ese milagro sucedió, una noche de relámpagos, truenos y un fuerte viento que venía del norte.

— ¿Qué? ¿Qué pasó, abuela? ¿Qué pasó con mi hermana? —interrumpió Alfonso.

— El cielo siempre es sabio y decidió salvarte a ti y a tu madre. En mitad de la noche, de esa estruendosa noche, en el vientre de tu madre, se decidió el futuro de los dos... y tú... te comiste a tu hermana.

— Pero, mi hermana... ¿Dónde está? —interrogó Alfonso, casi gritando y con la cara pálida.

— Tu hermana te dio su cuerpo, su carne, para que vivas y para salvar a tu madre. Pero su espíritu, que era muy fuerte y que no se fue al cielo, se quedó contigo, en tu cuerpo. Allí habitan los dos espíritus, el tuyo y el de ella. Por eso crees que te gustan las muñecas o los vestidos, pero en realidad es a ella a la que le gustan. Es ella la que hace que camines así como caminas, que tengas la voz tan delgada. Su espíritu es fuerte y se expresa también a través de tu cuerpo.

Alfonso calló. Por sus mejillas, lentamente, comenzaban a caer grandes lágrimas silenciosas, mientras su cabeza se estremecía por dentro, tratando de comprender lo que acababa de escuchar.

— Estás vivo gracias al sacrificio de tu hermana —concluyó la abuela—. Desde entonces ella vive en tu cuerpo, comparte tus alimentos, mira lo que tú miras y siente lo que sientes. Por eso no debes espantarla o tratarla mal. Tú eres ella.

El encuentro

A la mañana siguiente, Alfonso se despidió de su abuela, diciéndole que iría a caminar por la laguna Isireri, y que volvería para el almuerzo. En un bolso de yute había puesto algunas prendas, un poco de pan y una botella de agua. Doña Agracia hizo un gesto de aceptación, aunque muy en el fondo sabía que esa era la última vez que vería a su nieto. Lo miró alejarse por una calle polvorienta, y en silencio comenzó a rezar para que le fuera bien, para que los cielos lo protegieran y para que algún día fuera feliz. Antes de perderse en el horizonte, Alfonso se volvió a mirarla, y con una sonrisa se despidió para siempre.

Al borde de aquel inmenso espejo de agua, Alfonso se cuestionaba a sí mismo. Se hacía preguntas violentas. Se daba respuestas devastadoras. Solo y en silencio analizaba su vida, aquella que le había tocado vivir, y ahora la vida de su hermana, la vida que ella no había podido tener. Se sentía responsable. En el fondo estaba intentado perdonarse, perdonar a los cielos, a la lluvia, a los milagros, a su madre. Caminó por la ribera por algunos minutos más con la mirada perdida y el corazón confundido.

La laguna artificial Isireri es una enorme extensión de agua estancada, herencia de las grandes culturas que en tiempos prehispánicos poblaron y caminaron por las tierras de Moxos. Su pasado, así como el de las muchas ruinas y vestigios recientemente descubiertos, no ha sido investigado ni interpretado a profundidad, así que se desconoce los motivos por los cuales se construyeron; actualmente permanecen solo como curiosidades turísticas de la zona. Alfonso no sabía nada de eso y no le importaba, porque descubrió que su vida también era una construcción cuyo motivo él mismo desconocía.

Se detuvo por un momento, mirando el horizonte, cegado por el sol del mediodía reflejado en la laguna, y cuando bajó la mirada, la vio. Ahí estaba, tras el cristal áqueo que los separaba. Una imagen que se acercaba y se alejaba con las pequeñas olas que chocaban en la orilla, justo a sus pies. Alfonsina lo miraba con ojos llenos de amor y compasión. La reconoció y le sonrió. Siempre estuvo allí, a veces en silencio, a veces susurrándole palabras de aliento. Alfonso por fin entendió.

Se quedaron conversando toda la tarde. Se contaron cosas que el uno no sabía de la otra y viceversa. Se dijeron que se querían, que se cuidarían, que se encontrarían. Uno lloró. Otra suspiró. Ambos tomaron la decisión.

La fuga

Al caer el sol partieron monte adentro. Su plan era llegar hasta Santa Ana del Yacuma en dos días, descansando solo algunas horas, comiendo lo que encontrarán, lo que Alfonso lograra cazar o pescar y lo que Alfonsina fuera capaz de cocinar. Luego viajarían de pueblito en pueblito hasta llegar por fin a Riberalta, después a Cobija, y por fin a las tierras del norte donde la gente hablaba como cantando.

Ambos conocían los peligros de la selva, pero también habían aprendido cómo lidiar con ellos. Lo más importante, sin embargo, era su determinación. Debían encontrar un escenario favorable para su vida, para esa vida que estaban destinados a compartir. Caminaron si cesar toda la noche. En la madrugada, ya cansados, se detuvieron al borde de un riachuelo para dormir o tratar de dormir un poco, a pesar del viento frío y húmedo que arreciaba.

Despertaron tarde, quizá a las diez, por el ruido de un lagarto que salía del agua. Se apartaron rápidamente para ponerse a salvo. Más tarde comieron algunos frutos y siguieron caminando.

— No vamos a llegar en dos días —dijo Alfonsina.

— Aunque sea en tres, pero no tenemos que dejar de caminar —le respondió él.

A medio día cayeron exhaustos y decidieron que debían comer algo, porque de lo contrario su aventura tendría un final trágico, como del que estaban escapando. Buscaron algunas ramas secas, Alfonso pescó un dorado, y se sentaron a conversar bajo la sombra de un frondoso árbol que encontraron al final de un escampado. Al principio no se dieron cuenta, pero luego de observar con detenimiento, entendieron que ese terreno raso era en realidad una pista de aterrizaje abandonada.

A finales de los años setenta, en gran parte de las tierras amazónicas se construyeron varias de estas pistas clandestinas, desde donde el “rey de la cocaína”, Roberto Suárez Gómez, mandaba su letal pasta base a Colombia, en la que fue la mayor empresa del narcotráfico. Con fuertes e inéditos vínculos con el gobierno de entonces. Roberto Suárez llegó a tener tal poder político y tal cantidad de dinero, que ofreció pagar la deuda externa boliviana, que por entonces ascendía a 3.800 millones de dólares.

Alfonso recordó algunas historias que doña Agracia contaba en las noches, antes de mandarlos a la cama.

— Aquí murió el Tata —dijo, mirando al horizonte.

— ¿Cómo sabes? —respondió de inmediato Alfonsina, asustada por el tono de voz de su hermano.

— La abuela nos contó. Estaban llevando vacas viejas al sur, parece que a Trinidad, para venderlas y comprar terneros. Y de pronto se encontraron con esta pista, o con una pista como esta. Ellos tampoco sabían qué era, aunque siempre escuchaban pasar los aviones y las avionetas, de día y de noche, a todas horas. No sabían de dónde venían ni a dónde iban. Solo las miraban pasar por el cielo.

— ¿Pero qué pasó con el abuelo? —preguntó Alfonsina, curiosa e interesada en esa historia en particular.

— Se encontraron con una avioneta que estaba por despegar —respondió Alfonso—. Y antes de que los vean a ambos, el Tata empujó a la abuela y la tumbó entre las ramas. Por suerte los hombres de la avioneta no la descubrieron. Se bajaron y se llevaron al Tata con ellos. Nunca más nadie lo volvió a ver. La abuela dice que su marido se convirtió en un pajarito y que se fue detrás del viento. Eso me contó cuando yo tenía unos siete años. ¿No lo recuerdas? —preguntó.

Alfonsina calló. No sabía que Roberto Suárez Gómez se alió con el grupo de militares golpistas encabezado por Luis García Meza, Luis Arce Gómez (su primo) y el criminal nazi Klaus Barbie, que entonces se llamaba Klaus Altmann. Se cree que fue el “rey de la cocaína” quien financió el golpe de Estado del 17 de julio que 1980, que finalmente llevó al poder a García Meza. En esta operación “invirtió” alrededor de cinco millones de dólares, pues su cercanía con la alta cúpula del poder le garantizaría un gran y poderoso paraguas político para seguir produciendo las dos toneladas diarias en sus fábricas, instaladas sobre todo en tierras bajas, bajo su atenta mirada (cf. Levy 2012). Alfonsina desconocía también que durante este tiempo mucha gente murió en esas tierras: empleados del “rey”, militares, agentes encubiertos, competidores o, como en este caso, hombres incautos y descuidados que un día se encontraron con esa maquinaria de la muerte.

Los dos agacharon la cabeza. Uno suspiró. La otra pensó que debían seguir caminando. Descansaron por una hora más y luego emprendieron la caminata. Con el antecedente de la pista descubierta, se dijeron que debían tener cuidado, que no solo los animales eran un peligro. Tenían que estar atentos. Pasaron la noche en las ramas de un gran árbol que encontraron, y que resultó perfecto para descansar un poco más cómodamente que la noche anterior. Y sin embargo, no pudieron dormir bien. Los recuerdos de su casa, del rancho, de la abuela se hacían presentes a cada momento. Esa noche soñaron con doña Agracia.

El ruido del motor de un jeep los despertó bruscamente. Era un grupo de forasteros que habían acampado justo debajo del árbol donde ellos se encontraban.

— ¿Quiénes serán? —preguntó Alfonso, casi hablando para sí mismo.

— No parecen malos —dijo ella—. Mira, hay otros chicos con ellos.

— ¿Serán doctores? —preguntó Alfonso, como deseando que así fuera.

— Yo voy a bajar —dijo ella.

— No. ¿Por qué? ¿Qué vas a hacer? — respondió Alfonso, casi en estado de pánico, pero sin gritar.

— Voy a ver qué quieren, y si nos pueden llevar un trecho en su movilidad.

— ¿Yo también voy?

— Si nos ven a los dos pueden pensar mal. Si voy yo estarán más confiados. Después te llamo y bajas.

Alfonso no dijo nada. Ella sacó el *tipoy* de su prima que había traído en la bolsa y se lo puso. Se soltó la melena y se sacó los zapatos. Comenzó a bajar lentamente. Una vez en el suelo, los saludó cordialmente y se acercó. Los extraños no parecían estar asustados. Por el contrario, se mostraron amables, la saludaron, le convidaron un poco del charque que estaban comiendo, y la invitaron a sentarse junto a ellos y las demás chicas.

Desde la copa del árbol, Alfonso no podía oír nada de lo que decían, por más esfuerzos que hacía. Comenzó a desesperarse, pero trataba de no hacer ruido para pasar inadvertido. Su hermana rió a carcajadas y se subió a la parte trasera del vehículo que arrancó de inmediato, dejando atrás las brasas apagadas de la fogata en la que habían preparado el desayuno. Antes de irse, Alfonsina lo miró y le guiñó un ojo. El vehículo avanzó por los charcos que la llovizna de la noche anterior había dejado.

Alfonso se quedó en el árbol todo el día, hasta que las primeras estrellas comenzaron a aparecer, en ese cielo que hacía mucho tiempo no había visto tan despejado y tan hermoso. Se quedó en silencio, contemplando el horizonte, en medio de ruidos extraños, animales nocturnos y leyendas insólitas de las cuales, tal vez, él era el protagonista.

Los hijos del Tata Belzu

El camino de la muerte

De La Paz a Coroico se llega en cuatro horas. El pasaje es barato y el transporte es bastante cómodo. De hecho, viajar en Bolivia resulta muy económico, y cada vez más gente se anima a recorrer el país. Pero Coroico en particular es un destino muy frecuentado, y se ha convertido, con el paso de los años, en un pueblito que acoge a turistas y visitantes y les permite conocer su pasado y sus maravillas naturales.

Para llegar hay que transitar por el “camino de la muerte”, una ruta de tan solo 64 km de largo en la que han perdido la vida cientos de personas⁶. Al final, el que sobrevive llega a los Yungas de La Paz⁷, una fantástica y cálida tierra que contrasta con el frío Altiplano de las alturas. El camino, que ya tiene fama mundial⁸, es uno más de sus atractivos. En esta población del país

6 Antes de que se construyera la nueva carretera, el “camino de la muerte” era legendario por su peligro extremo y por el número de muertes en accidentes de tránsito: un promedio de 209 accidentes y 96 personas muertas cada año.

7 Región semitropical que sirve de frontera entre el área andina y la Amazonía boliviana.

8 En 1995 el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) lo bautizó como “el camino más peligroso del mundo”.

(así como en Caranavi, Tocaña, Chulumani, Arapata y otras comunidades) se concentra la mayor cantidad de afrobolivianos, una de las minorías étnicas que hace apenas unos años comenzó a visibilizarse y que recientemente ha sido reconocida en la nueva Constitución Política⁹ luego de la refundación del país y la llegada del Estado Plurinacional^o.

Descender en bicicleta a casi 70 km por hora desde los 4.700 hasta los 1.100 msnm produce una sensación inexplicable de vértigo al mirar pasar una cadena de montañas en cada parpadeo. Sentir el viento helado en la cara, intentar ver a través de la niebla en las laderas, detenerse por un momento a beber agua fresca de alguna de las tantas vertientes que atraviesan el camino. Se trata de una experiencia que desde el primer momento hasta el último garantiza una transformación interna. Algo así como aprender de nuevo que la velocidad de la vida depende de cuán lejos y cuán rápido queremos llegar. Al finalizar el recorrido, con los pelos de punta, se puede sentir el aire caliente, ver la vegetación espesa y divisar el pueblito de Coroico, edificado sobre una roca gigante que bordea un cerro, y desde donde se puede observar y escuchar un caudaloso río brillante a los pies de la montaña.

Por ese camino viajaba a Caranavi Alejandro Fernández Gutiérrez. Nació en La Paz, pero sus raíces afrobolivianas siempre fueron profundas. Su cultura, su herencia, sus costumbres, siempre prevalecieron.

— ¿Recuerdas tu infancia, tus primeros días?

— Mi comunidad fue dividida en dos. Lo urbano (lo “moderno”) y lo rural (lo comunitario, sencillo). A pesar de haber nacido en la ciudad de La Paz, pasé parte de mi infancia en los Yungas. Visité muchas comunidades y aprendí de ellas. Viví y estude en Caranavi por un tiempo y comprendí más mi complicada identidad. La Paz y sus suburbios acogen a todos los

9 “La Nación boliviana está conformada por la totalidad de las bolivianas y los bolivianos, las naciones y pueblos indígena originario campesinos y las comunidades interculturales y afrobolivianas, que en conjunto constituyen el pueblo boliviano” (Art. III, Constitución Política del Estado Plurinacional de Bolivia).

10 El 6 de agosto de 2006 se instaló en Bolivia la Asamblea Constituyente para redactar una nueva Constitución y moldear un Estado más equitativo, defender los recursos naturales y acabar con el modelo neoliberal. Un referéndum ciudadano la aprobó en 2009 con el 61,43% de los votos.

inmigrantes, y particularmente Villa Fátima a los afrobolivianos. En mi caso, crecí en una zona bastante pequeña llamada Aranjuez, al sur de la ciudad. Tenía muchos vecinos, algunos de mi edad, y no puedo negar las travesuras y líos en los que nos metimos, pero nada serio. Mi infancia fue bastante sencilla, subíamos a los árboles, trepábamos los cerros de Aranjuez, nos caíamos, peleábamos y volvíamos a ser amigos. Era un proceso de reciclaje de la amistad. Cuando tenía doce años participé en un programa bastante popular en la televisión, el “Show de Jacky”. Permanecía allí por un año y fueron los momentos más lindos de toda mi infancia.

Alejandro tuvo muchas privaciones mientras crecía. De escasos recursos, su familia, sobre todo su madre, luchó por ocupar un lugar digno en la sociedad. Porque ser afroboliviano en una sociedad con tantos estigmas y prejuicios era otro obstáculo que había que vencer.

— Entonces puedes decir que tuviste una infancia feliz.

— Definitivamente fue una infancia feliz. No teníamos los lujos ni los servicios básicos de algunos vecinos (como la urbanización Valle de Aranjuez; ellos sí gozaban de esas comodidades), pero con lo que tenía era feliz. Mi madre fue la única que sostuvo a la familia y ella siempre decía que mientras tuviéramos un techo donde dormir y algo que comer debíamos ser felices.

Pero la felicidad de Alejandro no duraría mucho tiempo. O al menos no sería la misma felicidad. Se sabe de, o se conoce a muy pocos afrobolivianos que han aceptado públicamente una diferente orientación sexual o identidad de género. De hecho, Alejandro es el único que lo ha hecho en Bolivia. Para ello tuvo que atravesar por un proceso muchas veces doloroso, pero definitivamente necesario.

— ¿Cuándo te diste cuenta de tu orientación sexual?

— Darme cuenta y entender mi identidad no fue fácil, y más aun si hablamos de tiempo y espacio. Pero, por lo que recuerdo, siempre fui homosexual. Cuando “acepté” mi identidad debió ser en mi adolescencia, como a los catorce. Estaba enamorado de un muchacho de mi barrio. Fue entonces cuando entendí todo.

A los catorce años y en Bolivia, “aceptarme” fue complicado. Antes de pensar en mis sentimientos tenía que aclarar si lo que estaba sintiendo era

real, y además cómo iba a ser aceptado por mi familia. Fue difícil. Encontré mucha soledad, desprecio y discriminación a partir de esa edad. Algunas veces ya no quería ir a la escuela porque me molestaban demasiado por mis actitudes. Pero al final, y mirándolo desde hoy, ¡sobreviví, no sé cómo! Me acuerdo que mi madre decía: “tienes que ir a la escuela, graduarte y ser alguien en la vida, ahora que tienes la oportunidad”. Creo que eso fue lo que me motivo a no desfallecer.

Como a los dieciocho años, cuando tenía edad legal para ir de disco, ya estaba frecuentando los boliches de “ambiente”¹¹ en La Paz. Además que había empezado mi primer año de universidad. Me sentí como en el paraíso. Encontré mucha gente de mi infancia en la disco, y cuando nos vimos nos abrazamos y nos dimos cuenta de que teníamos un secreto en común, y eso nos hacía “mejores amigos.” Fue divertido.

En ese doloroso proceso de transición, de aceptación, tuvo la buena fortuna de tener cerca a alguien a quien poder contarle todo. El machismo en la sociedad boliviana, ese conservadurismo inherente a su historia, hacía casi imposible para un adolescente afrodescendiente como Alejandro asumir su identidad y orientación de una manera, digamos, normal.

— ¿A quién fue la primera persona a la que se lo dijiste?

— A una de mis amigas, quien además fue mi vecina durante mi infancia. Después de haber vivido once años en Aranjuez, todos mis vecinos se dispersaron en la ciudad, y cuando empecé mi primer año de universidad la reencontré. En nuestro primer año, y como todos, teníamos que hacer trabajos en grupo y demás. Un día nos sentamos y empezamos a hablar sobre nuestra infancia, y en un momento inesperado le dije: “Creo que soy gay, y estoy tratando de aceptar mi identidad sexual”. Ella era la primera persona a la que se lo decía. Me dijo que ya sospechaba porque desde muy niño yo era diferente, pero que ella no prestaba atención a los comentarios discriminatorios que hacían otras personas sobre mí. Después de esa

11 Se denomina “boliche, bar o discoteca de ambiente” a los lugares a donde gays, lesbianas, bisexuales y *trans* (travestis, transexuales y transgéneros) asisten sin temor a ser discriminados o sufrir violencia. En años pasados eran clandestinos, pero últimamente se han visibilizado y expandido en varias de las grandes ciudades de Bolivia.

confesión ella me apoyó mucho; fue una amiga incondicional. Luego de un tiempo le conté a mi familia y después de algunos días de llanto terminaron aceptándolo y empezaron a preguntarme miles de cosas sobre la identidad homosexual. ¡Cómo recuerdo sus preguntas!

— ¿Cómo era la relación con tu familia y cómo es ahora? ¿En qué cambió?

— La relación con mi familia durante mi infancia fue interesante. Mi madre trabajaba como empleada doméstica “cama adentro” (me parece tan chistosa esa terminología) y la veía muy poco. Tengo dos hermanas. Yo soy el del medio. Mi hermana mayor tuvo que hacer la función de “mamá”. Parte de mi infancia la relación familiar fue sobre todo con mi hermana mayor. En mi adolescencia, mi madre me adoraba y estaba súper feliz de tener un hijo varón. Las madres siempre dicen eso, ¿no? Luego decía que yo era la “cruz” de la familia. De alguna forma no me gustaba el término... En fin, mi mamá era muy católica. Me llevaba a la iglesia los domingos y las festividades católicas ella celebraba a lo grande. Mis hermanas no comulgaban mucho con la religión católica, y de alguna forma eso permitió poder tener conversaciones abiertas con ellas después de haberles dicho que era gay. Mi madre murió el 2002 y eso cambió mi vida y toda la relación familiar. Tenía diecisiete años cuando eso pasó. Fue difícil cruzar de la adolescencia a la juventud solo. Un año después empecé la universidad, y ahí pude hablar sobre mi identidad de una manera más distendida, obtener más información y después hablar del tema en mi casa.

— ¿Cuándo asumiste, primero personalmente y luego públicamente, tu orientación sexual?

— Voy a dividir el proceso en tres etapas: a nivel personal, como a los catorce años, de manera familiar como a los dieciocho, y públicamente cuando participé en el “Mr. Gay La Paz” y fui elegido como tal, y luego en un concurso a nivel nacional, el “Miss Gay Transformista Bolivia”. Pero considero que lo público es lo que sucede dentro de la comunidad LGBT, porque aún muchos de mis amigos no saben, y algunas veces se sorprenden o ¡no me creen! Es chistoso. Y bueno, podríamos decir que esta es la primera vez que hablo de mi identidad sexual de manera pública, contigo, Edson.

Ser afroboliviano, humilde, de escasos recursos y homosexual debe ser una combinación casi mortal para una persona que vive en Bolivia. Es

como estar en el centro del círculo concéntrico más pequeño, esperando ser alcanzado por los feroces dardos de la sociedad, aquellos que están envenenados de intolerancia, homofobia e injusticia. En ese lugar estaba Alejandro, y desde ahí tomó decisiones importantes en su vida que lo llevaron a convertirse en el hombre afroboliviano homosexual que ahora es.

La historia que no nos contaron

Al igual que en el resto de América, el hombre y la mujer africanos estuvieron presentes en la historia y en el territorio de la actual Bolivia en calidad de esclavos. En la época colonial fueron traídos del continente africano desde las regiones que actualmente son Angola, el Congo y Biafra, entre otras; se calcula que al concluir la Colonia (1825, año en que nace la República) había en Bolivia unos treinta mil esclavos africanos. Los trasladaron a Bolivia siguiendo diversas rutas utilizadas para la comercialización de esclavos: la del Caribe, Panamá, Colombia y el Perú, hasta que se abrió el puerto de Buenos Aires. Sin embargo, muchas piezas (como llamaban a los esclavos) fueron traídas como contrabando por rutas no autorizadas por la Corona, y esta cantidad se incrementó más aún con la llegada de negros esclavos fugitivos y negros libres de los países vecinos.

Los negros traídos a América y a Bolivia pertenecen a diversas etnias (grupos lingüísticos) africanas; la Bantú es la que más influencia cultural tuvo en la región. La cultura Bantú es dominante frente a otras por su imperialismo militar, por su trabajo disciplinado, que dio lugar a innumerables adelantos, como la fundición de metales, la agricultura, la ganadería y la pesca, y además a complejas estructuras sociales, una elaborada filosofía y una fuerte corriente religiosa.

La población africana comenzó a llegar a América poco después de la llegada de Cristóbal Colón. A los primeros, que nacieron y vivieron en España y Portugal como esclavos, que ya dominaban la escritura hispana y la religión de sus esclavistas, y que vinieron acompañando a sus amos como cargadores, exploradores y también como combatientes, se los llamaba ‘negros ladinos’.

Aquellos que llegaron directamente del África, en mayor cantidad y para trabajar en las minas y las plantaciones americanas, eran los llamados

‘negros bozales’. Se los destinó a los duros trabajos en las minas de Potosí y como fundidores de metales y acuñadores de monedas. Ya traían consigo una cultura muy avanzada con relación a la fundición de metales; sin embargo, el arduo trabajo y el maltrato que sufrieron en las minas, aunado a las duras condiciones climáticas de Potosí, hizo que una gran cantidad de ellos muriera. Ante ese problema, se los revendió a las haciendas yungueñas, ya que el sistema de cultivo de coca, café y otras especies era igualmente importante para la generación de riquezas ligada a la explotación de la plata. En estas haciendas los negros trabajaron en calidad de esclavos, mayordomos, cocineras, amas de llaves y amas de leche (niñeras) hasta la Reforma Agraria de 1952.

La situación de la mujer afro en la Colonia era similar o incluso peor que la de los varones. Su condición era particularmente angustiosa por su constante lucha para mantener el vínculo con sus hijos y, en lo posible, conseguir su libertad. La familia núcleo de cada sociedad se había quebrado en África en ese entonces, y en América las mujeres hicieron duros intentos por mantenerla unida.

Los negros eran objetos suntuarios, ya que su precio era muy elevado; así, cuantos más esclavos negros poseyera el amo, era considerado más rico y era más respetado. Es decir que el negro tenía un carácter exótico, y desde la Colonia se lo utilizaba como elemento decorativo en los hogares, desfiles y protocolos.

Se calcula que se trajeron a América 12 millones de negros, sin contar a aquellos que murieron en las penosas travesías en los grandes barcos negreros al cruzar el Atlántico, ni tampoco la cantidad de africanos muertos en las cacerías que realizaban los blancos en tierras africanas. Los negros fueron transportados en menor cantidad a los lugares de gran altitud en que se ubicaban las minas, como Bolivia y México, ya que allí sus “hermanos” indígenas estaban obligados a cumplir las mismas faenas que los esclavos, aunque con un tratamiento un poco diferente. Se los destinó sobre todo a la región del Caribe y del actual Brasil, donde no había una organización indígena tan estructurada. Los esclavos negros resultaron imprescindibles para el sistema de plantaciones en haciendas de café, tabaco, arroz, algodón y caña de azúcar.

El negro era considerado un objeto, estaba obligado a servir a sus amos en lo que fuere, y su trabajo benefició a una minoría blanca en todo el mundo, particularmente al colonizador europeo, a los criollos y mestizos. Su trabajo fue necesario para desarrollar el capitalismo europeo y el de América, a manos de grandes explotadores. Su participación en la historia no es reconocida por la historia oficial, a no ser como meros objetos de compra y venta o en revueltas. Sin embargo, tuvo una intervención muy activa en las rebeliones libertarias de los oprimidos: esclavos, indios y españoles pobres. Así, en la rebelión de Túpac Katari peleó en el bando del caudillo indígena un reducido número de afrodescendientes como artilleros o fusileros. Durante la Guerra de Independencia esta población se vio obligada varias veces a pelear contra su voluntad y sus intereses, porque intuía que la independencia no la volvería libre.

Con el nacimiento de la República (6 de agosto de 1825), Simón Bolívar decretó la libertad de los esclavos, pero los gobiernos posteriores eludieron esa disposición hasta que, durante la presidencia de Manuel Isidoro Belzu (1851), se les concedió la libertad de una manera clara y categórica. Sin embargo, esta disposición no fue suficiente para que gozaran de libertad plena, ya que de esclavos pasaron a ser pongos de las haciendas hasta la Reforma Agraria de 1953, que es cuando el negro accede a tierras de hacienda y puede tener una vida libre en calidad de campesino.

La resistencia de los esclavos negros se dio a través de la lucha en las rebeliones y mediante el ejercicio de su cultura, una forma pasiva de no permitir que se les despojara de lo poco que tenían.

Las luchas sociales protagonizadas por los negros a fines de la Colonia y en los primeros años de la República fueron sobre todo por su libertad y en contra los abusos a los que estaban sometidos.

Las numerosas sublevaciones de negros registradas a principios del siglo XIX, más que vinculadas a la lucha independentista, eran sublevaciones contra los abusos de sus hacendados o con el claro propósito de conquistar su libertad, sin distinguir si los amos eran de uno u otro bando.

Un caso especial es el de la rebelión de negros que tuvo lugar en la ciudad de Santa Cruz en agosto de 1809, una revuelta en la que participaron afros libres portugueses, esclavos mulatos e indios tributarios, y que estuvo liderada por el mulato Franciscote.



1942
K. S. S.

Después de la Independencia, los afrodescendientes abandonaron las ciudades y se cree que su principal destino fue el Brasil. En cambio, la mayoría de los esclavos afros de los Yungas se quedaron a vivir en las haciendas, convirtiéndose en peones.

Desde ese momento su situación económica se equipara a la del peón indígena, ya que en las haciendas yungueñas convivieron en similares condiciones peones afros y aymaras.

La convivencia entre trabajadores afros y aymaras produjo un interesante sincretismo, que se refleja en aspectos de la vida cotidiana, como la vestimenta y el peinado de las mujeres, así como la mentalidad mágica y religiosa, mezcla de creencias ancestrales de origen africano y andino con fuerte influencia del catolicismo, y que se mantiene en la actualidad en varias comunidades yungueñas, especialmente entre las viejas generaciones.

Si bien los afros yungueños se equiparan socialmente a los aymaras, sus hermanos en sufrimiento, es interesante observar que mantuvieron bases de sobrevivencia cultural en la vida cotidiana y en su organización política, social y religiosa, donde se incluyen estructuras jerárquicas de su África ancestral; es el caso del rey Bonifacio Pinedo.

En la segunda mitad del siglo XX se produjo la decadencia de la hacienda yungueña porque la Reforma Agraria de 1953 distribuyó tierras a peones afros e indígenas por igual.

Nuevamente en esta época la situación del afro se equipara a la del indígena, más aún cuando, por influencia de la ideología revolucionaria de la época, el criterio de clase primó sobre el criterio étnico. Así, se pasó a usar el término ‘campesino’ en vez de ‘indio’ durante más de tres decenios, aplicándose también a la población afro. En las décadas posteriores a la Reforma Agraria, aymaras y afros se unieron en los sindicatos agrarios, y de peones, ambos pasaron a ser pequeños propietarios.

Este cambio de terminología tuvo en ese momento una razón bien fundamentada en relación al sistema económico, pero también tuvo una connotación despectiva con la utilización de los términos ‘negro’ e ‘indio’. A fines de los años setenta surgieron fuertes corrientes dentro de Bolivia, como en muchos países de América Latina, buscando revalorizar los criterios étnicos y generar una conciencia del oprimido en relación a su cultura y su etnia (Movimiento Cultural Saya Afroboliviano 2003).

El Tata Belzu

Manuel Isidoro Belzu, nacido en 1808, puede ser considerado el precursor de los movimientos nacionalistas bolivianos del siglo XIX. Es recordado por sus políticas económicas, la reforma constitucional, la lucha de librecambistas versus proteccionistas (corriente esta última de la que él era defensor), así como por el apoyo contundente que recibió de las clases populares, especialmente de artesanos y campesinos y de las mayorías oprimidas del país. Belzu fue presidente de la República entre 1848 y 1855, y durante su gobierno desafió abiertamente a las élites de la época, logrando imponer un discurso revolucionario e incluyente, como el que pronunció en 1848 luego de tomar el poder:

Hasta ahora no habéis sido sino el ludibrio de las demás clases, su propiedad, sus esclavos, sujetos en todo a las cargas pero nunca a las recompensas [...] Voy, pues, a emanciparos de tan vergonzosa tutela, y restituiros vuestra dignidad de hombres y vuestros derechos tanto tiempo usurpados por la vieja aristocracia, y por esa oligarquía que creyó neciamente perpetuarse en el mando de la República [...] seréis lo que se llama pueblo soberano, seréis lo que ellos han sido, es decir, prefectos de departamento, gobernadores de provincia, jefes de cuerpo, obispos, magistrados, ministros de justicia, coroneles, generales; seréis, en fin, los dueños y señores de la República (citado por Stefanoni 2011).

No cabe duda de que Belzu fue un visionario y se adelantó a su tiempo, iniciando las grandes revoluciones de los oprimidos que aún no terminan de emanciparse. Su gobierno, plagado de contradicciones, luces y sombras, ha dejado, sin embargo, un legado histórico que únicamente en estos días podemos entender, a pesar de las críticas o perfiles que se puedan hacer de él:

Unos vieron en Belzu al más sombrío gobernante de la historia boliviana del siglo XIX, otros lo convirtieron en ídolo, símbolo de justicia popular. Belzu ha sido caracterizado como un voraz caudillo, un bárbaro que se mantuvo en el poder apoyándose en el ejército, e inclusive, como un comunista y populista (Schelchkov 2011).

Cuenta la leyenda que Belzu se metió de lleno en la administración del Estado y en la consolidación de su liderazgo a causa de un lío de faldas. Su esposa, la quinceañera Juana Manuela Gorriti, tuvo un amorío con un expresidente, el general José Ballivián. Cuando Belzu se enteró, y luego de una trifulca melodramática, decidió profundizar su presencia en la política y concretar pragmáticamente sus ideas revolucionarias (Tineo Velasco s/f). El “Tata” Belzu, como lo llamaban los campesinos, comenzó así una serie de reformas y modificaciones al Estado, favoreciendo siempre a los más humildes, a pesar de todas las conspiraciones y los atentados que sus enemigos le prepararon.

[...] Motines e intentos de golpes contra Belzu fueron aplastados por la plebe. El representante de EE.UU. en Bolivia, John Appleton, escribió el 28 de junio de 1849 al secretario de Estado Clayton: “La gente noble, los oficiales y soldados quieren el regreso del general Ballivián. El movimiento a su favor fracasó por causa de un valiente apoyo al gobierno por parte de los cholos e indios. Esta parte de la población en cierta medida estaba subyugada durante el gobierno de Ballivián. Aunque Oruro, La Paz y Cochabamba fueron fácilmente tomadas por los militares rebeldes apoyados por la gente rica y decente, los revolucionarios fueron inmediatamente barridos por el pueblo”. La frase resume con claridad lo que estaba en juego (Stefanoni *op. cit.*)

Pero quizá el verdadero acto heroico de Belzu, más por su simpleza que por su popularidad y reconocimiento histórico, fue la ley con la que abolió la esclavitud en Bolivia, promulgada el 23 de septiembre de 1851¹². Y aunque en la práctica no tuvo mucho éxito —tal como sucedió con la iniciativa del Libertador Bolívar—, y quedó únicamente en buenas intenciones¹³, Belzu se transformó con el tiempo en un símbolo de la libertad para el pueblo

12 En 2011 se declaró cada 23 de septiembre como el Día Nacional del Pueblo Afroboliviano, mediante la Ley 521 del Estado Plurinacional de Bolivia, recordando precisamente esa fecha histórica. (*La Razón*, 23-09- 2011.)

13 “[...] No vemos al expresidente como el libertador del pueblo afroboliviano. Esa abolición no se materializó y se quedó en un buen gesto. Tuvimos que esperar otros largos años para que por fin se reconozcan nuestros derechos y se visibilice al pueblo afroboliviano”. (Juan Carlos Ballivián, representante del Consejo Nacional Afroboliviano – Conafro, en *La Razón*, 23-09- 2011.)

afroboliviano. Tan es así que al inicio de toda canción de saya afroboliviana se entona el estribillo: “Isidoro Belzu bandera ganó, ganó la bandera del altar mayor”.

El camino de la vida

Cuando Alejandro creció y maduró, ya en La Paz, comenzó a vivir una serie de eventos que lo acercaban cada vez más a ese momento que había soñado. Fue difícil, lo reconoce, pero sus palabras no denotan arrepentimiento, sino más bien una especie de tranquilidad, de conformidad.

— ¿Cómo te desenvolvías en una ciudad tan grande como La Paz? ¿Ibas a “boliches de ambiente”? ¿O estabas en la clandestinidad?

— Bueno, voy a decir que lo clandestino también abarca los boliches gays. Sabes que en mi época íbamos al “Taurus”, en Miraflores. ¿Quién iba a imaginar que un boliche gay estaba justo al frente del Estadio? ¡Yo no! Pero lo interesante es que el boliche funcionaba de once de la noche a cinco de la madrugada, algunas veces hasta las seis de la madrugada. Para mí era muy tarde para salir de mi casa, y también muy temprano para regresar. Un amigo, que después fue mi pareja, me invitó al boliche, y así fue como conocí la vida nocturna de la comunidad gay. Voy a decir que muchas veces manejaba las relaciones de manera clandestina. No podía contarles a mis amigos “heteros” que yo iba a los boliches gays o que participé en el “Mr. Gay”. Tú sabes, ¡no estaba preparado para sus reacciones o su rechazo! La Paz es una ciudad misteriosa, pero sobre todo amigablemente gay. Hay mucha gente y lugares que acogen a los homosexuales, pero de alguna forma aquello es secreto. Es una ciudad enorme donde mimetizas tu identidad y de alguna forma aprendes a vivir con ella. No es como en Caranavi, por ejemplo, donde todo el pueblo sabe quién es gay, quién vive con VIH o quién es lesbiana. Pero voy a decir que en mi generación los jóvenes, hombres y mujeres con los que me relacionaba, NO tenían ningún prejuicio con eso. De alguna forma descubrí que en Caranavi los jóvenes eran más abiertos. Pero las dinámicas son diferentes en todo lado, ¿no? Caranavi versus La Paz... mucha diferencia. Es cierto que hay lugares en La Paz donde no eres bienvenido, y no debes frecuentar esos lugares. También hay alguna gente homofóbica, y con esos hay que trabajar para sensibilizarlos un poco.

— Si tuvieras la obligación de describirte, ¿cómo lo harías?

— Soy una persona bien pacífica, pero cuando me toca pelear, peleo. Me gusta ser amigable, conocer nuevas cosas, soy muy curioso y preguntón y no tengo miedo de hablar en público. Me gusta leer, escribir, escuchar música contestataria, como Silvio Rodríguez, Buena Vista Social Club, Mercedes Sosa; me gusta Octavia, además de algunas cumbias. Me gusta de todo un poco. Además hago mucho deporte: me gusta nadar, correr, tengo una bici que manejo todos los días. Me gustan las películas, los documentales y algunas veces tomar una cerveza o un vino. Soy muy amigero y trato de ser diplomático en mis reacciones contradictorias.

Pero los procesos, tanto internos como externos, que Alejandro tuvo atravesar para reconocerse a sí mismo como lo que es, demuestran únicamente que la condición personal, cualquiera que sea, pasa a segundo plano cuando la propia dignidad se pone en juego. En ese momento, pase lo que pase, hay que enfrentar al destino, que por estas tierras está cambiando poco a poco. Al menos para algunas personas como Alejandro.

— ¿Cómo era la relación con tus compañeros en el grupo de la Saya¹⁴?

— Era interesante. ¡Qué pregunta, Edson! Bueno, te voy a contar un poco. En la Saya tenía que ser el macho que todos esperaban que fuera. Tú sabes que en la Saya, cuando ingresé junto a mi familia al grupo, no se hablaba de homosexualidad y mucho menos algunos de los integrantes se animaba a decir que era gay. La primera vez que fui, conocí a muchos tíos, tías, primos, pero me sentí excluido del grupo. Tú sabes que los hombres tocan los tambores y las mujeres bailan. Bien patriarcal es la estructura, que de alguna forma no podíamos rechazar. La Saya es lo cultural, tradicional y ancestral. Pero a mí no me gustaba tocar el tambor, a mí gustaba el baile. El ritmo para mí era como un energizante. Además, ¡esas cajas te sacan unas ampollas que no sabes! —cuenta Alejandro.

— En ese tiempo mis compañeros de la saya se burlaban de mí, de cómo hablaba, de cómo me dirigía a ellos y hasta de cómo pensaba. En el grupo yo no fui bien recibido, y creo que fue por mi identidad homosexual. ¡Yo sentía

14 Alejandro fue miembro del grupo de baile del Movimiento Cultural Saya Afroboliviana.

que era discriminado dentro del mismo grupo que, a su vez, era discriminado! Pero eso no me limitó para vivir y sentir mi orgullo negro. Además, me integré al grupo después de que mi madre murió. Sentí que ella quería conectarme con la saya, pero en el año 2000 yo no quería por todo lo que ya mencioné. Después de que mi madre murió, decidí encontrar mi orgullo afro-indígena boliviano y hacer de eso un orgullo personal. Busqué mi espacio en el grupo y, más allá de la saya, obtuve el respeto de mis compañeros de una forma que nadie lo esperaba. Al grupo llegaban invitaciones para participar en eventos académicos, conferencias, seminarios, y muchos de ellos no podían o no querían participar, lo encontraban aburrido. Pero a mí sí me gustaba todo eso, y de alguna forma podía generar un balance entre la saya y yo: yo participaba en algunos eventos y podía seguir bailando —continúa.

— Respecto a mi relación con los demás, te digo que son muy poco los amigos afros con los cuales salía a bailar u otras cosas. Mis amigas afros eran más sociables conmigo que los hombres. Y no puedo negar que muchos son primos y tíos míos; entonces las relaciones fueron complicadas, interesantes y difíciles. Pero no puedo negar que ahora sí tengo lazos de amistad con muchos de ellos y ellas. A pesar de haber sido la primera vez que un afro afirmara “soy gay”, hoy hay muchos y muchas afros que disfrutan más su sexualidad que en el pasado —explica.

Pero, ¿cómo se lucha contra un sistema que discrimina a todos todo el tiempo, ya sea por una u otra razón? Sin duda alguna, la emancipación y la revolución de las minorías es uno de los eventos más recientes dignos de ser estudiados a profundidad. Los casos, miles como el de Alejandro, demuestran que, en primer lugar, la sociedad está cambiando poco a poco, y en segundo lugar, que es necesario visibilizar a gente valiente y decidida como el protagonista de esta crónica.

— ¿Te sentiste discriminado alguna vez? Cuéntame un episodio.

— ¡Uy! Muchas veces. Te voy a contar una anécdota que ocurrió dentro de la comunidad gay. Me acuerdo que un par de veces fui al boliche solo y era muy difícil hacer amigos. La comunidad gay en el boliche se convierte en algo muy elitista. Si no eres “blanquito y lindo” no entras en ciertos círculos. Además, según si eres activo o pasivo y cómo te relacionas en esos términos, determinan quién eres y con quiénes te debes juntar. Por supuesto, al final de la noche terminas sintiéndote solo en una comunidad donde el apoyo debería ser mutuo. Eso en términos sociales —nos dice.

— Ahora, desde el Estado y la vulneración a mis derechos, muchas veces. Me acuerdo que una vez con mi mamá fuimos al registro civil para solicitar mi certificado de nacimiento y el servidor público fue muy rudo con sus palabras al preguntar que por qué mi mamá no trasteó (ropa y documentos) desde su comunidad, asegurando que una mujer negra no puede haber nacido en la ciudad. Segundo, que el registro de la ciudad de La Paz solo podía facilitar documentos a los nacidos en la ciudad. Mi madre le dijo que no era para ella y le dijo que era para mí, a lo que el funcionario respondió: “¿Está segura que su hijo nació en la ciudad?” Mi madre, muy enojada, le dijo: “Ni siquiera miró en sus registros, ni en su base de datos, y usted ya está asumiendo que mi hijo no nació en la ciudad” Después de eso nos fuimos. A los pocos días, y porque necesitaba el documento, fui yo y me enteré que mi certificado no existía ni en La Paz ni en ninguna de las actas del país. Estaba como no registrado. No existía. No sé si eso fue discriminación, maldad o realmente no figuraba en los libros. Pero lo que sé de todo esto es que los servidores públicos no tienen por qué hacer conversaciones con los ciudadanos basados en el color de la piel o en cómo se visten o hablan, y eso pasa cada día en nuestro país. Al final del año 2003 recién obtuve mi certificado de nacimiento —concluye.

La reivindicación constituida

El largo camino que ha recorrido el pueblo afroboliviano en busca de su dignidad y autodeterminación mediante la reivindicación de su cultura concretó, pero de manera desorganizada, lo que se había trabajado en años anteriores. Con la creación del Movimiento Cultural Saya Afroboliviana se sentaron las bases del trabajo colectivo que buscaría el respeto y su inclusión en la sociedad boliviana. Este grupo fue creado en su mayoría por mujeres afros que entendieron que, mediante la saya, la música y su vestimenta, podían comenzar a mostrarle al país parte de su cultura. Más adelante, cuando algunos de los objetivos fueron logrados, el movimiento se tornó político y comenzó a exigir su inclusión como movimiento social y actor político.

— El movimiento cultural afro nunca tuvo la intención de hacer política, de vernos como un movimiento social; no era esa la idea. Era netamente cultural, de reivindicación, de retomar los valores culturales del pueblo. Era

más bien buscar reconocimiento de parte de la sociedad, no era un pedido hacia el Estado —afirma Patricia Arnez, activista afroboliviana.

Ella, junto a muchos de sus compañeros, estuvo trabajando arduamente durante años, en busca de la reivindicación cultural y la dignidad de su pueblo.

— La inmigración masiva de los afros a la ciudad de La Paz se realizó a finales de los setenta. La gente no nos reconocía como bolivianos, pensaban que éramos peruanos, brasileños o colombianos, éramos totalmente desconocidos. Es así que nace este movimiento, para mostrar a través de él la música, la saya, la danza del caporal —añade, en medio de una sonrisa, que más que sincera es lógica.

— A principios de los noventa recién comenzamos a preguntarnos acerca de nuestra identidad, de buscar reconocimiento del Estado, de la sociedad, de los pueblos —agrega.

Patricia nació en Tocaña, pero conoce todas las comunidades donde viven los afrobolivianos. Desde muy joven se convirtió en activista y decidió que quería participar en la construcción de una sociedad que la reconociera a ella y a su pueblo. Su visión, tanto histórica como actual, nos muestra lo que aún hoy sucede en algunos pueblos.

— Las divisiones, aún en los noventa, eran claras. En el centro de Coroico los blancos en la primera ronda, cerca de la plaza; luego los negros, y alrededor, en la calles aledañas, recién los indios (indígenas aymaras). Nunca se mezclaban. El blanco tenía que casarse con el blanco, el negro con el negro, el indio con el indio. No estaban y hasta ahora no están bien vistos los matrimonios interraciales. Por ejemplo en Tocaña, de donde yo soy, el más valorado es el negro puro, ése es el mejor, el que no tiene mezclas. Después viene el mulato, luego los indios, que son lo más alejado de esa sociedad. Hasta en el cementerio de Tocaña se pueden ver estas diferencias. Está dividido en dos. A un lado están los negros y al otro lado, en la quebrada, están los indios —comenta, con cierto enojo.

Los afrobolivianos tienen matices similares con las demás sociedades, y una de ellas es el machismo. Fuerte y marcado. Evidente y doloroso.

— El pueblo afro tiene sus características especiales, incluso en el machismo —cuenta Patricia—. Coroico se caracteriza por ser un pueblo

donde las mujeres trabajan y los hombres viven sentados en la plaza. Por eso mi mamá siempre dice: “nunca te cases con un coroiqueño, son flojos, no trabajan y encima son *pegamujeres*”. Los hombres no trabajan. Mientras más viejos se ponen, más tiempo se los ve en la plaza. Todo el día se dedican al chisme. Ellos son los chismosos del pueblo. En las comunidades las mujeres trabajan el doble que los hombres, pero aun así no acceden a los puestos de poder, a la dirigencia del sindicato, e incluso no se les toma lista cuando asisten a las reuniones —continúa.

El machismo, así como sus consecuencias, tiende a convertirse en un problema social y de salud pública. Las nuevas generaciones, aquellas que repiten modelos patriarcales ancestrales, son las más expuestas.

— El turismo en Coroico —prosigue Patricia— ha generado algunas características especiales que se relacionan con el machismo del pueblo afro. Por ejemplo, los jóvenes creen que mientras más gringas se cojan, más machos son, y obtienen en el grupo un estatus que los diferencia de los demás. El turismo sexual es muy fuerte entre los chicos afros.

En los últimos años, sin embargo, los pasos que se han dado en materia de legislación y visibilización han sido muy importantes, pero a la vez parece insuficiente cuando se constata que de la letra a la realidad aún queda mucha distancia.

— Estamos reconocidos en la CPE —nos narra Patricia— pero todavía somos ese “algo más”. El tema se ha puesto de moda. Incluso para las instituciones que nunca habían trabajado con la comunidad afro y que ni volteaban a vernos. Luego de la Asamblea Constituyente comenzaron a hacer talleres con mujeres afrobolivianas, entre otras cosas. En el imaginario boliviano los afrobolivianos somos vistos como negros que bailan saya y que todo el día están vestidos con esa ropa. Yo creo que esa es una limitante para nosotros. Nos limita a esa única expresión cultural, no se nos toma en serio como actores políticos serios, y nos reduce a una manifestación folclórica.

Por eso es necesario decir las cosas como son, verlas en su verdadera dimensión y entenderlas para poder proponer nuevos caminos.

— El problema en Bolivia no es ser afroboliviano, el problema es ser negro boliviano, que es distinto, porque cobra otra connotación racial en

el imaginario colectivo nacional. Lo “afroboliviano” posee dos miradas: una que tiene que ver con lo cultural y la otra que tiene que ver con un actor social y político, pero no con personas. Para la gente somos negros, no afrobolivianos, y nos relacionan directamente con la saya y nada más —afirma Patricia.

Pero la discusión y la reflexión sobre el pueblo afroboliviano, su cultura, su historia y su papel en el futuro de Bolivia recién han comenzado.

— La llegada de Jorge a la Cámara de Diputados¹⁵ marca un hito importante en la historia de los afros —continúa—. Es el primer diputado negro de la historia del país. Tenemos como hitos históricos la abolición de la esclavitud en el gobierno del presidente Belzu, y la Reforma Agraria del 53, que aún es un debate pendiente dentro del pueblo afroboliviano. Esta reforma nos negó el derecho a la identidad y generó una crisis identitaria al eliminar los términos ‘negro’ e ‘indio’, y reemplazarlos por la palabra ‘campesino’, porque de ese modo nos iguala a todos, y a nosotros nos dejó un gran vacío dentro de la comunidad —concluye.

Patricia sabe que la lucha, que ahora es política, debe servir para algo más. Sobre todo, para responder a algunas interrogantes importantes.

La reivindicación individual

Se trata de visibilización, de orgullo, de dignidad. De una lucha que se hace individual o colectivamente, pero que siempre, siempre, comienza por uno mismo.

— ¿Cómo fue el concurso que ganaste?

— Gané muchos concursos, pero te voy a contar del último, que de alguna forma fue el más interesante: el “Miss Gay Transformista Bolivia 2007.” Fue un concurso a nivel nacional donde los concursantes estaban obligados a presentar un traje típico y uno de gala, en la ciudad de La Paz.

15 Jorge Medina es el primer afrodescendiente de la historia de Bolivia en asumir una banca en la Cámara de Diputados de la Asamblea Plurinacional. Desde 1988 lideró la lucha de los afrobolivianos y logró que la nueva Constitución reconozca sus derechos a la autodeterminación (*El Deber*, 16/06/2013).

Desde el primer momento en que supe que participaría dije: “la saya es mi traje típico”. Durante un año trabajé en mi cuerpo, mi danza y mi traje. Era blanco, en representación de la pureza en el contexto africano, con unos bordados de hojas de coca y granos de café. Además de la incorporación de tejidos de aguayo con plata y oro. Quería rescatar la cultura afroyungueña pero, además, la historia de los primeros negros en Bolivia.

Mi traje de gala fue obra de uno de los diseñadores más exitosos en el país, que trabajó para Promociones Gloria y demás. Él estaba feliz de ayudarme con mi traje, a tal punto que me lo regaló y no me cobró ni un centavo. Me dijo: “quiero que ganes el concurso y quiero que lo hagas bien.” El traje de gala era un dorado con incrustaciones de diamantes y encajes que resplandecían con las luces del escenario. ¡No podías dudar de que yo iba a ganar! Pero para mantener la emoción te sigo contando sobre mi traje y los chicos del grupo.

La noche del concurso presenté mi traje típico, que era la “Saya con la saya”. Días antes del evento hablé con un grupo de afros, pero alguien muy especial me ayudó a convencer a los demás. Invitamos a cinco chicos afros al Café Vox, el único café gay en la ciudad, y ahí les contamos que yo era gay y que iba a presentar la saya en el evento, y que quería que ellos vengan a tocar conmigo. Ellos dudaban, como que no se animaban, pero tres de los cinco me apoyaron y los otros dos también dijeron que sí. La noche del evento aparecieron como siete o diez afros. Yo estaba nervioso pero feliz. Por primera vez en la historia de la comunidad gay un grupo de afros se presentó en un concurso en el que otro afro estaba concursando en el “Miss Gay Bolivia”. Era uno de esos momentos en lo que no sabes qué pasará después, y no lo quieres imaginar tampoco.

Después de responder a las preguntas y pasar por todos los nervios, dijeron mi nombre, “Kenia Anderson”, como ganadora del “Miss Gay Transformista Bolivia 2007”. El premio era un viaje a Rio de Janeiro por los días de año nuevo. No me cambiaba por nadie de felicidad. El título, un viaje y además la oportunidad de mostrar a la comunidad gay mi música, mi otra identidad. Mi familia nunca lo supo, solo invite a unas amigas, que a su vez invitaron a otras amigas, y así hubo una mesa llena. Ese día no me sentí solo para nada. Además en ese entonces estaba con pareja.

Desafortunadamente ese día no pude celebrar con los chicos afro y mis amigos porque recibí amenazas de muerte por parte de algunas personas en el evento. Me asusté y me recomendaron que me vaya del evento a otro lugar. Entonces me fui a un boliche gay y fue ahí donde celebré mi triunfo.

— ¿Piensas volver a tu país algún día?¹⁶

— Más pronto de lo pensado, y espero poder ayudar a mi comunidad, mi gente y mi país.

— ¿Qué esperas que suceda en Bolivia con el matrimonio igualitario?

— El matrimonio igualitario debe ser aprobado y garantizado con normas del Estado. Brasil, Argentina y Uruguay lo aprobaron. No sé qué estamos esperando en Bolivia; tenemos un Estado laico, progresista y liberal. Además, es un derecho de la comunidad homosexual que hasta el día de hoy está siendo vulnerado en países desarrollados. Espero que el matrimonio igualitario se apruebe en el país para su beneficio.

— ¿Crees que ha habido cambios importantes para las diversidades sexuales e identidades genéricas en este proceso de cambio?

— Sería muy apresurado decir que sí, pero el Estado ha tratado de responder a las necesidades y demandas de la comunidad LGBT. Por supuesto que hay mucho más por hacer, y si el Estado les da prioridad estoy seguro que nuestras demandas no solo beneficiarían a la comunidad LGBT sino a la comunidad en general.

16 Cuando esta entrevista se realizó, Alejandro vivía en los Estados Unidos.

Los ojos de un minero enamorado

La boca del infierno

Juana Beltrán Bedoya murió a los 98 años de edad en Tupiza¹⁷, el 8 de abril de 2012, después de caer de su cama al tratar de levantarse. Trabajó cincuenta años como *palliri*¹⁸ en una de las minas del que fuera uno de los Barones del Estaño a finales del siglo XIX. En medio del agreste paisaje de montañas rojas y arbustos entristecidos por el frío, dio a luz a Sergio Choque, el menor de sus tres hijos. Sergio creció viendo cómo su madre martillaba piedras buscando pedazos brillantes, que más tarde se convertirían en dinero para comprar comida.

El marido de Juana los abandonó cuando Sergio apenas tenía cuatro años. Nunca más supieron de él. Algunos conocidos, años más tarde, les

17 Tupiza es una ciudad de Bolivia ubicada en el departamento de Potosí, al sureste del país. Es la capital de la provincia Sud Chichas, y está enclavada en el angosto valle agrícola del río Tupiza.

18 *Palliris* son las “mujeres que recolectan en las afueras de las minas y entre los desmontes mineros piedras que aún conservan algo de minerales. Un trabajo aburrido y sacrificado que las enferma y envejece antes de tiempo.” (Julia Durango s/f, “Las palliris de Oruro”. Disponible en <http://www.meconvertienesamadre.com/index.php/articulos/otros-autores/item/las-palliris-de-oruro>)

contaron que se había marchado con otra mujer al Chapare, a plantar coca. Juana se revistió de valor y guardó para sí misma todas sus penas y resentimientos. No podía perder el tiempo con eso pues tenía tres hijos que criar. Su sentido de responsabilidad y su amor maternal eran más fuertes que su decepción sentimental.

Juana comenzó a trabajar en una de las minas de Aramayo¹⁹ cuando apenas tenía quince años. A los diecisiete la casaron con el padre de sus hijos y siguió trabajando hasta que cumplió cincuenta. Después de eso se jubiló y se fue a vivir a las afueras de Tupiza, en una pequeña casa que compró con los ahorros de toda su vida. Sus hijos mayores se casaron y se fueron. Uno a Cochabamba, a buscar mejores días; otro, de vuelta a las minas, como comerciante de carbón. Juana quedó al cuidado de Sergio, quien administró hasta el final de sus días la pequeña pensión que adquirieron con su jubilación.

Si bien la vida dentro de las minas es difícil y ardua, fuera de ella no lo es menos. Por los caminitos de tierra que las circundan se esparcen las necesidades, enfermedades y desigualdades propias de un sistema injusto y esclavizador. A su alrededor, los pueblos donde sobreviven los mineros y sus familias son, aún hoy en día, una muestra clara de la mala distribución de la riqueza y del olvido en que se encuentran los más necesitados.

En su trabajo como *palliri*, Juana se sentaba desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde en la boca de la mina Chorolque²⁰, y esperaba que lleguen los residuos para buscar entre ellos restos de plata, estaño, bismuto o wólfram, que luego reunía y trataba de vender en Atocha²¹ a los contrabandistas, que después los trasladaban a Chile o a Perú. La mina,

19 José Avelino Aramayo (Moroya, Potosí, 1809–París, 1882) fue un empresario minero boliviano nacido en el seno de una familia muy humilde. Fue arriero de mulas de joven y luego se convirtió en uno de los Barones del Estaño. El despegue de la minería boliviana durante el siglo XIX está directamente vinculado con su nombre, pues una de sus grandes obsesiones personales fue, precisamente, su modernización. A su manera, Aramayo fue un visionario pues pudo prever con claridad las enormes ventajas económicas de la explotación de las minas de estaño, por lo que impulsó su unión por ferrocarril con los puertos del Pacífico. (“Biografía de Aramayo”, disponible en: <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/a/aramayo.htm>)

20 *Ch’uru qöllqë* (Choro colque), voz quechua que quiere decir “caracol de plata”.

21 Pueblito minero ubicado al norte de Potosí, a 3.658 msnm.

que no ha cesado de producir mineral ni muertos²² desde los tiempos de Aramayo²³, sigue infundiendo hoy en día un efecto particular, sobre todo entre los quechuas, que la admiran y al mismo tiempo le temen.

Juana casi no hablaba. Sus oídos, con el paso de los años, fueron perdiendo su agudeza hasta dejarla sorda casi por completo. Tenía que martillar muy fuerte para escuchar el crujir de la piedra que veía romperse en decenas de pedazos pequeños. Cuando faltaba dinero para la comida, porque no conseguía suficiente mineral para vender, ocupaba parte de la noche en lavar ropa para algunos mineros solteros de Quebrada Seca, el rancho donde vivía. Nunca permitió que a sus hijos les faltara alimento; prefería quedarse ella sin comer antes que dejarlos pasar hambre.

Cuando Sergio aún no caminaba, su mamá lo escondía debajo de su mesita o lo camuflaba con algunas piedras para que el capataz de la mina no pudiera verlo y no la amonestara por llevarlo al trabajo. Sergio nunca probó la leche materna; nunca la aceptó. Su madre lo alimentaba con sopa de papa y verduras, que era lo único que ella comía en todo el día. Flaca hasta los huesos, las arrugas de sus ojos se abrían hacia los costados como grietas dolorosas e inertes. El frío de la tarde le indicaba que era hora de volver a su casa y dormir. Así todos los días, todas las semanas y todos los años en los que trabajó incansablemente.

Sergio, moreno y de ojos curiosos y tristes, a veces se adentraba un poco en la boca de la mina pero salía inmediatamente, temeroso de la oscuridad y del eco hondo que provocaban las dinamitas en el vientre de la montaña. Aprendió la jerga de los mineros, sus rituales, sus costumbres, y se convirtió poco a poco en el consentido del grupo de mujeres con las que su madre trabajaba. Creció como crecen casi todos los hijos de mineros quechuas en la región: buscando desesperadamente una oportunidad para ser feliz, un escondite para olvidar las penurias y las innumerables necesidades. Sabiendo muy en el fondo que, quizá, su futuro no sería tan distinto que el de sus padres.

22 En promedio, cada décimo día las minas del Chorolque le quitan la vida a uno de los mineros que le van sacando minerales de las entrañas.

23 En 1850 Aramayo adquirió la mina Carguaicollo, de propiedad del “ladino cateador” Juan Bautista Palmero, y gracias a los avances tecnológicos que implementó, al cabo de tres años rendía 300.000 pesos al año (“Biografía de Aramayo”, disponible en: <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/a/aramayo.htm>)

Algunas veces, en sus horas de descanso, los mineros se sentaban en grupo fuera de la mina y contaban historias. Mientras *pijchar*²⁴ y bebían alcohol, contaban anécdotas, historias y leyendas o comentaban los chismes que habían escuchado en el pueblo. Sergio siempre se acomodaba cerca de ellos, pero no lo suficiente como para incomodarlos. Escuchaba atentamente. Quedó impactado por la historia que una vez contó el capataz de la mina sobre unos gringos ladrones que murieron en las cercanías y que habían llegado al país huyendo de la justicia²⁵. Como éstas, aprendió muchas historias que luego contaba exagerándolas a sus compañeros del tercer curso de su escuela. Siempre tuvo un don especial para contar historias. Su madre, que conversaba muy poco, se quedaba pacientemente oyéndolo por horas, mirándolo a los ojos y sonriendo cada vez que hacía una pirueta o un ademán que había aprendido por ahí.

Sentado fuera de la mina, un día vio cómo sacaban el cadáver de un minero al que le cayó una piedra en la cabeza. Lo miró fijamente y nunca más olvidó ese momento. Los ojos ensangrentados, la cabeza partida, los brazos rotos. Sergio no lloró ni se asustó. Había algo de ternura en aquella escena. Parecía querer acercársele, darle un abrazo, decirle “gracias por todo” y despedirlo con una muestra de cariño. Siempre quiso abrazar a su padre, pero nunca pudo. Los hombres más cercanos que conocía, incluso aquellos que pretendían a su madre, jamás le mostraron un ápice de afecto. Sergio tenía esas ideas en la cabeza pero no se las comentó a nadie. Quizás veía en ese minero a su padre ausente, a su padre muerto, a su padre fantasma. Llegó la noche y con ella la viuda, a quien escuchaba llorar desde lejos. No pronunció palabra pero comenzó a llorar cuando vio a esa mujer abatida y compungida.

24 *Pijchar*: masticar hojas de coca y mantenerlas en la boca en una bola compacta y fibrosa; la coca es una fuente de energía y nutrición para el organismo.

25 En 1908 los célebres bandoleros estadounidenses Butch Cassidy y Sundance Kid realizaron sus últimos atracos en Tupiza, antes de ser acorralados por un pequeño pelotón del Ejército de Bolivia en el cercano pueblo minero de San Vicente. Tras un tiroteo, en que los bandidos resultaron heridos, Cassidy habría rematado a su compañero para luego suicidarse.



Las oportunidades de la vida

Sergio creció y se hizo hombre, como todos los niños se hacen hombres en el Altiplano boliviano. Luego abandonó la escuela y se dedicó a trabajar. Primero como carretillero, luego como cargador. A los veinte decidió partir, dejando sola a su madre en Quebrada Seca, pero pronto volvió porque se dio cuenta de que realmente no sabía hacer nada. Fue el menor y el más consentido y, por lo tanto, no había aprendido a trabajar. Años más tarde, antes de cumplir los treinta, lo intentaría una vez más pero fracasaría nuevamente. Se quedó, pues, como cuidante de su cada vez más cansada y enferma madre.

Para entonces ya había aprendido a beber y solía volver a su casa muy ebrio los fines de semana. Jugaba cartas y apostaba. Algunas veces ganaba e invertía el poco dinero que tenía en algo de ropa y comida para él y para su madre. Su vida no parecía ir a ningún lado y él lo sabía.

A los veinticinco se casó con Carmencita Huanca, la hija del vecino, con quien mantuvo ocasionalmente una relación sentimental desde que ella cumplió dieciséis años. Carmencita también trabajaba recogiendo restos de minerales pero no dejó la escuela y salió bachiller. Los tres, Juana, Sergio y Carmencita se fueron a Tupiza al terminar el invierno de 1979, cuando el precio internacional del estaño cayó estrepitosamente, la producción de las minas mermó y comenzó a derrumbarse la economía nacional. No tenían más opción que abandonar las minas y migrar a la ciudad.

Sergio y Carmencita tuvieron una hija a la que llamaron Luz. Nació sana y fuerte, y tenía una mirada encantadora. No lloró de bebé y no dio muchos problemas cuando creció. Se adecuaba fácilmente a las incomodidades del hogar en que vivía y hablaba poco. Quizás no quería ser otro problema para la familia y prefería quedarse callada.

Cuando llegaron a Tupiza no encontraron trabajo, pero de inmediato se inventaron uno. Con los pocos ahorros que tenía Juana, compraron una mesita y se dedicaron a vender dulces, caramelos, galletas y otras golosinas a las personas que llegaban en el tren de la Empresa Nacional de Ferrocarriles.

El tren²⁶ partía de Oruro, pasaba por Uyuni y Atocha, llegaba hasta Tupiza y seguía al sur, hasta Villazón. El negocio les funcionó por un tiempo. El sonido del tren que se escuchaba a lo lejos descender del Altiplano a través de las montañas, era para ellos una esperanza, un aliciente para luchar contra las adversidades. El tren les daba vida y los animaba a seguir batallando. Pero luego fueron quedándose sin dinero para invertir y Carmencita comenzó a trabajar como maestra en una escolita de San Juan, otra población minera de Potosí. Ahí fue cuando empezaron los problemas pues con la ausencia fue difícil conservar una relación que había emergido de la necesidad y el cariño.

Sergio seguía emborrachándose cada vez más y poco a poco iba descuidando su ya de por sí precaria forma de vida. Luz estaba al cuidado de su abuela y también comenzó a sentir la ausencia de su padre. La familia, que nunca estuvo unida del todo, de repente se terminaba de resquebrajar. Carmencita estaba ausente toda la semana, Juana vendía lo que podía en el último andén de la estación y Sergio se buscaba la vida y malgastaba el poco dinero que conseguía.

Cansada de tanto viajar a San Juan y esforzarse por mantener su hogar, una noche Carmencita le dio un ultimátum: Sergio debía conseguir trabajo y reformar su vida. Ella necesitaba un hombre que trajera dinero a casa, que le diera bienestar a la familia y que fuera un buen padre para su hija. No aceptaría menos. La vida le había enseñado que solo con esfuerzo y dedicación podrían salir adelante. Sus palabras fueron precisas y definitivas. Hablaba muy en serio.

Sorprendentemente, Sergio así lo hizo. Sobrio por más de un mes, comenzó a reemplazar a los trabajadores que se enfermaban o se faltaban en la Asunción, una de las minas del Chorolque. Ahí conoció a Santiago, un joven minero huérfano y buen mozo. Juntos completaban las cuadrillas que entraban por turnos a colocar dinamita y, luego de la explosión, sacaban los escombros a la bocamina. Era un trabajo relativamente sencillo, pero

26 Los ferrocarriles llegaron a Bolivia impulsados por intereses económicos asociados a la exportación primero del salitre y posteriormente de la plata. La construcción del ferrocarril que unía Atocha con Villazón, de una extensión de 206 kilómetros, y que comunicaba a su paso Uyuni y Tupiza con la Argentina, se inició en 1915 y concluyó en 1925.

ciertamente agotador y desgastante. Pronto se hicieron amigos y juntos se iban a emborrachar los fines de semana. Santiago, soltero y veinteañero; Sergio, casado y con treinta y cinco años, amanecían bebiendo en una pequeña casita frente al mercado.

Desde un inicio, su relación estuvo regida por los códigos que la vida y su cultura les habían impuesto. Pero había algo más. Fueron convirtiéndose, el uno para el otro, en un refugio; una especie de oasis en medio del sufrimiento y el cansancio. Se contaban sus penas y compartían lo poco que ganaban. Por momentos, Sergio era el padre que Santiago nunca tuvo y Santiago el hermano con el que Sergio nunca compartió. A esas dos almas perdidas, abandonadas, despechadas, las reunieron las vicisitudes de la vida, los designios del malvivir.

Cuando llegó la fiesta del pueblo fueron juntos a emborracharse. Como siempre, Sergio acompañó a Santiago hasta su casa, que quedaba camino de la suya, pero esta vez tuvo que llevarlo hasta su cama, pues el muchacho estaba demasiado ebrio. Al acostarlo, casi por instinto, Sergio le hizo una caricia en la frente, provocando una reacción de Santiago, que de inmediato lo tomó por el cuello y acercó su rostro al suyo. Enturbiados por el alcohol y el cansancio, dejaron que sus bocas adormecidas, aún con restos de coca masticada, se acercaran la una a la otra con una naturalidad que hasta entonces no habían experimentado. Las manos de Santiago se hundieron en la espalda de Sergio y él se metió en la cama, quitándose torpemente el pantalón para luego cubrirse con un par de colchas, y hacer el amor con ese amigo que le ofrecía nuevas experiencias y nuevas posibilidades de aquello que entendía por placer y, quizá, amor.

A la mañana siguiente ninguno recordaba lo que había sucedido. Se levantaron, se vistieron y volvieron a la mina. Cada uno por su lado ataba cabos, recreaba la escena, trataba de entender lo ocurrido. Se cuestionaron rígidamente y se autocastigaron por haber cometido ese “pecado”. Santiago fue a confesarse a la Iglesia. Fue criado por sacerdotes en una institución de Potosí y sabía que lo que había hecho estaba mal. Sergio, en cambio, se limitó a seguir emborrachándose.

No se hablaron por una semana, salvo para saludarse, y preguntar por el siguiente turno que les tocaría cubrir. Negando lo que sentían, o lo que creyeron sentir, pasaban las noches meditando sobre el hecho. Sergio

acostado al lado de Carmencita, mirando fijamente el techo de calamina y paja, y Santiago solo en su cuartito, hundido en su pequeño camastro de madera.

Pasaron los días y con ellos volvió la normalidad. Sergio comenzó a prestarle más atención a Carmencita y a su hija Luz, y se dio cuenta de que había descuidado bastante a Juana, esa abnegada madre que en algún momento fue todo para él. Dejó de beber un poco y algunos fines de semana se quedaba en casa o salía a caminar por los alrededores.

Santiago se encerró en su cuarto por un par de días y luego siguió con su rutina en la mina. Comenzó a frecuentar a otros mineros, pero siempre volvía solo a casa.

Ambos sabían, sin duda, que nunca más serían los mismos. Entrenados desde pequeños para afrontar dificultades y sobrellevar cargas pesadas, retomaron aquella amistad que ahora se confundía en una mezcla de ambigüedades sentimentales. Se miraban, primero con recelo, y luego con una confianza que superaba aquella relación que los había unido y por la que aún estaban juntos.

Meditabundos, una tarde de verano se encontraron mientras caminaban sin rumbo. No estaban seguros, pero cuando cruzaron sus miradas, cuando las pupilas del uno detectaron el brillo en los ojos del otro, todo lo que ocurrió aquella fría noche volvió de inmediato al presente.

Los ojos de un minero enamorado

Luz había crecido y a sus ocho años era la niña más bonita e inteligente de su curso. Carmencita se había convertido en maestra titulada y parecía estar feliz con la actitud de su marido y esa aparente calma familiar que reinaba en su hogar por esos días. Su economía se había estabilizado con el trabajo de Sergio en la mina. La familia parecía estar en su mejor momento, y todos sus integrantes se sentían más o menos tranquilos, aunque Juana se enfermaba todo el tiempo, cada vez la acosaban más achaques y su salud comenzaba a deteriorarse irreversiblemente.

Pero es cierto que la calma siempre antecede a la tormenta. Y en este caso, con los antecedentes ya expuestos, la historia tiene que, o más

bien debe, terminar dramáticamente. Quizás fue la manera en que Sergio y Santiago se encontraron de nuevo una tarde calurosa, frente a frente, atraídos por esa inconcebible fuerza llamada “pasión” por muchos, “amor” por otros, “pecado” por unos pocos. Cerca del medio día, la sombra de Sergio se hundía bajo sus pies, en esas melancólicas montañas rojizas desde las que se podía ver cómo se perdían los rieles del tren en el horizonte. No lo planearon, claro, y sin embargo, ahí estaban. Solos en medio de la nada, conteniendo la respiración, sintiendo el viento en sus cabezas aún confundidas. Era verano y el calor comenzaba a sentirse.

Probablemente hoy el romanticismo de aquel encuentro haya desaparecido. Ese particular momento, esa yuxtaposición de vidas y destinos quizás no sea posible entenderla hoy en su verdadera dimensión, con toda su intensidad y con todas sus consecuencias. Toca especular.

Se miraron fijamente a los ojos por algunos minutos. Tenían en la boca muchas palabras para decirse pero no pronunciaron ninguna. Dieron por sentado muchas cosas y decidieron callar. Un huracán de sentimientos, imágenes y recuerdos les sacudió la cabeza y les acongojó el corazón. Siguieron callados pero comenzaron a acercarse. Sería difícil describir las expresiones de sus rostros. Una mezcla de rabia, impotencia, deseo, esperanza, culpa y hasta odio. Casi rozando la punta de sus narices, dejó de soplar el viento y se besaron decididamente, torpemente, como si a través de la fuerza, de la violencia de sus labios, mandíbulas y dientes, pudieran generar una escena cuya reacción fuese exactamente opuesta a lo que estaban viviendo. Pero ese beso fue su manera de aceptar las cosas. De decirse que sí en silencio.

¿Quién en su sano juicio podría juzgarlos? Mineros pobres, obligados a sobrevivir, desamparados por la sociedad y olvidados por Dios. No tuvieron más alternativa que sucumbir en esa búsqueda silenciosa de un suspiro, de una grieta que les permitiera ver la luz. En el fondo de la mina, en la oscuridad, en las tinieblas, en el callejón sin salida de la miseria, encontraron en esa relación un motivo para intentar alcanzar lo que entendían por felicidad. Y por el mismo hecho de ser prohibida, esa relación les daba fuerzas para seguir creyendo que era posible alcanzarla.

Comenzaron a encontrarse furtivamente en el mismo lugar un par de veces al mes. Cada uno iba por un camino distinto desde el pueblo, algunas veces tomando atajos o rutas más largas para comprobar que nadie los seguía.

En esas tardes de sol, de brisa tibia que bajaba del Altiplano, se sentaban de espaldas a la montaña y se besaban. No hablaban mucho. Como en el fondo de la mina, sus cuerpos estaban acostumbrados a cierta oscuridad, a cierto silencio que los contenía y los mantenía tranquilos, casi adormecidos. Compartían coca, algunas veces un poco de alcohol, y planeaban el siguiente encuentro. En lo posible, trataban de no tocar el tema familiar. La culpa los distraía y los alejaba de aquello que estaban construyendo. Sergio le tomaba la mano casi con compasión, como si se tratara de un niño perdido y huérfano. En cambio Santiago jugaba, le hacía bromas, algunas veces contaba chistes y siempre tenía una sonrisa en los labios.

Sergio lo miraba con mucha atención. Capturaba en su retina cada movimiento, cada gesto, cada ademán. Frente a él, Santiago se desenvolvía, se desestructuraba, se convertía en un hombre cándido y aparentemente feliz. Algunas veces sus ojos se estremecían y la vida parecía írsele en esas lágrimas. Brotaban espontáneamente pequeñas esferas calientes y saladas pero se las secaba rápidamente. No permitía que Santiago las viera y trataba de controlarse. Pero seguía mirándolo. Mirando su boca cuando hablaba, cuando le contaba alguna historia del orfanato. Observaba la nariz gruesa, las cejas desproporcionadamente pobladas, las orejas redondas. Fijaba su mirada en una especie de aura que su imaginación creaba alrededor de Santiago. A veces no quería parpadear para no perderse ni por un milésimo de segundo ningún detalle de ese ser humano que lo hacía tan feliz.

Aunque trabajaban en distintos niveles de la misma mina, varias veces se reunían después del almuerzo con otros mineros alrededor del “Tío”²⁷ para el ritual de costumbre. En frente de esa figura, mitad tenebrosa y mitad divina, encomendaban en silencio su vida y su futuro. Compartían miradas cómplices y deseos silenciosos²⁸. Luego seguían trabajando, pensando, quizás, en su siguiente encuentro.

27 “El Tío es también un dios. Dios, Tios, Tío, la lengua ha transformado una palabra en otra. No es ya la idea del diablo como encarnación del mal, sino del personaje divinizado que es parte del mundo de abajo en la lógica andina, en la que no se describe el cielo o el infierno al modo cristiano, sino la convivencia paralela de dos mundos que se complementan entre sí.” (Mesa Gisbert 2013: 121.)

28 “El “Tío” de la mina, el que está con el pene erecto en la entrada del Socavón garantizando a los mineros que le hacen ofrendas de coca, tabaco y alcohol su seguridad y su éxito en la persecución de la veta.” (ídem.)

Pero cuando la relación comenzó a consolidarse llegó el fatídico momento que los obligó a decidir entre la vida que llevaban y aquella que debían ejercer a los ojos de la sociedad. Por esos días se casaba el hijo de uno de los capataces y ambos fueron invitados al matrimonio. No es difícil imaginar lo que allí ocurrió: se emborracharon como todos los invitados y bailaron con las primas de la novia, que habían llegado desde el interior del país como invitadas especiales al evento. Santiago comenzó a coquetear con una de ellas, y por un momento estuvieron a punto de besarse. Sergio lo miraba atentamente desde el otro extremo de la sala, atento, curioso, celoso, apasionado. En medio del frenesí causado por las bebidas y la algarabía que en plena madrugada aún perduraba, Sergio se acercó a Santiago, lo tomó por el brazo y lo llevó hasta la puerta. No pudieron evitar que los vieran besarse, irse juntos y perderse por un callejón oscuro. Ahí comenzó a desmoronarse todo.

Sergio y Santiago no se dieron cuenta. No fue tan grave. Ya había pasado antes: dos mineros ebrios que se escapan de una fiesta, hacen “sus cosas”, y luego continúan sus vidas como si nada. Eso está permitido si es bajo la influencia del alcohol. Únicamente en ese estado los quechuas lo consienten. “Cosas de la borrachera”, “cosas que pasan”, dicen. Al otro día todo sigue igual. Pero a lo largo del invierno, y creyendo haber logrado cierta tolerancia, siguieron en el mismo afán de emborracharse e irse juntos cada vez que asistían a una fiesta o se iban de una chichería. Los rumores pronto comenzaron a correr. Se comentaba que Sergio había dejado a su mujer por ese joven. Que Santiago lo estaba usando para sacarle plata. Comentarios maliciosos se esparcían entre su grupo de amigos y pronto llegaron a oídos de las viejas chismosas del pueblo, y hasta en Potosí se sabía de dos mineros maricones que trabajaban en una mina del Chorolque.

El lunes luego de la fiesta, al llegar a la mina, Sergio percibió que algunas personas lo miraban de manera sospechosa. Cuchicheaban y reían y una de las mujeres hasta se persignó cuando lo vio en la entrada. Algo no andaba bien. Sergio siguió con su rutina. Entró en la mina, agarró su picota y comenzó a hacer su trabajo. Mientras calculaba la densidad de la piedra que esa mañana le tocaba derruir, iba metiendo hojas de coca a su boca, tratando de no darle mucha importancia a esa angustia que de pronto lo invadía todo. Con el rabillo del ojo miraba a su alrededor, como hacen algunos animales antes de huir de sus depredadores. Estaba intranquilo. Sentía que el peligro estaba cerca y, como nunca antes, sintió miedo.

Al salir de la mina, ya con el sol ocultándose detrás de las montañas, bajó al pueblo a buscar algo de comer. Esa noche necesitaba encontrarse con Santiago para hablar de lo que estaba pasando. Estaba convencido de que algo no andaba bien y quería compartir su preocupación con él para saber qué es lo que podían hacer. Se sentó en la plaza a esperar a Santiago hasta que el frío lo obligó a marcharse. Esa noche no pudo dormir. A la mañana siguiente, antes de ir a la mina, con los primeros rayos del sol despuntando en el horizonte, fue corriendo a casa de Santiago. Tocó. Volvió a tocar. Nadie abrió. Entró por una ventana y descubrió que Santiago no estaba. Se había marchado para siempre.

Huir para escribir

A Sergio Choque lo encontré confundido y malherido en el hospital de Tupiza. Según el informe policial, fue “atacado por un grupo de jóvenes en estado de ebriedad que quisieron robarle sus pertenencias” la noche anterior a nuestro encuentro.

Sergio duerme en una cama con vista al jardín, aunque las cortinas están cerradas. Comparte la habitación con un muchacho que tiene el brazo fracturado. El chico no me saluda cuando entro; está demasiado concentrado en el chat de su teléfono móvil. A ratos se le escapa una que otra carcajada que trata de aplacar al sentirse observado. Sergio tiene vendas en la cabeza y en el ojo derecho; su nariz está hinchada y sus manos y brazos, raspados. El pijama verde que le dieron en el hospital es muy grande para él. Huele a alcohol.

Hace quince días que salió de La Colmena, un centro de rehabilitación para alcohólicos y drogodependientes en Tarija donde estuvo internado por casi seis meses. Volvió a Tupiza para reclamar como herencia la casa de su mamá que, según él, le pertenece por derecho. Años antes peleó con Jerónimo, su hermano mayor, quien se quedó con el inmueble. Él tuvo que partir, una vez más, a buscarse la vida. Esa vida que se le escapó de las manos, que se diluyó en el tiempo y que nunca supo cómo vivir.

— Yo la atendía a ella. Le preparaba su comida, le lavaba su ropa y limpiaba la casa. Como una empleada hace en la casa —dice. Habla con dificultad. Las palabras se le atorán en la boca. Por un momento se queda en silencio, con la mirada perdida, tratando de recordar algo.

Aquella mañana, cuando descubrió que Santiago se había marchado, sintió que su vida terminaba. O al menos una parte de su vida. Trabajó arduamente toda la jornada sin hablar con nadie. Ni siquiera almorzó. Salió sin despedirse y caminó como si lo persiguieran. Sentía que una montaña le caía encima. Cuando llegó a su casa vio cómo su mujer terminaba de cerrar una vieja maleta en donde había metido toda su ropa y la de su hija. Lo estaba abandonando. Sergio, aturdido y sin saber qué hacer, se sentó a escuchar la sarta de insultos y agravios que Carmencita vociferaba completamente fuera de sí. Le habían contado todo. Su aventura con ese jovencuelo, esa relación pecaminosa que estaba en boca de todo el pueblo. Se habían burlado de su matrimonio, de su hija y de su honor como mujer. Lloraba desconsoladamente. Sergio también lloraba, pero en silencio, impotente y confundido. Carmencita golpeó la puerta al salir y Sergio nunca más la volvió a ver, ni a su hija, de quien ni pudo despedirse.

— Nunca más vi a mi hijita —narra entre lágrimas que le impiden articular correctamente las palabras—. Me quedé solo con mi mamá, como cuando era niño y llegué al mundo. No volvieron nunca más.

Días después se enteró de lo que había pasado. Un grupo de mineros había atrapado a Santiago encerrándolo después en una gruta. Allí lo golpearon y amenazaron con matarlo. “Los maricones, así como las mujeres, no entran a la mina. Es de mala suerte. Tienes que irte”, le dijeron, y lo dejaron sangrando en el piso. Santiago huyó del pueblo, arrepentido y lleno de miedo. Nunca más se volvió a saber de él.

— Yo me quedé solo. Mi mamá me ayudó con la comida, pero nunca más volví a trabajar en la mina. Por eso me convertí en su empleado —cuenta avergonzado, y luego sonrío tiernamente.

Sergio comenzó a beber en serio. Perdió a su familia, a su más grande amor y renunció a su trabajo. Si no se mató fue porque nunca encontró fuerzas para abandonar a su madre, que por eso años ya caía enferma frecuentemente. A menudo le cruzaban ideas suicidas por la cabeza, pero nunca las tomó en serio. Siguió viviendo por la inercia de una existencia vacía que esperaba el último de sus días para dejar de sufrir.

Cuando su madre murió él estaba ebrio, dormido en la habitación contigua. Su hermano lo acusó de haberla golpeado hasta matarla, pero Sergio afirma que fue un accidente.

— Se cayó de la cama. Ya se había caído antes y yo siempre la ayudaba. Pero esa noche no la escuché y al otro día la encontré muerta. Mi hermano me echó la culpa, pero yo no tuve nada que ver —se defiende como si alguien lo estuviera acusando. Luego calla.

En ese momento entra a la habitación una enfermera. Me pregunta por qué estoy aquí. Le digo que soy periodista y que lo estoy entrevistando. Me responde que no es horario de visita y que debo irme. Le digo que termino enseguida, que quiero ayudar al paciente con el pago de algunos medicamentos. Se retira a regañadientes. Yo sigo escuchando a Sergio.

— En La Colmena me van a ayudar. Me dijeron que me pueden operar. Me van a sacar la maldad que tengo en la cabeza. Esos doctores son muy buenos. Quieren que sea una mejor persona —comienza a llorar de nuevo—. Yo ya estoy arrepentido, quiero cambiar, ser un hombre bueno —dice.

Pero ya no me mira. Tiene los ojos clavados en el techo. Desvaría. Habla despacio.

— Luz, Luz —parece que llama a su hija. Solloza.

— ¿Y ahora, qué va a hacer? —le pregunto.

— Voy a seguir estudiando. Quiero terminar la escuela. Me toca quinto básico —responde tristemente.

Comienza a cerrar los ojos. No le pregunto nada más. Me quedo mirándolo, pensando en su historia, en su vida, en Santiago, en su hija Luz. Duerme. El sol se oculta tras las cortinas cerradas.

Al salir, por un instinto de solidaridad y agradecimiento, pago una de sus recetas médicas y algunos medicamentos. Me voy en silencio. Las enfermeras se quedan mirándome.

Es jueves. Contrato un taxi y le pido que me lleve a Quebrada Seca. Quiero hacer algunas entrevistas y unas encuestas en el pueblo donde vivieron Juana y Sergio. Tardamos unas tres horas en llegar. Es medio día y no encuentro nada para comer. Enciendo un cigarro y comienzo a caminar por las callecitas de tierra. Parece un pueblo fantasma. Llego a una casa en donde hay tres mujeres sentadas, y les digo si puedo hacerles algunas preguntas. Ninguna me responde. Hablan en quechua y yo me quedo en silencio. Luego una de ellas me dice en un español entrecortado que no

tienen tiempo. Le respondo que soy periodista y que solo quiero hacerles algunas preguntas. Nuevamente hablan en quechua y luego la misma mujer me dice que pregunte rápido porque tienen que volver a la mina.

Saco mi grabadora y mis encuestas. La mujer que habla español comienza a traducir mis preguntas sobre homosexuales, lesbianas y transexuales. Me mira con curiosidad. Parece enojada. Otra de ellas, de unos cincuenta años, termina de responder las siete preguntas, se levanta y se va. Yo le hago las mismas preguntas a la tercera, una joven de unos veinticinco. Sonríe y le pregunta algo en quechua a la otra mujer. Ésta le responde enojada. Creo que le dice que se apure en responder. Una vez terminados los cuestionarios me siento a su lado. Les pregunto por la gente del pueblo, por los niños (que no he visto por ningún lado), por el clima. Conversación banal para entrar en confianza.

A los pocos minutos llega la señora que se había marchado primero. Está acompañada por un hombre mayor que tiene un lazo en la mano y un bolo de coca en la boca. Me pregunta que qué hago aquí. Le respondo que hago una investigación y algunas encuestas.

— Aquí no hay esas cosas —me dice enojado.

Le respondo que solo estoy preguntando y le repito que hago una investigación.

— Aquí no hay esa clase de personas —insiste—. Mejor váyase a preguntar a otro lado, aquí no hay esas cosas —sentencia con los ojos encendidos.

Una vez más intento explicarle que no busco “cosas”, sino que simplemente hago preguntas para una investigación.

— Le digo que es mejor que se vaya —me grita mientras levanta el lazo y amenaza con golpearme.

Las mujeres se van juntas sin decir nada. Otros hombres comienzan a aparecer desde atrás. Pienso rápido. Agacho la cabeza y comienzo a caminar alejándome del *jilakata*²⁹. Me digo que es preferible callar y escapar. Huir para poder escribir esta historia. Subo al taxi y vuelvo a Tupiza. Anochece.

29 El *jilakata* es la máxima autoridad del ayllu o de la comunidad. También suele llamarse *mallku*.

Mujeres del sol

El secreto de la abuela

Martina está sentada en una banca vieja, con las piernas abiertas, abanicando un trapo sobre su cara. Son las tres de la tarde y arrecia el calor en Suegay, pequeña comunidad ayorea de Santa Cruz. El viento levanta la arena y las gallinas cacarean. Ella me mira fijamente. Quiere contarme su historia pero no se anima. Le sonrío pero ella ni se inmuta. Me quedo quieto y espero. Unos cinco minutos después comienza a hablar.

— Le voy a contar mi secreto —me dice mirando al horizonte— pero tiene que prometerme que no se lo dirá a nadie más.

Habla bajito, como si tuviera miedo de que la escuchen. Asiento con la cabeza. Más tarde le explicaré por qué tengo que hacer pública su historia.

Martina debe tener unos sesenta y cinco años. Tiene arrugas y cabello cano. Sus manos son ásperas pero sus ojos siguen llenos de vida. Sonríe muy seguido y hace ademanes mientras habla. Le faltan dos dientes de adelante, pero eso parece no importarle. Me recibió afuera de su casa y no permitió que entrara. No hay nadie más. Su marido falleció hace años, sus dos hijas están trabajando, su nieta en la escuelita y su sobrino en la ciudad. Estamos solos y, sin embargo, ella se pone nerviosa. Mira para todos lados antes de continuar su confesión.

— Yo me enamoré hace muchos años. Fue un amor lindo. De esos que la marcan a una y se llevan hasta la tumba. Por eso nunca la olvidaré —dice, aún sin mirarme.

— Entonces... usted se enamoró de otra mujer —le pregunto, aunque ya conozco parte de su historia.

— Sí. Eva se llamaba. Evita. Fue hace muchos, pero aún me acuerdo de todo —dice, esta vez volteando y mirándome por primera vez desde que comenzó a develar su secreto.

Oí la historia de Martina en un viaje que hice por la Chiquitanía. Me pareció bastante peculiar y atípico que fuera de conocimiento público la existencia de lesbianas ayoreas. Por eso seguí preguntando hasta por fin encontrarla.

— Ya nos conocíamos desde antes, pero nuestro amor comenzó una tarde en el río. Estábamos lavando ropa. Ella se sacó la suya y yo me quedé viéndola. Creo que fue la primera vez que el cuerpo desnudo de una mujer me llamaba tanto la atención. Ella se dio cuenta pero no hizo nada. Siguió bañándose, refregando su vestido, con la mitad del cuerpo fuera del agua y las tetas al sol. Era hermosa —recuerda, con algo de vergüenza.

— ¿Y qué pasó después? —le pregunto con cierto morbo.

— Yo también me quité la ropa, claro. Y nos bañamos desnudas las dos —me responde con una sonrisa picarona.

— ¿Se besaron?

— Sí. Fue el primer beso que nos dimos. Éramos muy jóvenes, yo tenía catorce y ella quince.

— Y desde ese momento se hicieron novias.

—No, no, no —dice, cambiando el dramático tono de su voz por uno más histriónico—. No podíamos ser novias porque éramos mujeres, pues. Además, nadie lo podía saber.

— ¿Le gustó estar con una mujer?

— Mire —me dice mirándome a los ojos, cambiando una vez más el tono de su voz— fue una de las cosas más intensas que me han pasado. Fue doloroso al principio, pero luego fue tierno. Nunca he vuelto a tener una experiencia como esa.

Me quedo mirándola. No sé a ratos si habla en serio o si está exagerando. Tiene reacciones confusas, pero es sincera. Sé que no me está mintiendo. Me cuenta que esa tarde se quedaron juntas en la orilla del río, desnudas, contemplándose, deseándose, queriéndose. No hablaron mucho. No tenían palabras después de la intensa conversación que habían mantenido sus cuerpos. El sol iluminaba sus pieles oscuras y húmedas. Sus ojos brillaban. Todos sus sentidos estaban excitados. Poco a poco la luz fue desapareciendo, y la noche las envolvió en ese recuerdo que Martina aún mantiene fresco en su cabeza.

Luego volvieron a sus respectivas casas, con sus familias, que aún no sospechaban lo que pasaba entre ellas dos. Martina pasaba sus días intranquila. Por una lado, estaba enamorada de una mujer, y eso ya de por sí la atormentaba. Pero lo que era peor es que a finales de ese verano su madre la iba a casar con el hijo de su compadre. Las familias ya lo habían acordado cuando ambos eran niños³⁰. Estaban destinados a estar juntos. Martina, evidentemente, se encontraba en medio de un conflicto que no sabía cómo enfrentar.

— No nos vimos por unas semanas. O sea, no nos vimos a solas, sino en reuniones de la comunidad o yendo en grupo al pueblo para comprar víveres entre todas —continúa su relato.

— ¿Y usted la extrañaba? —le pregunto, intentando hacer que su relato fluya.

— Yo no dejaba de pensar en ella —me responde bajito. Otra vez está nerviosa—. No sabía si ella estaba enamorada, si solo fue un momento de arrechera y nada más.

— Pero ella también estaba enamorada —le digo, interesado.

— ¡Claro! Pero eso recién lo supe después que me casé. Antes no dijo nada —dice, frunciendo el seño y volteando la cara hacia el sol que la ilumina y la hace brillar.

Se volvieron a encontrar varias veces después de ese primer beso que se dieron en el río mientras lavaban su ropa y la de su familia. Siempre a

30 Si bien no es una tradición del pueblo ayoreo, algunas familias acuerdan casar a sus hijos para mejorar sus relaciones intercomunitarias y expandir su alcance territorial.

escondidas, buscando excusas para alejarse de la comunidad, para estar a solas. A veces era un matorral en medio de la serranía, a veces se iban río arriba, se amaban y volvían al anochecer. No hablaban mucho. Al menos no de lo que estaba sucediendo entre ellas. Les bastaba el contacto de su piel, los jadeos y contorsiones que lograban cuando sus cuerpos se unían.

Ese verano fue particularmente caluroso. La temperatura no bajó de los cuarenta grados centígrados. Hubo una gran sequía y tanto su comunidad como otras aldeñas tuvieron que ponerse en alerta para enfrentar la falta de agua y de comida y la mala salud de los pocos animales que tenían. Martina estaba encargada de cocinar para los peones. Tuvo que convertirse en una cocinera muy creativa, pues casi siempre faltaban los alimentos y muchas veces no sabía qué hacer.

A pesar de todo, nunca dejó de hacer su trabajo. Era una jovencita aplicada y responsable. Nunca defraudó a su familia. Conocía la situación de su comunidad, de su pueblo en general, que llevaba en su historia el sufrimiento y el sacrificio. Su deber era contribuir, apoyar, trabajar y avanzar junto a las mujeres de su comunidad. Su rol como mujer ayorea estaba definido y no podía apartarse de aquel papel que le había sido asignado únicamente por ser mujer.

Así pasaron las semanas, y el verano poco a poco fue marchándose de esas tierras húmedas, mientras la fecha del matrimonio de Martina llegaba inexorablemente.

Evita

En medio del río, con el sol cayendo sobre su espalda, Evita se entregó en un beso a la mujer que tenía enfrente. No se sintió mal. Desde que a su arribo a Suegay se encontró por primera vez con Martina, sabía que ese momento habría de llegar. Soñó muchas veces estrechar sus labios con los de esa morena quinceañera a la que deseaba en silencio.

Evita llegó a la comunidad con su familia, huyendo de la abrumadora sequía que se extendía por todo el norte del departamento. Su madre y ella fueron las primeras en abandonar Tie Uña, alentadas un tanto por su tía, que hacía años vivía en Suegay y que no la estaba pasando tan mal. Luego

arribaron su padre y sus demás hermanas. Se asentaron y comenzaron desde cero, construyendo su propia casa y entablando relaciones con la comunidad.

Evita no iba a la escuela. Trabajaba en lo que podía y a veces viajaba a la ciudad, se perdía y regresaba varios días después. Luego ayudaba en las tareas de la comunidad; en su casa lavaba la ropa de sus hermanos o cocinaba. Pero la mayoría del tiempo se la pasaba conversando con sus amigas, con las amigas de su madre o simplemente se sentaba sola a orillas del río, en silencio, pensando quién sabe qué cosas.

Allá en su comunidad había aprendido de sus primas, que más o menos tenían su misma edad, a trabajar poco y disfrutar de la vida. Antes de la sequía, de la migración masiva que sufrió su comunidad, muchas mujeres tomaron el control de la economía doméstica, arreglándose para abastecer ellas solas a sus hogares. Evita aprendió a manejar allí el poder de su cuerpo y comprendió que podía trabajar ocasionalmente y luego descansar y vivir tranquila.

Pero en Suegay no conocía a otras mujeres como ella y no se animaba a hablar del tema con ninguna. Además, Martina se había anclado en su cabeza de tal manera que poco a poco se iba olvidando de esos “malos días”.

Sintió, pues, la necesidad inevitable de enamorarse, ya que a su edad muchas mujeres tenían marido, e incluso hijos. Pero fue particularmente difícil, teniendo en cuenta que a ella le gustaban las mujeres, especialmente Martina, quien también parecía corresponderle. Estaba confundida. Por eso, después de aquella tarde en que estuvieron juntas por primera vez, experimentó sentimientos confusos y tuvo ideas erráticas que la sumieron en una especie de depresión que, afortunadamente, supo manejar a tiempo y salir ilesa.

Alguna vez quiso proponerle a Martina que se fueran juntas, que huyeran, que se buscaran la vida en otro lado, en la ciudad, lejos de ese ambiente que parecía atemorizarlas tanto. Pero nunca se animó. Martina iba a casarse ese año y Evita sabía que iba a perderla para siempre. No quería terminar lastimada por un amor imposible. Y sabía que el suyo lo era. Por eso prefirió guardar silencio y vivir intensamente los momentos al lado de esa muchacha que la encandilaba tan solo con mirarla.

Cuando Martina le contó que iba a casarse con Eusebio, su compañero de la escuela, Evita hizo un berrinche cual adolescente despechada. Se negaba a aceptarlo. Primero se enojó, dejó de hablarle. Pasados algunos días de llanto e impotencia, se reunió de nuevo con Martina y volvieron a hacer el amor. La perdonó por eso. Sabía que no era su culpa. Pero aún así, la sola idea de que un hombre tocara a su amada le provocaba un dolor muy grande. Un amor adolescente es particularmente intenso; el suyo no fue distinto, y le causó mucho sufrimiento. Dos jovencitas atadas por sus pasiones. La efervescencia de una relación urgente que podría terminar en cualquier momento. Una trágica historia de amor.

Evita sabía lo que pensaba la gente sobre las lesbianas, sobre los homosexuales. Muchas veces había escuchado comentarios y habladurías en varias comunidades sobre la presencia o existencia estas personas. Se ponía triste. No entendía cómo algo tan natural como lo que ella sentía podía ser despreciado y amenazado por gente que desconocía esta forma de amar. Alguna vez oyó conversar a su madre con una vecina sobre el tema:

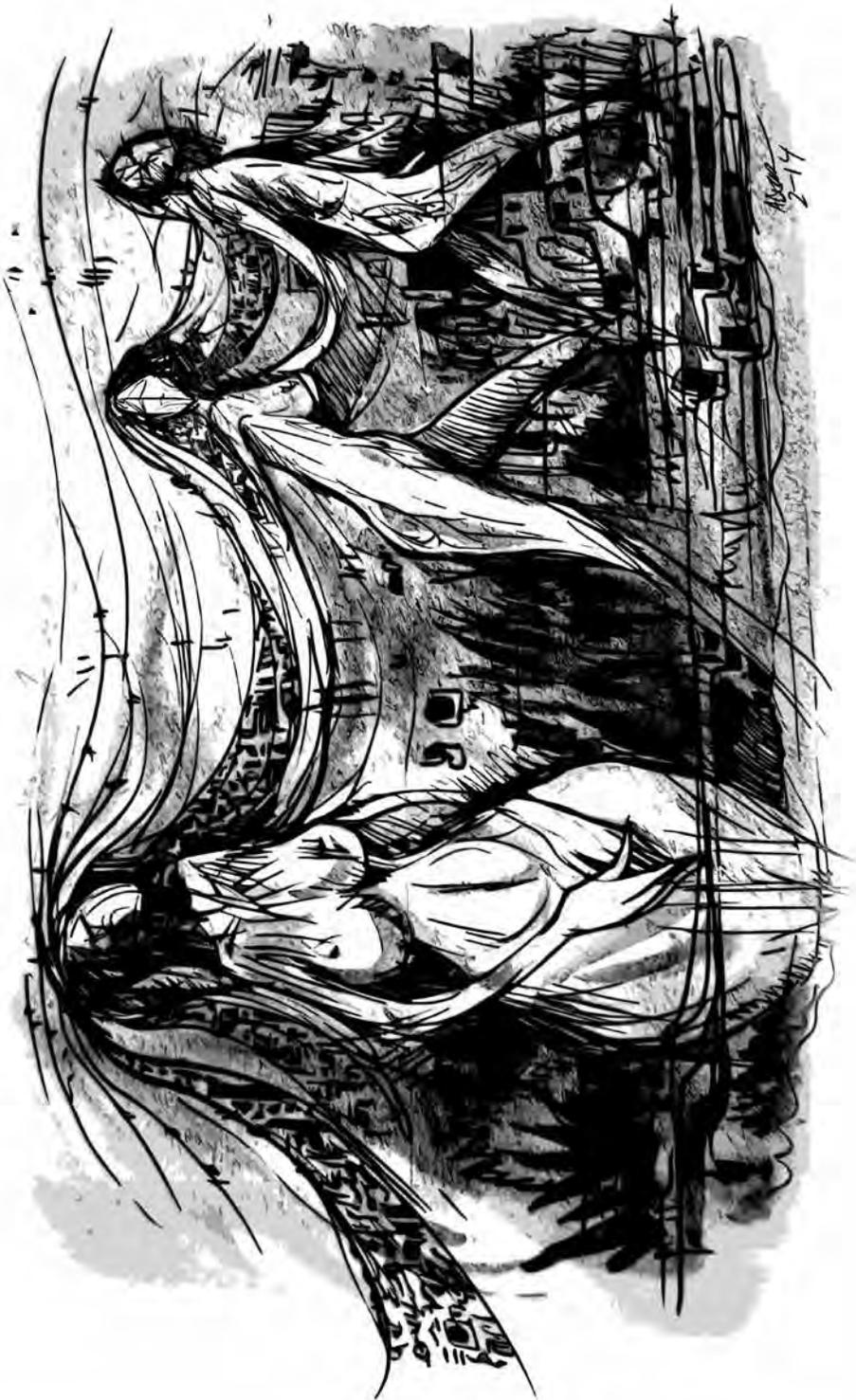
— Es feo, porque si mi hija ve a una de sus amigas besarse con otra mujer, ella también podría buscarse otra amiga para besarse —la vecina no dudó en responderle—. Qué será que aparece tanto eso, antes no había, debe ser el cambio climático —continuó.

— Si mi hijo saliera así, yo le diría: “maldita la hora en que te parí” — afirmó en otra ocasión una vecina que comentaba sobre unos jóvenes de la ciudad.

El pensamiento de los suyos³¹ contrastaba con sus sentimientos. Lo peor era que Evita no podía hacer nada más que callar y escuchar.

Pasaron los meses, esos inolvidables meses en que mantuvieron su amor a escondidas, hasta que llegó el día de la despedida. Ninguna lo había planificado, pero ante la inminencia de la boda de Martina con Jacinto, Evita decidió acabar con su angustia antes de que esa relación se saliera de control y terminara hiriendo a más personas. Una tarde, la última que se vieron, Martina adivinó lo que Evita iba a decirle con tan solo mirarla.

31 Testimonios incluidos en la investigación realizada por el Colectivo Rebeldía en 2012: “Diversidades sexuales y de género en pueblos indígenas del oriente boliviano (Ayoreo, Guarayo y Chiquitano)”.



2-14
A. S. C.

Desde hacía varias semanas, Evita había estado ideando maneras y formas de cambiar ese destino al que estaba condenada. No quería perder a Martina. Obsesionada y dispuesta hacer cualquier cosa, pensó incluso en secuestrarla y llevársela, como hacían algunos hombres con las muchachas de las que estaban enamorados. Pero desistió de todas sus ideas descabelladas. No podía ganar una batalla para la que no estaba preparada. Jacinto no era un mal tipo, y aunque lo odiaba por ser el hombre con quien Martina pasaría el resto de su vida, sentía cierto cariño por él. Habían conversado algunas veces y le parecía un hombre noble, muy trabajador y simpático que, a sus veinticinco años, aún no había encontrado mujer. Alguna vez Jacinto intentó preguntarle sobre los paseos que daba con Martina, pero Evita nunca se lo permitió.

Por otro lado, Jacinto estaba emocionado por el matrimonio. Sabía que con el tiempo Martina iba a quererlo y a darle hijos, y juntos trabajarían para formar un hogar. Su padre le había contado que él también se había juntado con su mamá de ese modo. Sus familias llegaron a un acuerdo y, gracias a esa unión, consiguieron tener el terrenito en el que levantaron la casa en la que ahora vivían. Jacinto sentía mucha atracción por Martina, pero, más allá de esa sensación física, le importaba en realidad convertirse en un hombre casado y respetado en la comunidad. Ya corrían comentarios que cuestionaban el que a su edad aún no hubiera formado una familia.

Jacinto salió de Suegay a los quince años para estudiar en Santa Cruz y volvió con su título de veterinario. Fue uno de los primeros ayoreos de esa comunidad en tener estudios superiores, gracias a su esfuerzo y el de sus padres. Hicieron una fiesta cuando volvió al pueblo, fue honrado y le agradecieron el no haberlos defraudado. Jacinto aprendió en la ciudad que no era necesario casarse a tan temprana edad, y que primero debía terminar su formación para luego pensar en una familia. Cuando le anunciaron lo del acuerdo familiar, no hizo ningún comentario y aceptó. Las cosas le estaban saliendo bien y no quería entorpecer esas señales que le daba la vida y que lo hacían sentirse satisfecho con sus logros.

Evita, en cambio estaba destruida. No sabía qué iba a ser de ella después de que perdiera a Martina. Una noche, visiblemente acongojada y llorando a raudales, anunció a su familia que se marcharía a la ciudad. Y así lo hizo. Partió un día antes de que Martina y Jacinto se unieran para siempre. Nunca más volvió. Fue a buscarse la vida, como solo ella sabía hacerlo.

El amor y el tiempo

Martina guarda silencio. Las serranías que nos rodean se difuminan y se mezclan con el cielo rojizo que ya anuncia la llegada de la noche inevitable. Hago un par de preguntas más y no recibo respuesta alguna. Martina está evidentemente afectada por los recuerdos que acabo de remover en su interior. Me quedo mirándola, tratando de entender el amor que aún siente por Evita, a su edad, después de tantos años.

— No solo era el sexo —me dice—. Nosotras nos queríamos de verdad. Pero no estábamos destinadas a estar juntas añade, mientras se enjuga una lágrima.

— ¿Sabe algo de ella? —le pregunto.

Se queda en silencio y agacha la cabeza.

— Una vez fui a la ciudad y la vi —responde con una voz triste y melancólica—. Estaba en una esquina de El Arenal, seguro esperando algún cliente —continúa.

— ¿Cliente? —pregunto desconcertado.

— Sí, ella se encontró con sus primas y trabajaba con ellas. Sus primas eran putas, y ella también. Trabajaba ahí, en Los Pozos, cerca de esos alojamientos baratos.

— ¿Cómo sabe eso? —pregunto curioso.

— Uno de los amigos de mi difunto marido me contó. Creo que él estuvo con ella. No sé muy bien, pero la cosa es que yo la vi, así, con un vestidito brillante y cortito y toda pintada. Como una puta. ¿Qué más iba a estar haciendo ahí a las cuatro de la tarde? —responde con rabia.

Antes de llegar a Suegay, Evita ya había estado en esa situación. Con la construcción de una carretera que pasaba cerca de Tie Uña, muchos hombres buscaban los servicios sexuales de mujeres ayoreas. Evita fue iniciada por sus primas cuando apenas tenía trece años. Formaban una especie de comisión para instalarse cerca del campamento de los obreros, armaban una choza y allí los atendían. Hacían buen dinero y trabajaban apenas unas horas al día. Muchas mujeres iban acompañadas de sus hermanas o hijas, pues era un negocio bastante lucrativo y siempre les pagaban en efectivo.

Hasta que un día una de las primas de Evita cayó enferma, víctima de una extraña fiebre acompañada de hemorragia vaginal que terminó con su vida. Nadie supo dar explicaciones. Las demás mujeres guardaron el secreto y no se lo contaron a nadie. Más adelante, Evita se enteró de que su prima murió de sífilis. Dejó el trabajo y volvió a su hogar, presa del miedo y la angustia de haber perdido a un ser querido. Luego migró con su familia y dejó el trabajo sexual comercial por un tiempo.

— ¿Cómo se siente? —le pregunto a Martina, ya despidiéndome y dando por terminada la entrevista.

Martina me mira con cierta indiferencia, pero sus ojos, húmedos y tristes, me indican que no quiere que me vaya. Cerca de las ocho de la noche sigue haciendo mucho calor. Martina me invita un poco de refresco, lo último de la jarra que preparó cuando llegué. Camina a mi alrededor con la parsimonia de las mujeres de su edad. Está cansada. Ha trabajado mucho en la vida y por eso ahora se queda en casa esperando que su familia traiga el pan de cada día.

— No sé por qué a usted le interesa tanto mi historia —me dice intrigada.

— Soy periodista —le respondo—, solo quiero contar su historia, la historia de su amor, que es lo que interesa.

— Entonces, ¿sí va a contar esta historia? —me pregunta resignada.

Le respondo que sí, que una historia tan linda como la suya merece ser conocida, a pesar del triste final. Que no revelaré su identidad, ni la de su amada, ni la de su comunidad. Nuevamente se queda en silencio. Los bichos de la noche trajinan sobre la arena, de árbol en árbol se escuchan extraños sonidos, la luz del pequeño foco de la puerta apenas alcanza para distinguirmos mutuamente.

— Le mentí en una cosa —confiesa antes de sentarse nuevamente.

— ¿En qué parte? —pregunto sorprendido.

— Yo la volví a ver de nuevo cuando ya estaba casada. Nos besamos y estuvimos juntas de nuevo.

— ¿Cuándo fue eso?

— Esa tarde que la vi en la ciudad. Yo no había podido olvidarla nunca y me acerqué. Ella no me reconoció de inmediato. Pero luego vi el brillo de sus ojos. Fue como la primera vez que nos amamos —continúa.

— ¿Qué hicieron luego? —pregunto entusiasmado.

— Nos fuimos las dos a ese alojamiento donde ella trabajaba y nos quedamos juntas toda la noche. Como si no hubieran pasado los años. Me olvidé de mis hijos y ella de sus clientes. Fue hermoso.

No digo más. Ella se queda sentada y en silencio. Me levanto y me acerco para despedirme. Me sonríe y me da unas palmaditas en el hombro. Salgo caminando lentamente, mientras ella me observa con esos ojos tiernos que derraman algunas lágrimas. Llego hasta la carretera para esperar transporte. Cuando volteo ya no está ahí. Sigue suspendida en el tiempo, recordando una y otra vez ese amor perfecto que tuvo la suerte de vivir.

Lejos de Itanambikua

El veredicto

Todos los comunarios se agrupan alrededor de la fogata en el centro de la plaza. En frente, en la casa más grande, está reunido el Ñemboati-Guasú³², reflexionando y deliberando. Al lado, en un cuarto más pequeño, están encerrados Ivo y Tëta, cabizbajos, nerviosos, asustados. Todos esperan el veredicto que cambiará el resto de sus vidas para siempre.

Ivo y Tëta se conocieron cuando apenas eran niños. Crecieron a la ribera del río Parapetí cuando sus familias se asentaron en Itanambikua. La familia de Ivo venía desde Ñancaroina, un rancho en la zona de Macharetí, en tanto que la de Tëta se había marchado de Caazapá, una pequeña comunidad de Monteagudo. Pasaron más de quince años desde ese encuentro que habría de marcar sus destinos. Estaban juntos al borde del abismo, y sea cual fuere la sentencia, estaban conscientes de que debían afrontarla con valentía y coraje, como aquellos aguerridos guaraníes de los que descendían.

Itanambikua es una comunidad pequeña ubicada a pocos kilómetros de Camiri, en el departamento de Santa Cruz. Con el verano arde la tierra y en el invierno los huesos se estremecen. Es un lugar de extremos, no solo en lo

32 Asamblea del pueblo.

que al clima se refiere, sino también al temperamento de los guaraníes que lo habitan. De esos “chiriguano”³³ que fueron sometidos o asesinados, surge la pasión y la fuerza en la sangre de otros que se resistieron a los invasores y que sobrevivieron a todo intento de conquista, y que perduraron en el tiempo manteniendo su cultura y su forma de vida³⁴.

El sol se ocultaba lentamente dando paso a una noche extraña, llena de silencio, como suspendida en un pequeño vacío que nadie entendía del todo. El Ñemboati-Guasú seguía debatiendo y de rato en rato se escuchaban discursos encendidos, peroratas apasionadas y hasta gritos descontrolados. Afuera algunos cantaban bajito, sentados en la tierra, como susurrando alguna plegaria, como esperando un milagro que arregle todo y devuelva la paz a sus familias. La incertidumbre habitaba aquellos corazones unidos en comunión, perdidos y silentes, como el polvo que en el otoño se agita sobre el Chaco boliviano.

Por la rendija de la ventana mal cerrada, en el pequeño cuartito donde habían sido confinados Ivo y Têta, un rayito de luz de luna se filtraba y los acariciaba suavemente, marcando sus siluetas y encendiendo sus ojos, que ahora estaban tan tristes. Después de la denuncia, fueron perseguidos y finalmente atrapados cerca del río antes de que pudieran cruzarlo. Ellos sabían de qué se los acusaba y por eso mismo decidieron huir, pero un encuentro inesperado los retrasó y no pudieron abandonar la comunidad. Fueron golpeados y maniatados. Los insultaron y humillaron como si fueran asesinos, como si hubieran cometido algún crimen imperdonable. Los trajeron a la plaza a punta de patadas y los confinaron en esa habitación mientras la asamblea, que ya había sido convocada, se reuniera y emitiera su veredicto. Cuando se recuperaron y se calmaron, Ivo y Têta volvieron a

33 “El término ‘chiriguano’ es rechazado por la Asamblea del Pueblo Guaraní de Bolivia (APG), por ser una denominación impuesta en la Colonia y *peyorizada* por los incas; sin embargo, varios antropólogos y etnohistoriadores (Pifarré, Albó, Riester, etc.) han publicado libros con el nombre de chiriguano, mostrando una diferencia entre los guaraní del Paraguay o Brasil y los guaraní de Bolivia” (APG 2008).

34 “Durante la colonia, los guaraníes fueron constantemente perseguidos y expulsados de sus territorios ocupados. La guerra contra los ‘Chiriguano’ comenzó a implementarse metódicamente bajo la dominación del Virrey Toledo, que en 1574 no sólo planificó sino dirigió las acciones punitivas y de eliminación de los indígenas. En estas acciones los españoles fueron derrotados” (Pifarré 1989).

estar juntos. Se arrastraron por el piso hasta quedar de espaldas uno con el otro, y a pesar de estar amarrados, se tomaron las manos, y en silencio se quedaron repasando los sucesos que habían vivido y que los habían llevado hasta ese momento. Un sentimiento extraño los inundaba. Por un momento se arrepentían, pero inmediatamente sentían las manos del otro y volvían a creer que no estaban equivocados. Seguían juntos a pesar de todo, a pesar de todos, aunque no supiesen lo que iba a pasarles.

Cuando se abrió la puerta de la casa grande, todos vieron el acongojado rostro del *mburuvicha guazu*³⁶, que salió sin saludar a nadie y se sentó frente a la ronda que habían formado los comunarios alrededor de la fogata que poco a poco perdía su intensidad. Le ofrecieron un poco de agua y algo de comer, pero las rechazó y se quedó en silencio. Unos minutos más tarde, y aún con lágrimas en los ojos, salió la *kuña mburuvicha*³⁷ acompañada de los demás miembros de la Asamblea. Se sentó al lado del *mburuvicha guazu* y ordenó que trajeran a los acusados para dictar el veredicto y hacer cumplir la ley.

Dos hombres abrieron las puertas y los sacaron a empellones. Después de desamarrarlos los ubicaron en el otro extremo, en frente de las autoridades y detrás del grupo de personas que no se animaron a mirarlos a los ojos. Ahí afuera, iluminados por las brasas que languidecían titilantes, Ivo y Tëta se mostraron tal cual se sentían: transparentes, indefensos, asustados. No levantaron la cabeza ni para mirarse entre sí. Ivo lloraba en silencio mientras que Tëta respiraba pausadamente, como tratando de detener su respiración en cada sorbo de aire que tomaba mecánicamente. Estaban descalzos y embarrados. Quien los hubiera visto por primera vez tal vez hubiera pensado que eran hermanos. Tenían ciertas características similares, como el color de la piel tostada —casi como la miel—, el cabello corto y lacio, las piernas largas y los brazos marcados por el esfuerzo del trabajo en el campo. Tenían la misma altura y las mismas manos grandes, rellenas y fuertes. Uno tenía dieciséis y el otro estaba por cumplir dieciocho años, y ambos asistían al mismo curso en la misma escuela. Y esa noche, la última que pasarían en Itanambikua, eran más que nunca uno solo.

35 Autoridad mayor.

36 Autoridad mujer.

Pasados algunos minutos, los susurros se aplacaron, y el *mburuvicha guazu* se levantó y comenzó su discurso. Era un hombre mayor, paciente y sabio. Sus arrugas representaban esa experiencia que se necesita para dirigir una comunidad, y con la cual había tenido el tino de gobernar en paz. Levantó la mano para hacer silencio y habló pausadamente.

— Somos un pueblo que tiene una larga historia. Nuestros antepasados derramaron su sangre para darnos libertad, para hacer de nosotros personas intachables, incorruptibles, personas de bien. Hemos heredado su valentía y tenemos la obligación de honrar su memoria con nuestras acciones, con esas virtudes que nos hacen quienes somos —comenzó.

Guardó silencio por un momento, cerró los ojos, y continuó hablando mirando al horizonte

— Una vez confiamos y nos traicionaron. Los *karají*³⁷ nos mintieron y nos mataron³⁸. Pero seguimos peleando sin descanso, defendiendo nuestras tierras y nuestros valores. Muchos murieron, es cierto, pero hemos logrado algo muy importante: hemos sobrevivido y seguiremos luchando para sobrevivir por siempre.

Ivo y Tëta, cabizbajos, escuchaban atentamente lo que la autoridad decía, casi como un sermón, casi como una lección. Ninguno sabía en qué iba a terminar el discurso, y eso era lo que más los asustaba. Miraban la tierra bajo sus pies, esos granos de arena en los que se hundían sus dedos y a los que se aferraban casi de manera automática. La autoridad siguió hablando.

— Los hombres que vivieron en estas tierras nos enseñaron que la valentía, el honor y el amor hacia nuestro pueblo son más importantes que cualquier cosa, incluso más importantes que la vida misma. Los hombres

37 Hombre blanco, foráneo, ajeno a la comunidad.

38 “Durante la independencia, muchos Guaraní se unieron al movimiento, creyendo seguramente que los iba a librar de la Colonia, sus abusos y, principalmente, que abriría el camino hacia la devolución de sus tierras. Sin embargo, cuando se funda y se decreta la Independencia de Bolivia el 6 de agosto de 1825, para los Guaraníes no había cambiado en nada la situación, sino que se agravó, a pesar del Decreto de Bolívar de proteger los Territorios Indígenas, fueron los mismos Territorios Indígenas que reclamaron y se repartieron los criollos-mestizos que habían ‘luchado por la Independencia de Bolivia’. Es así que en este siglo, con la República, el Territorio Guaraní se reduce significativamente” (APG 2008).

que ahora vivimos en este tiempo, tenemos la obligación de conservar ese pensamiento, esa forma de entender el mundo, para defendernos de los invasores, que ahora llegan de otra forma, con otros engaños que amenazan a nuestro pueblo, a nuestra gente y a nuestros hombres. El gran guerrero³⁹ nos enseñó que un hombre solo es hombre si lo demuestra con sus acciones y su valor. Y esas acciones deben responder a nuestras costumbres y a nuestros rituales, que venimos conservando a pesar de los *karai* y su mundo, que quiere imponernos nuevas y extrañas costumbres. Son tiempos modernos y peligrosos y, como guerreros, debemos estar preparados para enfrentarnos a cualquier cosa, como la de ahora, que pone en peligro a toda la comunidad, y cuyos culpables son estos dos jovencitos que han sido acusados.

Ivo y Tëta contuvieron la respiración y sintieron las miradas de odio y desprecio que caían inmisericordes sobre ellos. Ya no podían hacer nada. El *mburuvicha guazu* estaba diciendo que ellos no eran dignos de seguir viviendo sobre esa tierra que habían mancillado con su accionar. Lo sabían, y sin embargo querían creer que aquello no estaba pasando, que ese juicio era únicamente parte de un sueño, y que pronto despertarían sanos, a salvo y en casa, al lado de su familia. Pero no fue así. No despertaron a ese sueño que estaba en el pasado y que nunca volverían a vivir. La autoridad concluyó su discurso pero no dio el veredicto.

— Somos hombres determinados, valientes, decididos. Y por eso, no podemos permitir que estas anomalías ocurran bajo nuestras narices —hizo un gesto de repulsión y asco, y prosiguió—, queremos dar un ejemplo para nuestros niños, para nuestras niñas, y tenemos que preocuparnos por el futuro de cada uno y por el futuro de todos. Para que seamos el ejemplo que aún mantiene este pueblo, que alberga a hombres y mujeres de bien, hemos tomado una decisión.

39 “El pueblo guaraní no fue conquistado ni sometido durante la colonia; fue sometido por las armas en la época republicana. El 28 de enero de 1892 en Kuruyuki, fue abatido como pueblo por el mismo ejército “boliviano”, en la más cruenta masacre masiva de guaraníes. *Apiaguaiki-Tumpa*, cacique mayor de todos los Guaranís, considerado un ‘Hombre-Dios’, fue capturado un mes después y ejecutado en la plaza central de Monteagudo, iniciando así una brutal persecución humana en contra del pueblo Guaraní” (Saignes 1990).

Pronunció las últimas palabras lentamente, casi con dolor, en medio de una mueca que desfiguró su rostro por un instante. Luego se sentó y guardó silencio.

Los murmullos comenzaron de nuevo, y muchos comunarios que desconocían los hechos se enteraban de la historia a pedazos, entre exageraciones y chismes cargados de odio y discriminación. Casi de inmediato se levantó la *kuña mburuvicha* y nuevamente se hizo un sepulcral silencio, interrumpido únicamente por los grillos y otros animales nocturnos que también presenciaban los hechos. La *kuña mburuvicha* habló también despacio, pero era evidente que estaba conteniendo la ira que se desbordaba por los ojos.

— Después de haber escuchado todas las acusaciones que se han hecho, teniendo en cuenta la probidad de los acusantes y haciendo uso legítimo de nuestra ley, el Ñemboati-Guasú ha tomado una decisión. Queremos dejar en claro que esta decisión se debe únicamente a un principio sagrado de nuestro pueblo y que con este veredicto queremos dar ejemplo, más que castigar a los acusados. Esto que ha ocurrido no puede volver a repetirse, porque no podemos permitir que hombre con hombre tengan ningún tipo de relación antinatural, que al final volverá como castigo para todos. Las asquerosidades que han cometido los acusados son imperdonables, y no debemos ser débiles al momento de detener esta amenaza que nos llega del mundo moderno. Para que nadie dude de sus autoridades ni de la ley que rige en nuestros pueblos, y aún a pesar de que uno de los acusados es hijo de un miembro de la asamblea, hemos decidido que Ivo y Tëta deben abandonar la comunidad de inmediato y no volver nunca más, ya que su deshonra avergüenza no solo a su familia, sino a todos los que vivimos en Itanambikua. Que se cumpla ley.

Para Ivo y Tëta la sentencia en realidad fue un alivio. Ellos creyeron en un principio que iban a ser ejecutados, como se hacía con los traidores o violadores. Sin embargo, ya habían previsto lo que iban a hacer en cuanto los expulsaran de la comunidad. Mientras los comunarios se dispersaban y se marchaban a sus casas, comentando y analizando el veredicto, Ivo y Tëta eran escoltados por unos cinco hombres hasta la ribera del río, en donde los dejarían libres, recordándoles que no podían volver nunca más al pueblo.



Ivo soltó algunas lágrimas mientras se arremangaba los pantalones. En cambio Tëta, resuelto y orgulloso, caminando por el río, no volteó hacia atrás ni siquiera cuando Ivo le dijo que su madre, la *kuña mburuvicha*, estaba en la orilla haciendo gestos de despedida, en medio de aquel extraño amanecer en Itanambikua. Cruzaron el río y caminaron hasta perderse entre los árboles y los matorrales, y nunca más volvieron.

Otras migraciones

El sol estaba sobre sus cabezas y el calor los consumía poco a poco. Decidieron descansar un rato, mientras pensaban qué hacer con sus vidas ahora que estaban solos en el mundo. Se sintieron abandonados, traicionados, humillados. De los dos, Tëta era el más enojado. No podía creer que su propia madre lo hubiera expulsado del pueblo, ni que su padre lo hubiera permitido. Sabían de la relación que mantenía con Ivo desde hacía al menos un año, pero nunca dijeron nada o se hicieron los desentendidos. Tëta sabía también que haberlo negado quizás los hubiera salvado, o al menos a él, pero lo que sentía por Ivo era tan grande que, cuando le preguntaron si era verdad, no dudó en confirmarlo. No era momento para arrepentimientos, ni para pensar en supuestos. Ahí estaban los dos, solos, debajo de un árbol, desterrados por su propia gente, pensando en qué hacer con esa libertad que les habían impuesto.

— Hubiéramos podido escapar de no haber sido por la bruja —afirmó Ivo, como tratando de iniciar una conversación—. Podíamos habernos ahorrado la vergüenza. Ella tiene la culpa —sentenció con rabia.

Tëta lo escuchó y esbozó una sonrisa muy parecida a la compasión. Sabía que Ivo era aún muy joven y no entendía algunas cosas. Se limitó a tomarlo de la mano y decirle que no se arrepintiera de aquellas cosas que no podía cambiar.

La bruja era una mujer ya entrada en años, viuda, que vivía en las afueras del pueblo. Todos decían que estaba medio loca y que por eso tenía poderes, pero en el fondo, era el dolor de haber perdido a su esposo lo que la tenía en ese estado. Siempre vestía de negro; incluso en los días más calurosos mantenía un estricto duelo, pues había prometido respetar la memoria de su amado, muerto en un accidente de tránsito en la capital. Por

su larga cabellera se asomaban algunas canas que anunciaban la llegada del otoño a su vida. Tenía las manos largas y huesudas y las uñas casi siempre sucias. Se veía descuidada, triste, mal alimentada y siempre somnolienta. Caminaba por las calles del pueblo vendiendo algunas frutas y hortalizas que cosechaba en su huerto. De cuando en cuando algunos vecinos la invitaban a almorzar, solo para enterarse de algo más sobre su vida. Pero ella siempre los dejaba con más preguntas que respuestas. Tenía pocos amigos, y su único hijo venía de la capital a visitarla una vez al año. Decían que era bruja porque una vez, luego de tropezar y caer al piso, maldijo a la mujer que se rió y no la ayudó a levantarse. Meses más tarde, esa señora cayó enferma víctima de alguna fiebre desconocida. Ahí comenzaron las habladurías acerca de sus poderes sobrenaturales.

La mañana anterior, Tëta regresaba a Itanambikua con unas vacas de su padre, que había alquilado a unos vecinos de la ribera. Cuando llegaba a su casa, uno de sus compañeros se acercó y en tono burlesco le espetó:

— Así que Ivo y vos, ¿no? Ya lo sabe todo el mundo, —maricones— y se marchó riéndose a carcajadas. Un escalofrío desbarató la columna vertebral de Tëta y lo dejó tambaleando por unos momentos. Guardó silencio, respiró profundamente y salió corriendo en busca de Ivo. No lo encontró. Se había ido a dejar un encargo de su madre. Tëta se escondió y espero a que regrese. Ya pasaba el medio día cuando Ivo por fin llegó, solo, afortunadamente. Lo sentó a su lado, le contó lo que había pasado y le propuso la fuga. Ivo, asustado y nervioso, accedió sin pensarlo muy bien.

— Si nos quedamos nos van a matar —afirmó Tëta mientras caminaban de prisa, buscando la mejor ruta para llegar al río.

Ivo no decía nada. Pensaba en todo lo que estaba dejando. Su familia, sus amigos, su tierra. ¿Valía la pena?, se preguntó para sus adentros. No encontró más respuesta que el rostro entusiasmado y decidido de Tëta, que caminaba a su lado. Eso era suficiente. A vivir en el miedo seguro era mejor vivir en el futuro incierto, cualquiera que sea.

Llegaron al final de la calle y se apartaron por un caminito que los llevaría directamente a la parte más angosta del río, que por esos días no tenía mucha agua en su cauce. De atrás de unos arbustos, y de manera imprevista, saltó a su encuentro la bruja del pueblo. Los asustó y eso los obligó a detenerse.

— No se vayan —les dijo con una voz grave, imponente—. No tienen más futuro que el que ustedes están destruyendo —continuó mirando al río.

— ¿Qué es lo que usted sabe? —la interrogó Tëta.

— Solo sé que la vergüenza se cierne sobre esta tierra. Y también que ustedes son los culpable —contestó con voz baja, como conspirando.

— No tenemos miedo. Somos valientes como nuestros antepasados. Ni la vergüenza ni las brujas nos asustan— contestó Ivo, altanero y petulante.

— Ustedes no tienen que tenerle miedo a las brujas, sino al castigo que tendrán por haberse encamado. ¡Eso está prohibido! —gritó la bruja, como si quisiera que la escuchasen.

— No tenemos miedo —dijo esta vez Tëta—. Ahora tenemos que irnos, por favor, hágase a un lado.

La bruja no se movió un solo centímetro. Los miraba fijamente, como tratando de atormentarlos con sus ojos ennegrecidos por la tristeza y el dolor. Tëta hizo el intento de apartarlo, pero la bruja pegó un salto, extendió su mano y le pegó tal bofetada, que lo derribó de inmediato.

— No jueguen con las leyes del pueblo, muchachos. ¡Siempre van a perder! —sentenció, y se sentó en frente, mientras Ivo ayudaba a Tëta a incorporarse.

— Les voy a contar una historia —continuó la bruja, nuevamente con ese tono conspirativo—. No se crean especiales. Ustedes no son los primeros.

— ¿Eso qué quiere decir?, ¿No somos los primeros en qué? —preguntó Tëta, mientras se frotaba la mejilla aún roja por el golpe que acababa de recibir.

— No, no son los primeros. Ya hemos tenido un par como ustedes, hace muchos años, en otro pueblo como este. A ellos también se los encontró revolcándose como animales salvajes, como perros asquerosos uno encima del otro. Y a ellos también los castigamos.

— ¿Qué les hicieron? —preguntó curioso Ivo, quien no dejaba de mirarla con algo de miedo y asombro.

— ¿Nosotros? Nada. La asamblea los expulsó del pueblo y nunca más volvimos a saber de ellos. Nosotros no les hicimos nada. Pero recibieron su castigo. ¡Vaya que lo recibieron! —concluyó con una especie de burla y una risa socarrona.

— ¿Cuál fue ese castigo —preguntó Ivo, ahora más asustado y nervioso.

— Se fueron por el bosque —comenzó a narrar la bruja— rumbo a las tierras del sur, a Argentina. Ahí querían llegar. Caminaron por varios días hasta quedar exhaustos. Buscaron algo de comer y se quedaron a dormir. Pero esa horrible costumbre que tenían los obligó de nuevo a revolcarse y a estrujarse como las bestias en las que se estaban convirtiendo. Algunas semanas después, uno de ellos sintió que algo raro le pasaba a su cuerpo. Su panza estaba creciendo, pues llevaba dentro un hijo del otro hombre con el que se acostaba.

— Eso es imposible —dijo Tëta—, esas cosas no les pasan a los hombres.

— ¡Ah! Claro que es posible, ese era su castigo. Dios los estaba castigando de esa manera —afirmó la bruja, levantando la voz nuevamente.

— ¿Y qué les pasó? —volvió a preguntar Ivo, con la cara desfigurada por el miedo.

La bruja cambió de semblante y el tono de su voz se hizo más familiar, más suave y cercano. Les dijo que uno de ellos desapareció una noche de tormenta, mientras que el otro murió irremediadamente junto a su hijo, a quien no pudo parir porque no tenía por dónde.

— ¡Ese es el futuro que a ustedes les espera, par de maricones! —concluyó la bruja con una maldad inusitada.

Tëta no aguantó más. Tomó a Ivo de la mano y retrocedieron hasta perder de vista a la bruja que reía para sí misma, como si hubiera estado feliz de haberlos asustado. Llegaron al río e intentaron cruzarlo pero ya era demasiado tarde. El compañero con el que se encontró Tëta en la plaza le avisó a su padre, y éste, acompañado de otros hombres, se fue hasta el río para atraparlos antes de que pudieran escapar.

— ¿Crees que pase eso, que uno de los dos quede embarazado? —había preguntado Ivo inocentemente más adelante cuando dejaban el pueblo. El temor se hacía evidente en sus ojos.

— No pasará. Esas cosas no les pasan a los hombres —le respondió Tëta, dando por finalizada la conversación.

Ambos se incorporaron y siguieron caminando. Al atardecer llegarían a Camiri y tenían muchas cosas de qué preocuparse. Debían buscar un lugar para dormir y un trabajo para poder comer y sobrevivir. Estaban comenzando una nueva vida. Estaban juntos. Lo demás, lo que estaban dejando atrás, ya no importaba.

El camino olvidado

Han pasado cinco años desde que Ivo y Tëta fueron expulsados de Itanambikua. Ahora viven en Camiri con otros nombres, alejados por completo de ese pasado que los avergüenza y los sigue asustando.

Estudian en la Universidad del Chaco junto a otros guaraníes provenientes de otras comunidades de la región. Tienen pocos amigos, con los que hablan únicamente lo necesario. Ivo trabaja de noche como ayudante de cocina de una churrasquería y Tëta tiene un puesto de verduras y frutas en el mercado central. Viven juntos pero guardan las apariencias fingiendo ser primos. Aún están atemorizados y quieren evitar cualquier situación que los comprometa o los delate. Tratan de ser felices, o al menos de estar tranquilos.

Una vez Tëta se encontró con su madre en el mercado. Ella trató de saludarlo pero Tëta, siempre orgulloso y rígido en sus convicciones, le volcó la cara. Ella se fue sin decir nada, como apenada, como avergonzada, pero sobre todo, resignada al hecho de haber perdido a su hijo mayor para siempre.

En todo ese tiempo de sacrificios, penurias e incomodidades, Ivo y Tëta habían construido algo más que una relación sentimental. Eran compañeros de verdad, luchadores que, codo a codo, se enfrentaban a la vida. Desde la primera vez que estuvieron juntos adivinaron el futuro que les esperaba.

Fue justamente a orillas del río Parapetí donde sus bocas se estrenaron, y sellaron con un beso un secreto que estaba más allá de lo que ellos mismos podían entender. Era verano y habían salido temprano de la escuela. Junto a sus compañeros decidieron ir al río a nadar. Eran como once o doce muchachos en calzoncillos, jugueteando en el agua, gastándose bromas

entre ellos, haciendo competencias de nado e inmersión. Sus cuerpos dorados surcaban y se hundían en las aguas del río, que desde hacía varios años no había estado tan suave y cristalina como ese día. Gritos, risas y carcajadas confluían en ese pequeño lugar y en ese momento que esos chicos encontraron para ser felices. Se quedaron chapoteando hasta que el sol comenzó a ponerse. Los demás se fueron de a poco y se quedaron únicamente Ivo y Tëta, contemplando esa puesta de sol que nunca más iban a olvidar.

Ya en la orilla, mientras las primeras estrellas aparecían en el firmamento, acostados en la arena, resguardados por algunos pequeños arbustos, Ivo comentó lo maravilloso que era el atardecer, que a él le gustaba más que el alba. Tëta lo miró sonriente, con una ternura que no había experimentado antes.

— Mira —le dijo apuntando al cielo—, allá nos iremos todos. Hay tanta paz.

— ¿Todos iremos allá? ¿Aunque no seamos como todos? —preguntó Ivo, poniendo su mano encima de la de Tëta.

Éste no supo cómo reaccionar en ese momento y respondió que sí, que todos, por mal que se hubieran portado, llegarían al cielo tarde o temprano.

— Ahí arriba, en medio de las estrellas, todos seremos iguales —concluyó acercándose un poco más a Ivo.

En ese momento se miraron. Ivo y Tëta estaban experimentando una comunión extraordinaria. Sentían una especie de magia que los atraía, que los obligaba a reunirse, absortos, alejados del mundo en el que vivían. No dijeron nada más y se quedaron estáticos, como hipnotizados, mirándose en los ojos del otro. Tëta continuó acercándose lentamente, tratando de no hacer demasiado ruido, hasta por fin ubicarse a pocos centímetros de Ivo. Cuando finalmente sus cuerpos estuvieron juntos, Tëta sintió la erección de Ivo, y al mismo tiempo se dio cuenta de que él también tenía una. No sabía lo que estaba pasando, y cuando trataba de analizar la situación, Ivo ya lo estaba besando tan apasionadamente que olvidó todo y se entregó por completo al momento que estaba viviendo.

Esa noche experimentaron por primera vez con su sexualidad. Les pareció extraño, pero lo disfrutaron. Luego se quedaron abrazados por un rato, antes de buscar su ropa y volver cada uno a su casa. Así comenzó su historia, con esa ingenuidad y esa decisión que aún hoy en día conservan. Se levantaron, se despidieron con un beso, y se marcharon.

Unos pocos metros más allá, escondidos detrás de un árbol, un par de ojos curiosos los observaba con mucha atención.

Lennon tenía razón

El traidor del Amazonas

Ignacio salió huyendo de su pueblo cuando sus vecinos amenazaron con matarlo por maricón. Había vuelto de vacaciones a Nueva Jerusalén después de haber cursado su primer año de universidad en Cobija, la capital del departamento de Pando, al norte de Bolivia. Tal parece que la velocidad con la que corren los chismes es mucho más rápida, pensaba Ignacio, mientras corría como un desaforado buscando el camino más rápido para llegar a esa pequeña barcaza que podría salvarle la vida.

Nueva Jerusalén es una comunidad tacana en el municipio de Puerto Rico, en la provincia Abuná. Está en el medio de Pando, en el medio del Amazonas, es decir, en el medio de la nada. Llegar a Nueva Jerusalén desde Cobija toma por lo menos cuatro días navegando y uno más por tierra. Es un pequeño rancho asentado cerca del río, con varias casas dispersas de paredes de barro y techos de hojas de palmera y otros árboles de la zona. La vida transcurre allí entre la monotonía del trabajo en la tierra, la pesca, el calor implacable y esa inaguantable tranquilidad que solamente lugares como esos pueden brindar. De ese pueblito minúsculo, camuflado en la inmensidad de la selva, salió Ignacio becado por la Pastoral Cáritas para estudiar en Cobija.

Al principio sus padres se negaron, pero luego entendieron que se trataba de una oportunidad que no volvería a repetirse. Ellos nunca habían pensando, ni remotamente, en mandar a su hijo fuera del pueblo; no solo porque no tenían las condiciones económicas para hacerlo, sino porque allá afuera, en la “civilización”, estaría expuesto a grandes peligros y tentaciones que, estaban seguros, no podría manejar. Preferían que se quedara en el rancho, se casara con alguna de sus vecinas y formara una familia, tal y como lo habían hecho su padre y su abuelo. Y que viviera en paz, trabajando la tierra y ganándose el pan con el sudor de su frente. Pero la hermana Graciela los convenció, les dijo que en realidad esa beca lo haría crecer como persona, y que podría estudiar una carrera que le permitiría vivir otra vida, una vida mejor que la que ellos podían brindarle. Aceptaron, y tristemente lo despidieron, lo bendijeron y le recomendaron, por sobre todas las cosas, que no los defraudara.

Ignacio creció en el seno de una familia convencional de la Amazonía boliviana. Nunca, hasta sus dieciocho años, salió de su pueblo más allá de algunas comunidades adonde viajaba con su padre y su abuelo para intercambiar alimentos por ropa y otros enseres. En la mayoría de las comunidades indígenas de Pando el dinero no se utiliza y, salvo algunas excepciones, los billetes y las monedas no tienen ningún valor. El trueque o intercambio sigue vigente, y esa tradición profundiza las relaciones entre los comunarios, basadas en la reciprocidad y la honestidad.

Ignacio siempre viajaba acompañando a su padre y a su abuelo. Aprendía todo lo que podía acerca del río, el intercambio con otras comunidades, los peligros de la selva y el honor entre los hombres de bien. Era muy apegado a su padre y siempre trataba de complacerlo e imitarlo. Pero la relación con su abuelo era muy distinta. Por alguna razón, Ignacio sentía que su abuelo no lo quería, y que por eso lo trataba fríamente, como si no fuera realmente un familiar. Más de una vez tuvieron serios altercados a causa de esa barrera que les impedía comunicarse. Ignacio fue paciente durante mucho tiempo, hasta que un día, durante un viaje a Bolpebra⁴⁰, comprendió que los sentimientos de ese hombre respecto a él nunca cambiarían, y dejó de intentar acercársele. Muchos años después volvería a ver esa mirada de

40 Triple frontera entre Bolivia, Perú y Brasil.

desprecio mientras el padre de su padre lo perseguía con un machete en la mano.

Pasaron los años, Ignacio creció, terminó la escuela y se graduó como hombre digno de la comunidad. Según estaba programado, debía casarse con Angélica, su vecina, hija de su madrina, con quien prácticamente se había criado a la orilla del río. Fue entonces cuando llegó la hermana Graciela con los documentos de su institución y la propuesta de que se fuera a estudiar. Angélica lloró tres días y tres noches. Ella sí estaba enamorada. Ignacio, por el contrario, sintió un gran alivio al saber que no se casaría con ella y que podría vivir otra vida lejos, en la capital. Se despidieron y nunca más se volvieron a ver.

Así llegó Ignacio a Cobija; con nada más que una bolsa con la poca ropa que tenía, 200 bolivianos que le regaló su padre y una curiosidad inusitada. La ciudad lo deslumbró desde el primer momento. Se sentía como un animalito salvaje en medio de toda esa gente a la que no sabía cómo tratar. El tráfico, el ruido, las motos, ¡la televisión! Todo era tan nuevo para él que, a su edad, se sentía como un niño recién nacido, apenas conociendo ese gran mundo que ahora tenía ante sus ojos. Tardó varios días en entender cómo funcionaba ese lugar al que se había ido a vivir más por huir de su casa que para estudiar en serio. Los semáforos le llamaron particularmente la atención. Y la estridente música que sonaba sin cesar en algunos puestos del mercado y en otras tiendas del centro.

La hermana Graciela lo condujo a la pequeña habitación designada para él en el barrio San Carmen, en las afueras de Cobija. Era una casita pequeña en donde también vivían otros estudiantes becados por la institución, y a los que trajeron desde otros pueblitos de Pando, sobre todo del sur: El Sena, San Lorenzo o Gonzalo Moreno.

— Ignacio era muy curioso e inteligente —afirma la hermana Graciela—. Lo conocí la primera vez que viajé en barco para repartir medicamentos y vitaminas a los niños indígenas. Él tenía como ocho o nueve años y se me pegó como una garrapata —ríe. No pude sacármelo de encima y dejé que me acompañara mientras daba mis charlas sobre alimentación y salud —continúa.

Así fue como Ignacio y la hermana Graciela comenzaron una amistad que los reuniría varias veces más a lo largo de los años, cada vez que la religiosa volvía a Nueva Jerusalén.

De gran contextura, cabello lacio y corto, piel morena y pies grandes, Ignacio caminaba todos los días desde su casa hasta la universidad y, si bien extrañaba a su familia y un poco a su pueblo, trataba de acompañar la mañana radiante con una sonrisa que en su cara a veces parecía forzada. Estaba solo en una ciudad grande y desconocida, y no podía evitar que la tristeza lo invadiera algunas madrugadas en las que el calor no lo dejaba dormir. Quizás por eso se acercó tanto a Prudencio, otro joven becado que vivía en la misma casa. Estudiaban la misma carrera y muchas veces se reunían a hacer las tareas en el cuarto de Ignacio, mientras compartían un poco de pan y refresco de copoazú⁴¹. Compartían también esa sensación de abandono y nostalgia, que combatían contándose historias de sus pueblos y de sus familias. Era, en todo caso, una manera de no perder los recuerdos con los que habían llegado.

— Se hicieron muy unidos. Yo los veía hacer tareas, jugar fútbol y conversar hasta tarde —comenta la hermana Graciela—. Los veía como dos hermanitos que se hacían compañía y se ayudaban mutuamente —concluye.

Lo que la hermana Graciela no sabía hasta entonces era que Ignacio y Prudencio no solo habían entablado una amistad, sino que estaban envueltos en una relación sentimental tan fuerte y tan profunda como la indómita selva de la que ambos provenían. Conscientes de sus acciones, acaso advertidos por la tradición y el conservadurismo cultural del que venían, guardaron en secreto sus besos y esas interminables noches en las que se desvelaban mirándose el uno al otro. Únicamente ellos dos, y más tarde la hermana Graciela, conocían esa estrecha unión que habían formado.

— Quizá fue un error —dice con dificultad Prudencio.

Ahora tiene veintinueve años y está casado. Tiene dos niñas y trabaja en un aserradero.

— Éramos jóvenes, muy jóvenes, y no pensamos bien en las consecuencias. Por eso todo terminó mal —confiesa cabizbajo.

41 Exquisito fruto amazónico con el cual se elabora, entre otras cosas, refresco para saciar la sed y combatir el calor.



11-2
MAY 1971

Nos encontramos al atardecer en un gran parque al cual asiste mucha gente para caminar, hacer ejercicio o descansar. Llegó nervioso y casi obligado por su amigo, a quien contacté primero y quien me contó su historia. Habla sin mirarme a los ojos, y antes de cada respuesta piensa unos minutos; sabe de qué se trata mi entrevista y seguramente no quiere hablar de más. Me pide que le cambie el nombre. No quiere más problemas. Se siente tranquilo con la vida que ahora lleva y así está bien para él.

Prudencio vivió en Trinidadcito⁴² hasta sus veintiún años. Luego fue “adoptado” por un misionero que lo trajo a Cobija, primero como ayudante de la Iglesia, luego como becario de la Pastoral. Él nunca quiso marcharse y fue prácticamente obligado por su familia y por algunos comunarios, que deseaban lo mejor para él y querían que estudiase.

— Yo no quería salirme de mi pueblo. Me gustaba. Me sentía libre. No tenía las comodidades que hay en la ciudad, pero estaba mejor —afirma.

Quizás era esa cercanía con la selva, con la naturaleza viva y ruda, lo que lo mantenía alerta y vigoroso, lleno de esperanza y alegría. Hoy está flaco, cansado, aburrido. Tiene que trabajar mucho para mantener a su familia, incluida su madre, que llegó de visita un día y nunca más se fue. Le cambia el semblante cuando habla de Ignacio. La melancolía se escurre de sus ojos.

— Nos conocimos en esa casa donde vivíamos nueve. Éramos cuatro hombres y cinco mujeres. Todos éramos jóvenes y veníamos de varios pueblos de Pando. Yo tenía pocos amigos, mi vecina era más mi amiga. Con ella compartíamos mucho. Hasta que llegó Ignacio. Fue un alivio que hubiera llegado; congeniamos desde el principio y nos hicimos buenos amigos. Luego todo cambió. Una noche nos fuimos a beber con unos compañeros de la universidad y llegamos a continuar a su cuarto. Cuando se fueron todos, yo me quedé a dormir con él. No recuerdo qué fue lo que pasó, pero al otro día amanecemos abrazados, juntos, en la misma cama. En ese momento me asusté, pero ahora me parece un recuerdo muy tierno —sonríe cuando termina de contarme ese primer contacto íntimo que tuvo con alguien de su mismo sexo.

42 Comunidad indígena tacana, ubicada en el municipio de San Lorenzo en la provincia Madre de Dios.

Pasaron los meses y se fueron acercando mucho más. Si bien mantenían la imagen de ser amigos muy cercanos, a veces se les escapaba una mirada lasciva o una palabra que hacía que los demás los miraran extrañados. Pero nunca lo aceptaron. Algunos los molestaban, pero no les hacían caso y lo tomaban como bromas propias de la gente de su edad. Cuando Ignacio le contó que volvería a su pueblo de vacaciones, Prudencio casi enloqueció. Le dijo que lo mejor era que no fuera. Que los chismes vuelan y que hay gente muy mala en todas partes. Prudencio tenía una corazonada y le prohibió viajar. Ignacio, sin embargo, no hizo caso. La última noche pelearon hasta altas horas de la madrugada y no llegaron a ningún acuerdo. Prudencio salió de la habitación golpeando la puerta y se encerró en su habitación.

Ahora confiesa que se enamoró.

— ¿Cómo no haberme enamorado? Era muy guapo, amable, sencillo, atento. Pero sobre todo, me entendía y me acompañaba —afirma sinceramente. Le duele mencionarlo. Le duele recordarlo.

— La última vez que lo vi fue después de pelearnos. Yo no quería que volviese a su pueblo, pero no me hizo caso. Tenía un mal presentimiento. Nunca más lo volví a ver. No sé si está vivo o muerto. Desapareció y no pude siquiera despedirme —comienza a derramar algunas lágrimas.

Dejo de hacer preguntas y me quedo a su lado mirando la puesta de sol.

La hermana Graciela, sin embargo, es más optimista.

— Yo sé que está vivo, y está en un lugar mejor —dice—. Un chico tan especial como él no puede desaparecer así como así. Seguro que se fue por el río y llegó a la frontera. Allá hay más gente como él. No apruebo su modo de vida, pero le tuve tanto cariño que nunca podría desearle el mal. Solo merece ser feliz —concluye.

Juan del río

Lo único que tiene Juan Espinoza en la vida es una vieja barcaza de madera con la ha subsistido los últimos cinco años, después de que su prueba diera positivo en VIH. Juan tenía una familia muy pintoresca: un varón y dos mellizas que jugaban todo el día afuera de su casa. Rita, su mujer, trabajaba junto a otras mujeres de la comunidad cocinando para los peones

y elaborando artesanías que luego vendían a los esporádicos viajeros que pasaban por la comunidad.

Juan viajaba constantemente. De diciembre a marzo iba a la provincia de El Sena para trabajar en la zafra de la castaña, en la zona fronteriza con la provincia Vaca Díez, del departamento del Beni. Allí cosechaba la fruta como peón y luego ofrecía los servicios de su pequeña barcaza para transportar la carga a otros lugares. Eventualmente también viajaba al Beni para trabajar en la zafra de palmito o en la recolección de oro. Cuando el trabajo escaseaba en esos lugares, se arriesgaba y viajaba más al norte, a la frontera, a la vecina provincia peruana Madre de Dios o hacia el estado brasileño del Acre. Esos trabajos eran la principal oportunidad de generar ingresos monetarios para conseguir los insumos esenciales para su hogar, como ropa, ollas o esa radio que siempre había querido comprar.

El recorrido que hacía siempre cambiaba debido a las temporadas de lluvia, cada vez más irregulares e implacables. Muchas veces tardaba meses en volver a su hogar, y cada vez que lo hacía llegaba con poco dinero, con pocos productos y de muy mal humor. Generalmente se gastaba las ganancias en alcohol y mujeres, a las que frecuentaba cuando atracaba en el puerto del pueblo en el que le tocaba pernoctar. Rita siempre lo reprendía y amenazaba con abandonarlo, pero podía más en ella ese sentimiento de conservar la familia por sobre todas las cosas, tal y como le había enseñado su madre.

Durante un viaje, llevando una gran carga de castaña de Buena Ventura hacia el norte, tuvo que detenerse de improviso porque descubrió unos agujeros que amenazaban con hundir su pequeña embarcación.

— Ahí tuve el accidente de mi pierna —cuenta, mostrando la cicatriz en la extremidad inferior derecha—. Unos hombres me ayudaron a descargar la barcaza y entre todos logramos sacarla del río. Pero cuando estábamos subiéndola a unas piedras para poder tapar los huecos, se resbaló y cayó sobre mi pierna. Lo único que recuerdo es que comenzó a sangrar y luego me desmayé —recuerda.

A Juan lo llevaron a la posta sanitaria, primero, y luego lo trasladaron al hospital de un pueblo más grande. Allí lo curaron y le hicieron varias pruebas, y una de ellas reveló que tenía VIH. Juan no sabía qué clase de enfermedad era esa, y como no se había sentido mal, no había tenido

ningún síntoma que le hiciera pensar que estaba enfermo. Por eso no hizo caso a las indicaciones y sugerencias del promotor de salud que lo atendió. Continuó su viaje llevando consigo la carga de castaña y ese diagnóstico que no terminaba de entender.

Se quedó varios meses en El Sena, esperando que calmen las aguas. Mientras tanto, trabajaba como ayudante en el mercado escogiendo frutas y verduras para una mujer (en realidad, era su amante) que poseía una pequeña tienda de abarrotes. Juan se quedaba con ella cada vez que pasaba por allí.

— Yo sospecho que fue ella la que me contagió —afirma, con algo de rabia, mientras avanzamos lentamente río arriba—. Ella siempre me dio mala espina, me ocultaba cosas, se aprovechaba de mí, siempre me quería sacar platita, y yo sabía que tenía otros machos cuando yo no estaba —recuerda.

Mientras se recuperaba, la idea de esa enfermedad le rondaba la cabeza. Solía quedarse sentado por las tardes en el patio de esa casa que no era suya, pensando en lo que el doctor le había contado. No se sentía enfermo, y eso, en realidad, era lo que más le asustaba. Según el médico, el sida permitía que se enferme de otras cosas, y eso era lo que podía matarlo.

— Eso fue lo que entendí. Pero, ¿cómo una enfermedad podía causar otras enfermedades? Yo no entendía, así que comencé a preguntar.

Por los innumerables viajes que había realizado, tenía muchos conocidos en varios pueblitos de la ribera, particularmente en El Sena, adonde había arribado muchas veces. Discretamente, comenzó a hacer preguntas sobre la enfermedad a la gente del mercado, a los pescadores en el río, a los comerciantes eventuales con los que se detenía a conversar. Nadie la conocía exactamente. Solo algunos le dieron ciertas pistas que, en realidad, lo dejaron mucho más confundido⁴³.

— Cuando uno se sienta en el mismo lugar donde se sentó una chica infectada, el tener relaciones sexuales con una chica soltera que ha estado con hombres provenientes del Brasil y el tomar agua del vaso que ha usado previamente una persona con algún tipo de infección —le informó un anciano.

43 Testimonios incluidos en Puig Borrás 2004.

— Las que vienen con esas enfermedades son las chicas que llegan de otros lados —le aseguró un muchacho en la plaza.

— Eso se da por prácticas homosexuales, pero solo entre brasileños. Aunque es muy posible que algunos jóvenes de las comunidades indígenas estén involucrados en esas prácticas y sean culpables de que esa enfermedad llegue hasta nosotros —le dijo furiosa una señora de edad avanzada.

— Si la mujer tiene una secreción amarillenta y con manchas en los órganos sexuales, y el hombre tiene relaciones con ella, entonces se contagian los dos —le comentó otra muchacha en el mercado.

Juan estaba aturdido. Trataba de recordar cuál de las mujeres con las que había estado a lo largo de los años respondía a esas características. Había varias en su lista. Podía haber sido cualquiera, pero no estaba seguro. Pensó que lo mejor era buscarlas, saber si estaba vivas, si se habían enfermado, si les había pasado algo. Pero luego desistió de la idea. Se sintió solo, abandonado, triste, indefenso y vulnerable. Entonces decidió volver a su hogar, con su familia, para estar cerca de los suyos.

Pasaron algunos días más, pagó sus deudas, se despidió para siempre de su amante y cuando por fin terminó de recuperarse volvió a su casa. Le tomó casi una semana, navegando solo por el río. Grande fue su sorpresa cuando llegó a su casa y no encontró a nadie.

— La casa estaba caída, los animales no estaban, ni los niños —narra. Fue como llegar a un cementerio. En el patio encontré dos tumbas. Eran las de mi hijo mayor y una de las mellizas. Luego me contaron que habían enfermado gravemente y que nadie pudo ayudarlos. Mi mujer se fue con la otra melliza sin decir a dónde iba. Yo me quedé solo, llorando, sin saber qué hacer —concluye.

Juan Espinoza recorre ahora los ríos del Amazonas, buscando a su mujer y a su hija sobreviviente. Teme, en el fondo, haberlas contagiado con su enfermedad y ser el culpable de las muertes de sus otros dos hijos. Vaga por las aguas tropicales del norte de Bolivia llevando esa culpa en su barcaza. No sabe cuánto tiempo más vivirá, ni si podrá despedirse de sus seres amados.

Inquisición en la selva

La imagen que tenemos de los pueblos indígenas de Bolivia está condicionada por nuestra propia experiencia ciudadana. Creemos que en la selva, lejos de las imposiciones culturales y religiosas de Occidente, por ejemplo, los comunarios viven con más libertad respecto a su concepción del mundo, que sus prácticas cotidianas están menos viciadas y son más naturales. Pero la realidad es otra; en suma, los niveles de discriminación o violencia hacia las diversidades sexuales son casi iguales o peores que en las grandes ciudades.

La Central Indígena de los Pueblos Originarios de la Amazonía de Pando (CIPOAP) aglutina a los pueblos indígenas Tacana, Cavineño, Esse-Ejja, Yaminagua, y Machineri de Pando. Su casa está ubicada en la región Mapajo de Cobija, y en ella se reúnen para tratar y discutir temas fundamentales referidos a la autonomía indígena, al reconocimiento de la tierra y sus recursos naturales, y a sus reclamos y propuestas como pueblos indígenas del oriente hacia el Estado Plurinacional. Los representantes de cada pueblo indígena tienen la misión de hacer escuchar su voz y lograr acciones en beneficio de sus comunidades. Cuando comento por teléfono de qué se trata mi investigación, y solicito una reunión con dirigentes, recibo una negativa contundente. Tal parece que están ocupados en cosas más importantes.

Sin embargo, al lado, en la misma casa funciona la Central Indígena de Mujeres de la Amazonía de Pando (CIMAP), y allí sí me reciben. Amanda, dirigente tacana, me informa sobre el funcionamiento de la organización, la forma que tienen las mujeres de involucrarse en las decisiones de las comunidades, y los peligros y obstáculos que deben enfrentar como mujeres ante los hombres en sociedades esencialmente machistas y patriarcales. Amanda en especial es un muy amable conmigo. Logra presentarme con algunos dirigentes de la CIPOAP y los convence de reunirse conmigo. Comenzamos a hablar del tema, pero parece que les resulta muy difícil. No contestan a muchas preguntas, salvo con un gesto de desaprobación o con su silencio. Saben qué son las diversidades sexuales, los homosexuales, las travestis, pero no hablan de ello. El ambiente se pone tenso. Siento sus miradas agresivas, como si estuvieran ante un peligro.

Entonces, luego de un silencio dramático, habla un capitán esse-ejja. Su voz es firme y su intervención contundente:

— En mi pueblo habían varios de “esos”. Pero se fueron porque nos estaban haciendo mal como comunidad. Les dijimos: “A todos los maricones, vagos y drogadictos los vamos a quemar”, y todos se fueron.

— ¿No es algo exagerado? —preguntó, un poco temeroso.

— Exagerados son ellos —responde con rabia—. Ellos contaminan nuestra comunidad, pervierten a nuestros niños y dan una mala imagen del pueblo. Por eso no podemos permitir que vivan entre nosotros.

Me parece un discurso conocido. No digo nada y espero que alguien más se manifieste.

— No diga eso, don Mario, ellos también son personas, pero son distintas a nosotros... son más mujeres —interviene Amanda, riendo, logrando distender a los demás y sacarles una sonrisa.

Vuelvo con el capitán esse-ejja.

— ¿En serio queman a los maricones en su comunidad? —le pregunto.

— Hasta el momento no lo hemos hecho nunca —responde ya más tranquilo—. Pero es una medida que vamos a tomar, porque ya se está viendo mucho. Los muchachos salen de la comunidad a la ciudad o a otras comunidades en el Brasil y vuelven con malas mañas. Eso no vamos a permitir —afirma con voz decidida.

El aire de la habitación se hace más liviano. Los presentes comienzan a calmarse y a hablar del tema, entre chiste y chiste. Vamos tomando confianza.

— Yo conocí a un maricón una vez. Era de otra comunidad —narra uno. Charlamos algunas veces, pero nada más. Me pareció buena gente —continúa.

— Aquí en la capital hay varios. Los he visto por las calles —cuenta una señora ya mayor mientras toma un sorbo de café—. Están por la plaza, salen en las noches. Esos usan vestidos y se pintan peor que mujeres. Da mucha impresión verlos. A mí no me gustan, me dan asco —dice, haciendo un gesto de repulsión. Los demás ríen a carcajadas.

— También hay mujeres a las que les gustan otras mujeres —menciona Amanda—. Pero ellas son buenas, nunca son exageradas ni la molestan a una.

— Yo no sabía que a las mujeres también les gustaban las mujeres. ¿Habrá muchas? —pregunta curioso un joven dirigente cavineño.

— Seguramente —responde Amanda—, pero ellas no se dejan ver, no son como los otros maricas.

Ahora charlan entre ellos, intercambian anécdotas y comentarios. Unos ríen, una mujer se persigna, y otro hombre escucha en silencio la historia que el de al lado le cuenta. Únicamente el capitán esse-eija se queda en silencio, mirándome desde su silla, en la esquina de la sala de reuniones de la CIMAP. Lo intimidó y le provoqué cierta curiosidad, lo sé. Quiere hacerme algunas preguntas pero no se anima. Prefiere quedarse con la duda.

Amanda levanta su silla y la pone a mi lado. Se sienta y me pregunta sobre mi vida, mi trabajo y otros asuntos. La miro y le doy pie para que me haga la pregunta.

—Mi hija... —dice en voz baja—, mucha gente me cuenta chismes. Me dicen que anda con mujeres. Que le gustan las mujeres... es lesbiana, dicen.

Me quedo en silencio, mirándola, entendiendo su incertidumbre, su dolor.

— ¿Ella le ha dicho algo? —le pregunto, también en voz baja

— No, nunca hablamos del tema —me responde—. No somos muy cercanas y no tenemos esa confianza. Pero ya está mayor y no tiene marido. Yo a su edad ya tenía tres hijos. Ya va por los treinta y cinco, y vive sola. Tengo miedo que se quede solterona —me confía algo decepcionada.

Le pregunto a Amanda si alguna vez la ha visto con otra mujer. Me dice que no. Que ella vive en su comunidad y ella aquí, en Cobija, que se ven poco y que casi nunca hablan.

— ¿A usted le molestaría que su hija fuese lesbiana? —le pregunto directamente.

— No —responde de inmediato—. Solo me gustaría que me lo dijera. Yo no la voy a desaprobar ni me voy a enojar. Pero quisiera saberlo. ¿Qué puedo hacer? —me pregunta, ya con los ojos humedecidos.

No sé que responderle. Alguien interrumpe y pide que terminemos la reunión. Amanda se queda en silencio. Le digo que al regresar de mi viaje al norte podremos conversar. Se queda tranquila. Agradezco a todos y todas por su paciencia. Me despido. No vuelvo más.

Lennon tenía razón

“Lennon” es una discoteca única, peculiar e inconfundible de Cobija. Y al mismo tiempo, es uno de los lugares más democráticos del país. En ese espacio físico conviven personas y personajes a quienes sería imposible ver reunidos en otros ámbitos. Repartidos a lo largo del recinto, se ubican ganaderos, comerciantes, travestis, homosexuales, traficantes, políticos trasnochados, brasileños que llegan el fin de semana en busca de diversión y esparcimiento, prostitutas y turistas ocasionales. Todas y todos conviviendo bajo un mismo techo, intercambiando convencionalismos sociales y destruyendo barreras artificiales —con el alcohol como detonante— para edificar un complejo sistema social que le permite a cada uno existir sin lastimar o humillar al otro.

En ese lugar se encontraron, seguramente, Ignacio y Prudencio cuando se dieron sus primeros besos en público. Acompañados por sus compañeros de la universidad, amigos cercanos, pudieron expresarse su cariño sin temor a la reprimenda, la censura o la violencia. Cada uno experimentando esa libertad ficticia que brindan los lugares como esos, explorando sus límites entre el alcohol y la pasión desmedida. Bailando toda la noche, saltando, sudando, abrazándose, riendo a carcajadas de tanta felicidad.

Allí también iba Juan Espinoza a beber. Se emborrachaba con sus amigos, y antes del amanecer salía con alguna meretriz rumbo al hostel barato en que se alojaba los pocos días que permanecía en Cobija. Cada visita era lo mismo, y en cada ocasión era una mujer distinta. A veces llegaba acompañado, y otras veces se enganchaba con la primera que accediera a recibir los pocos billetes que había ganado en el jornal del día anterior. Quizás allí fue donde se infectó con el VIH, aunque ahora ya no le importe quién lo haya contagiado. Su vida va y viene sin cesar, según el curso del río que sigue, buscando a su familia.

La hija de Amanda estuvo sentada en una de las esquinas más oscuras de “Lennon”. Allí la acompañaba su novia, con la que llevaba diez años de

relación a escondidas. Era su colega en la misma escuela en la que ambas trabajaban como maestras de primaria. Vivían en la misma casa, pero no compartían habitación. Al menos eso es lo que pensaba la gente. Con la sospecha siempre latente de que su hija sea lesbiana, Amanda vive y sufre cada noche cuando se imagina a su hija entre las piernas de otra mujer.

Cobija es la ciudad de Bolivia más amigable para las diversidades sexuales.

—Aquí nunca hemos tenido problemas—dice Alcides, activista pandino LGBT—. La gente nos trata bien, y que yo recuerde, no ha habido algún caso de violencia o asesinato a homosexuales o travestis—añade.

Alcides cuenta que, además, dos compañeras travestis trabajan en el Gobierno Municipal de Cobija, adonde asisten vestidas de acuerdo a su identidad de género.

—Esa fue una gran señal que tuvieron en la Alcaldía—comenta—. Que dos travestis trabajen sin que se les obligue a usar pantalones. Mucha gente aplaudió la medida, pero otras personas no estuvieron de acuerdo. Igual, ellas siguen trabajando y son un ejemplo para todas y todos.

También me dice que muchos brasileños de varios pueblos pequeños del vecino país cruzan la frontera para llegar hasta la discoteca.

—Allá los reprimen y aquí, como es ciudad fronteriza y hay mucha gente que va y viene, pueden camuflarse mejor—continúa, y agrega— hay muchos brasileños lindísimos, que en su pueblo tienen corteja, pero aquí vienen a buscarnos porque en realidad son homosexuales.

Quizá Lennon tenía razón. En esa discoteca que lleva su nombre, incluso con las cosas sórdidas que pasan en ella, con los excesos en el consumo de alcohol y drogas y la impostura que allí se levanta impune, es posible la existencia de un espacio para la convivencia entre distintos, en donde se respeten las diferencias, los gustos y hasta los vicios.

Imagine all the people living for today. / Imagine there's no country,
it isn't hard to do. / Nothing to kill or die for, and no religion too. /
Imagine all the people, / living life in peace...⁴⁴

44 [Imagina a toda la gente viviendo el hoy / Imagina que no hay países, no es difícil de hacer. / Nada para matar o morir, tampoco religión. / Imagina a toda la gente viviendo la vida en paz] (John Lennon, "Imagine", 1971).



La Madonna de Sorata

La última noche

La primera noche que la Madonna de Sorata salió a trabajar como prostituta fue la última de su vida. Como casi todas las muertes, ésta también llegó de improviso, justo en el momento en el que ella, delicada mariposa aymara, estaba desplegando sus alas.

Después de haber conseguido los contactos necesarios y de haber pasado las pruebas que sus nuevas compañeras le impusieron, la Madonna se sentía lista para enfrentar la vida y ganarse el pan de cada día trabajando con su cuerpo. Eran unas siete mujeres que habían conseguido una casita en alquiler en Villa Alemania, en la ciudad de El Alto. Allí vivían, cocinaban, dormían, lavaban su ropa y compartían panes, penas y alegrías. Por las noches, algunas veces en grupo, salían a recorrer las frías calles de esa ciudad que en menos de 30 años llegaría a tener un millón de habitantes⁴⁵. En muchas esquinas las esperaban, también en bares de mala muerte,

45 Producto de las migraciones de 1932 (luego de la Guerra del Chaco), de 1952 (la Revolución de Abril) y de 1985 (con la relocalización de mineros), nace este asentamiento urbano, que por Ley 1014 fue elevado a rango de ciudad el 26 de septiembre de 1988.

o directamente en lenocinios donde trabajaban de manera eventual, exponiéndose a todos los peligros de un trabajo como ese⁴⁶.

La Madonna llegó a esa casa en enero de 1991. Su llegada determinó un cambio en el grupo, que para entonces terminaba de formarse y, casi a la fuerza, terminó siendo aceptada. Algunas de las mujeres tenían reparos, la miraban con cierto desprecio y desconfianza y la trataban con desdén. Pero Sor Juana, la más vieja y “fundadora” del grupo, no se hizo ningún problema por el pequeño detalle de que la Madonna era, biológicamente, un hombre.

De ese modo comenzó una relación difícil, que poco a poco se fue llenando con esa fraternidad que solamente las almas sufridas y decididas pueden sostener. El grupo se hizo fuerte. Comenzaron a comprar cosas para la casa comunitaria, iban al mercadito del sur a aprovisionarse de alimentos, y lavaban la ropa escuchando Radio Pachamama, 106 FM. Por esos días, la Madonna solo cocinaba y no le era permitido salir con sus compañeras a la calle.

— Es muy peligroso —le decía la Loba, mujer treintañera a la que le faltaban dos dientes.

— No tienes edad para estas cosas —le reprochaba la LadyDi, famosa en el ambiente por haber derribado a un policía de un puñetazo.

— Ya te vamos a enseñar a trabajar y cuál es la mejor manera de tratar a los hombres —la tranquilizaba Sor Juana, su mentora y protectora, quien además encabezaría, años más tarde, la famosa “huelga de las putas” en El Alto⁴⁷.

Así que la Madonna se quedaba todo el día realizando trabajos domésticos, sabiendo que la comida y el abrigo no le iban a faltar, y que estaba rodeada de mujeres que la apreciaban y la cuidaban.

46 Según la Organización Internacional de Migración (OIM), se estima que en las ciudades de La Paz y El Alto una de cada tres mujeres dedicadas al trabajo sexual ha sufrido condiciones de explotación alguna vez en su vida. (Periódico *Cambio*, 11/04/2011)

47 “La ciudad de El Alto quedó semiparalizada en octubre de 2007, porque decenas de prostitutas y dueños de centros de diversión están en huelga de hambre exigiendo garantías para su trabajo.” (BBC Mundo, 24/10/2007)

Así pasaron algunos meses. La Madonna se esforzaba por cumplir con las tareas que sus “hermanas mayores” le asignaban cada jornada. Algunas veces le dejaban lecciones que debía aprender a la fuerza. Como la vez que se olvidó de asegurar la puerta de la calle luego de la Loba llegó borracha y con la nariz sangrando por haberse peleado con unos borrachos en La Ceja. Fue amonestada con severidad, y se le hizo saber que parte de su trabajo en la casa tenía que ver con la seguridad. Debía prestar más atención, ya que era la única que no consumía “pastillitas”, como le decían a la droga, ni bebía y, según creían las demás, tampoco tenía amigas o novio.

Algunas veces, en la soledad de los fines de semana, cuando la programación local de la televisión la cansaba, la Madonna salía un rato al patio y comenzaba a llorar en silencio, mirando las brillantes estrellas de ese gélido Altiplano que eran como el reflejo de su alma. Por momentos recordaba aquellos días cuando vivía en Sorata, cuando su madre estaba viva, cuando su destino se estaba escribiendo. Tres años habían pasado desde que decidió salir de su pueblo, abandonar lo que le quedaba de familia y buscarse la vida. Seis desde que se enamoró de Jean-Luc, o más bien, desde que él la enamoró. Nueve desde que se puso por primera vez la pollera de su mamá y se miró sonriente frente al espejo. Veintiuno desde que llegó al mundo dispuesta a abrirse espacio a como dé lugar.

Eran tiempos difíciles. La economía nacional tambaleaba en medio de una democracia amateur que poco o nada podía hacer para satisfacer las necesidades de la población. La época de golpes de Estado y militares en las calles había pasado, pero la incertidumbre y la crisis social aún continuaban, intactas, como una enfermedad terminal que siempre anuncia una muerte súbita a la vuelta de la esquina. Sin embargo, la vida nocturna y los excesos cometidos en casitas de barrios mal iluminados de El Alto, en esquinas marcadas por la carestía, brindaban ciertos beneficios a las mujeres como ella, como sus “hermanas”, que estaban dispuestas a hacer cualquier cosa. Instinto de supervivencia, le dicen.

Un poco antes de las fiestas patrias, y con la clientela aumentando significativamente, la Madonna de Sorata fue entrenada hábilmente por sus compañeras, pues en el mes de agosto haría su gran debut. Le contaron los secretos y las debilidades de los hombres, que habían descubierto en su trabajo de cada noche. La Madonna prestó mucha atención a cada palabra

que le decían, a cada truco que le enseñaban, a cada maniobra que debía ejecutar.

Primero había que emborracharlos, luego jugar con ellos. Lo importante era que ella no bebiera. Tenía que cuidarse. No beber mucho. No probar sustancias extrañas y, por nada del mundo, dejar que se escape ningún hombre. Si el cliente se emborrachaba mucho o se dormía, había que revisar sus bolsillos, pues seguramente tendría algo de valor. Si se ponía violento, había que salir corriendo o pedir ayuda a gritos, de ser necesario. Si estaba demasiado hediondo y sucio, había que masturbarlo con la mano y evitar ser penetrada. En esos casos, había que evitar a toda costa el sexo oral; un pene sucio o infectado podía ser más peligroso que la cocaína o que algunos puñetazos.

La Madonna escuchaba atenta las indicaciones, las instrucciones para trabajar en ese oficio que tanto le llamaba la atención. De rato en rato soltaba una carcajada, oyendo las anécdotas y las historias hilarantes de sus compañeras que, a esas alturas, ya se tomaban su pasado y su presente con cierto sentido del humor. Toda esa noche, en la que ninguna salió a trabajar, fue dedicada a su preparación. El siguiente sábado saldría por primera vez.

— Pero, qué pasará con... —preguntó un poco nerviosa la Madonna—, ya saben... con mi verga.

— No te preocupes —dijo la Loba—. Nosotras te vamos a ayudar con eso. La vamos a esconder bien. Además, algunos estarán tan borrachos que ni cuenta se darán —añadió sonriendo pícaramente.

— Además —interrumpió Sor Juana— hay muchos hombres que quieren que se la metan.

— Sí —añadió la Betty—, a mí me han tocado un par de maricones. Hay muchos. Así que trabajo no te va a faltar.

La Madonna se quedó tranquila. Seguía nerviosa pero se sentía un poco más segura. Y durante los días siguientes se dedicó a buscar ropa, maquillaje y extensiones de trenzas para su cabello. Una cosa les había dicho: saldría con polleras. Ella era una mujer aymara, heredera de la gracia de los tiempos antiguos, y quería, aunque sea en la vestimenta, rendir tributo a su pasado. Nadie se pronunció en contra; por el contrario, la felicitaron por su decisión. Eso la haría aún más exótica, más llamativa, más deseada.



ABC 02
2-14

Pasó la semana concentrada en sus rutinas y ajetreos, y al acercarse el sábado, la Madonna sintió una opresión en el pecho. Una especie de vacío que la inundaba, que la enmudecía, que la hacía temblar. No le dio mucha importancia. Seguramente eran los nervios de primeriza, la angustia y el temor por tener que salir a buscarse la vida en la calle, en las heladas noches de El Alto. Las otras chicas trataban de comprenderla. Algunos días la animaban, otros le gastaba bromas o le hablaban fuerte, como obligándola a que tomara valor y enfrentara su destino. La Madonna estaba segura. Pero en el fondo, muy en el fondo de su corazón, una espina no la dejaba dormir tranquila.

El sábado por la mañana se despertó antes del alba. Salió a caminar al patio, aún cubierto por la escarcha del invierno, y se dio a sí misma algunas palabras de aliento. Se quedó en silencio. Y también le ordenó callar a su corazón. Esa noche era la primera de su nueva vida, y estaba dispuesta a disfrutarla.

Antes de que cayera el sol, la Madonna de Sorata estaba vestida con unas polleras brillantes, con llamativos adornos plateados, trenzas negras y largas hasta más abajo de la cintura, su sombrero negro y sus ojos danzantes. El grupo de chicas hizo una ronda a su alrededor y juntas elevaron una plegaria a Santa Nefija, la patrona de las putas⁴⁸. Sor Juana, la única del grupo que había viajado al exterior, había aprendido el ritual en España, donde se inició en el oficio cuando joven. Al terminar la oración se retiraron y la Madonna quedó sola en medio de la habitación. Con los ojos cerrados, suspiró profundamente y salió a la calle.

Caminó un par de cuadras, tomó un taxi y pidió que la llevara hasta la avenida Juan Pablo II, donde una de las chicas la esperaría con su primer cliente. Sacó de su cartera un pequeño espejo para retocarse el maquillaje, cuando de reojo vio la silueta de un hombre que se incorporaba detrás de

48 Encontramos referencias a esta santa y sus “virtudes” en *La lozana andaluza*, de Francisco Delicado, y en *Ragionamenti*, de Pietro Aretino, como Nafissa; en *Descripción de África*, de León el Africano, como Nafisa, y en el texto *Quevedo en la Nueva España*, de la Universidad Nacional Autónoma de México (algo diferente en este último: “Santa Nefija y doña Urraca daban limosna de su cuerpo; a los moros por dinero, a los cristianos de balde”) [Fuente: <http://historiasdelahistoria.com/2010/04/27/la-patrona-de-las-putas>]

ella. Había estado oculto en el maletero. No pudo reaccionar. Sus ojos se fueron cerrando lentamente, mientras la sogá se hundía en su cuello, y el vehículo se perdía en alguna oscura calle sin nombre.

El primer día

Rodolfo Quispe nació a las diez de la mañana en el cuartito de empleada donde su mamá vivió por treinta años. No lloró, pero tanto a la partera como a doña Eugenia les sorprendió la cálida y minúscula sonrisa que se dibujaba sobre su rostro. Llegó al mundo para sonreír. Y así lo hizo durante los veintiún años que vivió.

Su niñez transcurrió con la normalidad con la que los niños crecen y se educan en el campo. Desde los cinco años ayudó a su madre en los quehaceres de la casa de los Rosales, una de las familias más acaudaladas de La Paz, que tenían esa propiedad que visitaban unas cuantas veces al año. Nunca los trataron mal ni a él ni a doña Eugenia, pero siempre los limitaron en varios aspectos. Por ejemplo, Rodolfo no entró a la escuela sino hasta los ocho años, porque en la casa decían que no era necesario, que era preferible que aprendiera labores del campo, que era adonde estaba encaminada su vida. Rodolfo lloró tanto una noche que al día siguiente su madre lo llevó a la parroquia y, con la ayuda del padre Quintana, logró inscribirlo en la escuelita del pueblo. Desde ese día Rodolfo comenzó a demostrar su inteligencia, creatividad y ganas de superación, mientras aprendía y preguntaba sin cesar.

Entre sus actividades cotidianas, Rodolfo cosechaba mandarinas de la huerta de los patrones, y las llevaba al mercado para venderlas. Con ese dinero se compraba un poco de ropa y el resto lo guardaba en una cajita. Pensaba usarlo más adelante, aunque aún no sabía exactamente en qué. Era bajo de estatura y más bien rellenito, de ojos pequeños y sonrisa amplia. Su cabello lacio y negro le caía sobre la frente casi hasta cubrirle los ojos. Siempre se vestía con colores opacos. Tenía dos pantalones negros y un par de chompas tejidas por una tía.

Rodolfo no necesitaba nada más. Tenía el cariño de su madre y una extraña convicción de estar viviendo una vida plena. Era un niño feliz. Por las tardes, después de salir de la escuela, caminaba sin rumbo por los

cerritos que rodean Sorata y se dejaba llevar por su imaginación. Volaba por sobre los árboles, se convertía en una rana y saltaba de piedra en piedra; o simplemente se volvía hoja de eucalipto y flotaba en el viento. Con el imponente Illampu⁴⁹ cuidando su almita, se sentía libre, auténticamente libre. Por las noches, ya encaminado a los brazos de su madre, imaginaba las estrellas brillantes del cielo como una manta infinita de luciérnagas que lo cubrían y protegían.

Pero a los doce años comenzó dentro de él una serie de eventos vertiginosos que lo llevarían, años más tarde, a convertirse en una chola aymara hermosa y coqueta. Una tarde, mientras recogía la ropa que había ayudado a lavar a su madre el día anterior, encontró una de las polleras que doña Eugenia había usado en la misa del domingo. La llevó a su cuarto, cerró la puerta, y frente al espejo se ensayó la prenda que aún olía a jabón blanco. Se sintió cómodo. Dio algunas vueltas sobre sí mismo, y luego soltó una carcajada.

En ese instante se activó dentro de él otro mecanismo, y de inmediato cambió su expresión. Borró la sonrisa de su cara y guardó la pollera de su madre en el cajón del ropero. Muchos meses pasaron hasta que nuevamente se animó a reflexionar acerca de lo que había hecho. Pero desde esa tarde Rodolfo nunca volvió a ser el mismo. Se convirtió en un adolescente silencioso, y su carácter extrovertido se vio opacado de pronto por una personalidad retraída.

El colegio, donde hasta entonces había destacado como buen alumno, se fue convirtiendo poco a poco en una especie de prisión. Rodolfo se sentía incomprendido, siempre le faltaba una palabra o le sobraba una falsa sonrisa. No supo tener novia, y su círculo de amigos se limitó al protocolo que exigía la institución. Lentamente se iba transformando en alguien que no quería ser. O más bien, lentamente abandonaba la batalla por vivir su vida, y se dejaba arrastrar por la inercia de la sociedad, esa sociedad en donde no terminaba de encajar.

49 El nevado Illampu, también conocido como nevado de Sorata por su proximidad a este pueblo, es una montaña de la Cordillera Oriental de los Andes. Con una superficie de unos 200 km², se eleva hasta 6.485 msnm.

Rodolfo fue entendiendo, a su modo, lo que le pasaba por dentro. Ese volcán que amenazaba con hacer erupción en cualquier momento y que él, inútilmente, trataba de aplacar. Lo supo un mañana, aquella mañana del primer día que se asumió como mujer. No podía hacer nada más que aceptarlo.

Mientras crecía, la relación con su entorno se fue haciendo cada vez más difícil. Sus compañeros lo acosaban demasiado y sus vecinos lo miraban con un morbo sospechoso. Por último su madre, quien ya lo trataba con cierto desdén, cayó enferma y quedó postrada en su cama. Rodolfo supo entonces que el dolor y la tristeza también podían ser parte de su vida. Así transcurrieron sus días, entre las montañas en donde era libre y feliz y la realidad que lo amenazaba inmisericorde.

Hasta que una noche en la plaza principal, mientras volvía a su casa, lo vio por primera vez.

El último día

Se llamaba Jean-Luc y tenía 26 años. Llegó a Sorata en invierno y decidió quedarse allí por un tiempo. Sus padres le habían obsequiado un viaje por Sudamérica como recompensa por su alto rendimiento en la Sorbona, de donde se graduó con honores. Hasta ese momento había visitado la Patagonia, Machu Picchu, las Islas Galápagos, el Lago Titicaca y una larga lista de sitios turísticos donde los franceses mochileros y adinerados como él viajaban frecuentemente. Escapando, quizás, del decadente mundo europeo y de las inminentes obligaciones laborales que pronto tendría que asumir, Jean-Luc decidió quedarse un rato en tierras bolivianas.

En los años noventa, Sorata⁵⁰ aún no era un destino turístico popular⁵¹ pero siempre llegaba alguien en busca de un sitio para descansar y aprender

50 Sorata (2.695 msnm) tiene un origen colonial. Fue fundada por españoles para que sirviera de parada en el viaje a la región aurífera de Pelehuco y Tipuani. En el siglo XVIII fue atacada y destruida por la sublevación india liderada por el sobrino de Túpac Amaru, Andrés Túpac Amaru, en la que murieron la mayor parte de los españoles que vivían allí.

51 La actividad principal la constituye el turismo de aventura y de montaña. La geografía de Sorata permite practicar la escalada de rocas, el *canoeing*, el ciclismo de montaña, la pesca deportiva de truchas, la fotografía y caminatas por la región.

más sobre la cultura boliviana. Ya por entonces varios europeos habían comprado propiedades, construido hoteles y abierto restaurantes en los alrededores del pueblito. Jean-Luc llegó precisamente a uno de esos, recomendado por un amigo de su padre, quien desde Francia le hizo la reserva y pagó por adelantado un año de alojamiento.

Desde su llegada, el joven mochilero francés se dedicó a intentar comunicarse con su precario castellano, a conocer las costumbres de los indígenas y a estudiar la historia de Bolivia. No podía con su carácter. Tenía que aprender y saber lo más posible del lugar en donde se encontrara. Hizo varios amigos y hasta tuvo un par de novias lugareñas. Nada serio. Todo a la manera europea: típicos pantalones de tela multicolor, una chompa de lana de alpaca que se compró en La Paz y unos botines que parecían haber sobrevivido a la II Guerra Mundial. Con su extrema delgadez, sus casi dos metros de altura, sus gruesos anteojos y su cabellera pelirroja, Jean-Luc trataba inútilmente de camuflarse, logrando más bien el efecto contrario. “El gringo flaco” era el apodo que le habían dado en el pueblo y en algunas comunidades que había visitado.

Cada viernes se sentaba en el lado sur de la plaza y se quedaba mirando el Illampu, ese majestuoso nevado lejano que contrastaba con el calor y la vegetación que lo rodeaban. Se sentía hipnotizado, atraído y delicadamente encadenado a esa tierra desconocida, a la que poco a poco comenzaba a querer. Paulatinamente el eco de los trenes, los aviones, el tráfico y la irritante voz de su madre fueron desapareciendo. Estaba encontrando la paz que alguna vez imaginó.

Una tarde, mientras caía el sol, la mirada de Jean-Luc encontró los ojos color café más lindos que recordaba haber visto. Eran de un muchacho que caminaba despacio, como arrastrando los pies, como acariciando la tierra por la que se desplazaba. Sus miradas se cruzaron por un instante. Y desde ese momento, sus vidas comenzaron a enredarse.

Casi premeditadamente, Jean-Luc volvió durante los siguientes viernes a sentarse en el mismo lugar y a la misma hora. Sus ojos saludaban a los del muchacho, y antes de que por fin se animase a hablarle, las sonrisas ya se habían hecho habituales. Jean-Luc había tenido pocas relaciones sentimentales en su vida. Era de esos hombres a los que no les importaba el sexo, o el color, o la vestimenta de las demás personas. En la Sorbona

mantuvo un *affaire* con uno de sus compañeros. Tuvieron un romance apacible y memorable. Luego se enamoró de una diseñadora de modas, pero la relación no prosperó y rompieron a los pocos meses. Nunca se sintió más atraído por las mujeres que por los hombres. Nunca se imaginó tener que decidir entre uno u otro. Simplemente se enamoraba. Y así era feliz.

Sus primeros paseos fueron por el río. Los sábados por la tarde se escabullían y se encontraban en la junta norte del río Sorata, debajo del puente viejo. Desde allí caminaban por la ribera, contándose sus vidas y regalándose sonrisas. Una incipiente amistad los unía y los estrechaba, como la nieve cuando cae lentamente sobre las piedras.

Conversaron, compartieron sus sueños y construyeron juntos una relación que sabían que no duraría, pero que sí valía la pena. Jean-Luc casi nunca paraba de hablar, de hacer preguntas, de buscar respuestas. Rodolfo, por el contrario, casi siempre asentía con una sonrisa, trataba de explicarle por qué la Pachamama⁵² era tan importante para su gente, por qué las frutas se vendían mejor en la ciudad y por qué él era como era. Muchas veces se enfrascaban en discusiones sin sentido, en comparaciones absurdas, pero terminaban la confrontación con algún chiste o con un chisme del pueblo.

Tiempo después, en medio de sus habituales caminatas, sintieron una extraña presencia. Al principio no le dieron ninguna importancia, pero luego entendieron que estaban siendo vigilados, cuando no perseguidos en secreto. Si bien su relación no se había consumado, prefirieron evitar comentarios y chismorreos entre sus conocidos que pudieran afectar sus relaciones con la comunidad. Decidieron entonces establecer una serie de pautas y reglas que los alejaría de esos ojos inquietos que a toda costa querían encontrarlos “pecando”.

De ese modo eligieron un lugar perfecto para sus encuentros. La Cueva de San Pedro⁵³, esa gruta en las afueras de Sorata que albergaba murciélagos y que casi nadie visitaba. Allí se encontraban los domingos, día en el que la mayoría de los comunarios estaba en el mercado, o en algún

52 Madre Tierra.

53 Inmensa caverna natural situada a unos 10 km de Sorata. Está habitada por tres variedades diferentes de murciélagos. Posee un pequeño lago interior, y una visita de 40 minutos permite internarse casi 2 km dentro de la montaña de roca blanca. Hoy es un destino obligatorio para los turistas.

festival o feria que llegaba al pueblo. Siempre se quedaban vigilando por un tiempo hasta estar seguros de que nadie los había seguido. Luego inspeccionaban la cueva y confirmaban que estuviese vacía. Solo entonces se sentaban tranquilos, sacaban algunas frutas que llevaban para comer y se ponían cómodos. Alguna vez se encontraron con un par de borrachos, a los que supieron despistar fingiendo que ellos también estaban bebiendo. Pocos sobresaltos ocurrieron mientras disfrutaron ese pedacito de cielo que supieron construir debajo de aquella montaña.

Mientras pasaba el tiempo y afianzaban esos lazos invisibles de un amor poco convencional, sus conversaciones comenzaron a tomar giros impredecibles, sabiendo que, en el fondo, estaban permitiéndose acercarse al otro. Jean-Luc había aprendido mucho sobre pintura europea y tenía una especial inclinación por el Renacimiento y por pintores como Tiziano, Da Vinci, Permgianino o Tintoretto. Así, Rodolfo fue aprendiendo poco a poco sobre la composición, la perspectiva, la anatomía y sobre todo la morbidez de la belleza exterior física plasmada en los cuadros que veía, en miniatura, en ese librito que Jean-Luc le mostraba cada vez que se encontraban. Sus miedos o esa irrefrenable sensación de querer esconderse todo el tiempo iban desapareciendo paulatinamente. Jean-Luc le habló del cuerpo humano, de la belleza que posee sin importar el color o el sexo. Le hizo entender que la ropa no importaba y que lo esencial es lo que estaba dentro, en el corazón, en su corazón. Rodolfo escuchaba y como una esponja iba absorbiendo esas palabras pronunciadas con ese acento francés que lo enamoraba irremediabilmente.

Una noche, Rodolfo le confesó su secreto. Le dijo lo que él mismo se había estado negando. Era una mujer, se sentía como una mujer, y no sabía, o no entendía, cómo hacer para seguir viviendo con eso.

— Hay algo que tengo que contarte —dijo, mientras de sus ojos brotaban las primeras lágrimas.

— Lo que sea. Yo te escucho —respondió Jean-Luc y dejó de hacer lo que estaba haciendo.

— En realidad yo no soy esto que ves. Yo soy distinto —le dijo, como pidiendo disculpas anticipadamente.

— ¿Estás bien? —preguntó, algo preocupado, Jean-Luc.

— Yo, en realidad... soy una mujer —dijo Rodolfo, y rompió en llanto.

— ¿Y eso qué tiene de malo? ¿Por qué lloras? —Luc hablaba con serenidad, con seguridad.

— Porque me siento mal. No sé qué hacer —dijo Rodolfo, secándose las lágrimas con el brazo derecho.

— Al menos tú sabes lo que eres. Eso es importante —afirmó Jean-Luc enérgicamente, y dio por finalizada la conversación.

Rodolfo siguió llorando, pero no de tristeza. Sentía que se había sacado un peso de encima, que alguien más podía escuchar ese pensamiento que le taladraba la cabeza todas las noches, alguien que no pretendía juzgarlo ni hacerle daño por eso. En un arranque de súbita confianza, esa que se había construido en silencio durante todos esos meses, Rodolfo se acercó a Jean-Luc y por primera vez se besaron en la oscuridad de aquella cueva, con los murciélagos como testigos desde ese oscuro firmamento cavernoso, y la luz de la vela que poco a poco se iba extinguiendo.

Las noches de domingo se convirtieron de a poco en un colorido desfile de modas. Las polleras que Jean-Luc conseguía o se prestaba, los vestidos que traía de La Paz en alguno de sus viajes esporádicos, lucían en el cuerpo de Rodolfo como una flor en plena primavera. Juntos hicieron trenzas negras con retazos de telas que encontraron regadas en las afueras del cementerio, luego de las festividades de Todos Santos. Zapatos plateados, una blusa carmesí y un sombrero café. Rodolfo se estaba transformando lentamente en esa chola sensual a la que tanto había soñado parecerse. Su miedo a la vida había desaparecido.

Una noche, ya cerca del invierno, Jean-Luc le regaló un atuendo diferente. Era un vestido negro con una mantilla azul de bordes tejidos a mano y unas perlititas plateadas en las puntas. Rodolfo se lo puso de inmediato y se paró frente a él. Cuando Jean-Luc lo vio, se le humedecieron los ojos y se quedó ahí, parado, petrificado, extasiado, sin decir una sola palabra. Se acercó y levantó lentamente la mantilla hasta cubrirle la frente.

— Eres como una virgen —dijo Jean-Luc, en su cadencioso castellano con acento francés.

— Es que soy virgen —afirmó Rodolfo.

— Como la virgen Dreyfus —dijo cerrando los ojos y besándola inmediatamente.

Rodolfo se quedó callado por unos minutos.

— ¿Y era bonita? —preguntó tímidamente.

— No más que tú —le respondió Jean-Luc, acariciándole suavemente el pelo.

Esa noche durmieron en la cueva. Abrazados, tratando de calentarse entre sí, los encontró la madrugada del último día que estarían juntos.

La primera noche

Doña Eugenia había estado enferma por casi seis meses seguidos. Los doctores del pueblo nunca hicieron un diagnóstico definitivo, y solo se limitaron a tratarla con aspirinas para el fuerte dolor de cabeza que la aquejaba constantemente. Postrada por la dolencia que le impedía moverse y a veces hasta articular palabras o pensar con claridad, quedó confinada a su cama bajo el cuidado de Celia, su hija mayor. Los Rosales, un poco por compasión, otro poco por gratitud, no la despidieron ni le pidieron que desocupara su casa. La ayudaban cuanto podían y hasta le compraron algunos medicamentos. Celia, que se había separado recientemente de su marido, trabajaba en las mañanas como maestra en la última escuelita de San Pedro, a donde iba y regresaba caminando todos los días. Con el dinero que recibía mantenía a su madre, a Rodolfo, su hermano menor, y a su pequeña hija de apenas seis meses. Nunca contó por qué realmente se había separado, pero corría el rumor de que abandonó a su marido por los malos tratos que recibía constantemente.

Rodolfo sufrió mucho cuando su madre enfermó. No por la enfermedad, sino por la impotencia que sentía al no poder ayudarla de ningún modo. Pasaba las noches a su lado, contándole lo que le había sucedido en el día, en el colegio, con sus compañeros. Pero no recibía respuesta alguna. Doña Eugenia lo miraba intranquila, como queriendo decirle algo que no conseguía articular. Él no podía concentrarse en sus estudios, se deprimía fácilmente, y poco a poco iba abstrayéndose aún más. Sus conflictos internos, la deteriorada salud de su madre y la etapa de crecimiento en que

se encontraba eran motivos suficientes para que se pusiera triste. Por las tardes salía a caminar sin rumbo, pero ya había perdido esa sonrisa que de niño brotaba tan espontáneamente.

Cuando conoció a Jean-Luc su mundo volvió a tener colores. Él lo sacó de la monotonía y la tristeza en la que se hallaba. Por él pudo escapar de sus problemas y pensar en su futuro. Gracias a él decidió formarse y prepararse para la vida. Encontró el valor para asumirse como mujer y comenzar a construir su identidad. El romance que vivieron juntos, casi idílico, casi imposible, fue el detonante que cambió sus vidas para siempre. Especialmente la de Rodolfo, que nunca más sería el mismo después de Jean-Luc.

Celia, por el contrario, estaba contenta, casi feliz de comenzar una nueva vida lejos de su marido, al lado de su madre y de su pequeña hija. Tomó la decisión de abandonar a su esposo después del primer golpe. “Si le perdonas, te seguiré pegando”, le dijo su madre en una carta. Celia no lo dudó. Se escapó de su casa en Villa Fátima, en La Paz, a medianoche, mientras el padre de su hija dormía la borrachera. Llegó a Sorata sin dar explicaciones, pero doña Eugenia sabía lo que había pasado. Ella había educado bien a su hija. Por eso estaba orgullosa y feliz de tenerla a su lado. Cuando quiso decírselo, cayó enferma, presa de esos extraños dolores de cabeza. Solamente con la mirada podía decirle a su hija que estaba feliz de que se hubiera hecho respetar como mujer.

Rodolfo comenzó a alejarse de ella porque, aparte de sentirse inútil, entendió que su hermana podía hacer más por su madre que él. Con Jean-Luc se olvidaba, al menos por un rato, de todo lo malo que le sucedía, y se concentraba en sí mismo, independientemente de si eso le parecía egoísta o no. A medida que conocía a Jean-Luc, Rodolfo comenzaba a sentirse más seguro de sí mismo. Su inquietud interior disminuyó considerablemente y hasta volvió a reír como antes.

Celia había escuchado algunos chismes acerca de su hermano. Un par de comentarios lo ligaban afectivamente con “el gringo flaco” con el que algunas veces lo había visto conversar en la plaza. Al principio no le dio importancia, pero algunas noches dejaba volar su imaginación y se sentía triste. Estaba un poco decepcionada, pero sobre todo confundida.

Al cabo de algunas semanas de darle vueltas al asunto, decidió seguir a su hermano. Él siempre caminaba solo, se perdía en las montañas y volvía casi entrada la noche. Arregló todo para que su madre esté bien y comenzó a caminar, a una distancia prudente, detrás de Rodolfo. Descubrió y constató, varias veces, que efectivamente sí se encontraba con ese forastero. Desde una de las montañas laterales, los vio caminar juntos en varias ocasiones. Conversaban, parecía que reían, pero nada más. Ella esperaba otra cosa.

Enojada consigo misma por desconfiar y pensar mal de su hermanito, decidió abandonar tal empresa y dedicarse al cuidado de su madre y de su hija. Nunca más tocó el tema ni le dijo nada a Rodolfo. Ni cuando su madre murió, inesperadamente, una noche de lluvia y frío. Los dos la enterraron, pero lloraron por separado. Los unía el amor hacia ella, que ya estaba muerta. Los separaba la realidad, en la que tenían que vivir juntos.

Inesperadamente, Jean-Luc recibió una carta desde París. Su padre estaba enfermo y podía morir en cualquier momento. Tenía que volver. Tomó la decisión inmediatamente, sin decírselo a Rodolfo. Alistó maletas y salió a buscar transporte. En la plaza se encontraron. Al ver su cara, Rodolfo confirmó el presentimiento que tenía desde la noche anterior. No dijo nada y lo acompañó, pero no lo dejó irse solo y también se subió al bus. A esa altura, cualquier palabra sobraba ya que su relación se había transformado en sentimientos compartidos por medio de gestos, miradas y ademanes que únicamente conocían ellos dos. No se dijeron nada hasta llegar al Aeropuerto de El Alto. La despedida era inminente, y aunque ambos estaban preparados, esa separación habría de marcarlos una vez más.

— Hasta aquí llegamos —dijo Jean-Luc, antes de abordar el avión.

— Quisiera ir contigo —contestó Rodolfo.

— Aunque pudieras, y aunque yo pudiera, no podría ser —le respondió.

— No vas a volver, ¿no? —interrogó Rodolfo con la cabeza agachada.

— Tú tampoco —le aseguró Jean-Luc, con su sonrisa ladeada y picarona.

Se dieron la mano y ambos comenzaron a caminar en sentido contrario. Pequeñas lágrimas comenzaron a inundar sus ojos, aquellos que ya nunca más volverían a encontrarse.

Rodolfo se quedó afuera del aeropuerto. Escuchó el avión despegar y lloró tan intensamente, tan desmedidamente, que algunas personas que pasaban por el lugar se asustaron y quisieron ayudarlo. Pero Rodolfo se negó y quiso estar solo. Cuando cayó la noche, esa primera noche en la que por fin decidiría desde el fondo de su corazón asumirse como mujer, salió caminando hasta la avenida. Hizo parar un taxi y subió. El vehículo partió por unas callecitas mal iluminadas, tratando de esquivar el congestionamiento de la avenida principal.

— ¿A dónde lo llevo, caballero? —preguntó cortésmente el taxista.

— Al cementerio, y no me diga caballero, soy mujer —respondió enojado Rodolfo.

— ¿Mujer?, pero parece hombrecito —replicó el chofer.

— No crea en todo lo que ve. Yo soy mujer.

— ¿Ah sí? ¿Y cómo se llama, “señorita”?

— Madonna.

— ¿Como la cantante?

— No, como la virgen.

Bibliografía

APG – Asamblea del Pueblo Guaraní 2008. *Plan de Vida Guaraní*. Territorio Guaraní, Bolivia.

Colectivo Rebeldía 2012. “Diversidades sexuales y de género en pueblos indígenas del oriente boliviano (Ayoreo, Guarayo y Chiquitano)”. (En prensa.)

Levy, Ayda 2012 *El rey de la cocaína. Mi vida con Roberto Suárez Gómez y el nacimiento del primer narcoestado*. Buenos Aires: Penguin Random House Grupo Editorial Argentina.

Mesa Gisbert. Carlos D. 2013. *La sirena y el charango. Ensayo sobre el mestizaje*. La Paz: Editorial Gisbert.

MOCUSABOL – Movimiento Cultural Saya Afroboliviano 2003. Boletín *Fortalecimiento del movimiento cultural saya afroboliviano en la sociedad civil*. La Paz: MOCUSABOL.

Pifarré, Francisco 1989. “Historia de un Pueblo. Los Guaraní-Chiriguano”, en CIPCA, *Cuadernos de Investigación* 31.

Puig Borrás, Cristina 2004. *Pueblos indígenas, ITS, VIH y SIDA. Infecciones de transmisión sexual, VIH y SIDA en comunidades indígenas de Pando: una aproximación a conocimientos, actitudes*

y prácticas de poblaciones adultas y jóvenes. La Paz: Family Care International – FCI.

Saignes, Thierry 1990. *Ava y Karay. Ensayos sobre la frontera Chiriguano (siglos XVI-XX)*. La Paz: Hisbol.

Schelchkov, Andrey 2011. *La utopía social conservadora en Bolivia: el gobierno de Manuel Isidoro Belzu (1848-1855)* La Paz: Plural Editores.

Stefanoni, Pablo 2011. “Belzu y la utopía social boliviana”. *Página Siete*, 21-08-2011.

Tineo Velasco Ronal s/f. “Recordando al ‘Tata’ Belzu”. *El Deber*. Disponible en: <http://www.eldeber.com.bo/imprimir.php?id=120919000100>)

El autor

Edson Hurtado nació en Vallegrande (Santa Cruz) en 1980.

Es periodista, escritor, poeta, radialista, investigador y activista.

Ha publicado dos poemarios: *De sábanas y otras decepciones* (s/e 2007), e *...y tu nalga también* (s/e 2008). En 2010, y gracias al auspicio del Centro Cultural Simón I. Patiño de Santa Cruz, publicó la investigación biográfica *No volveré a querer. La historia de los Taitas del Beni*, “una de las investigaciones de vida más impecables en las últimas décadas”, según la historiadora Lupe Cajías. *Ser gay en tiempos de Evo* (AYNI 2011) es el primer libro de la literatura boliviana que aborda el tema de las diversidades sexuales de manera profunda, y hace un repaso de la historia del Colectivo LGBT del país; fue publicado de manera independiente por el propio autor. Su más reciente obra es *Antología de las letras vallegrandinas* (AYNI 2012), escrita como un homenaje a los 400 años de la fundación de Vallegrande, su tierra natal.



www.conexion.org.bo